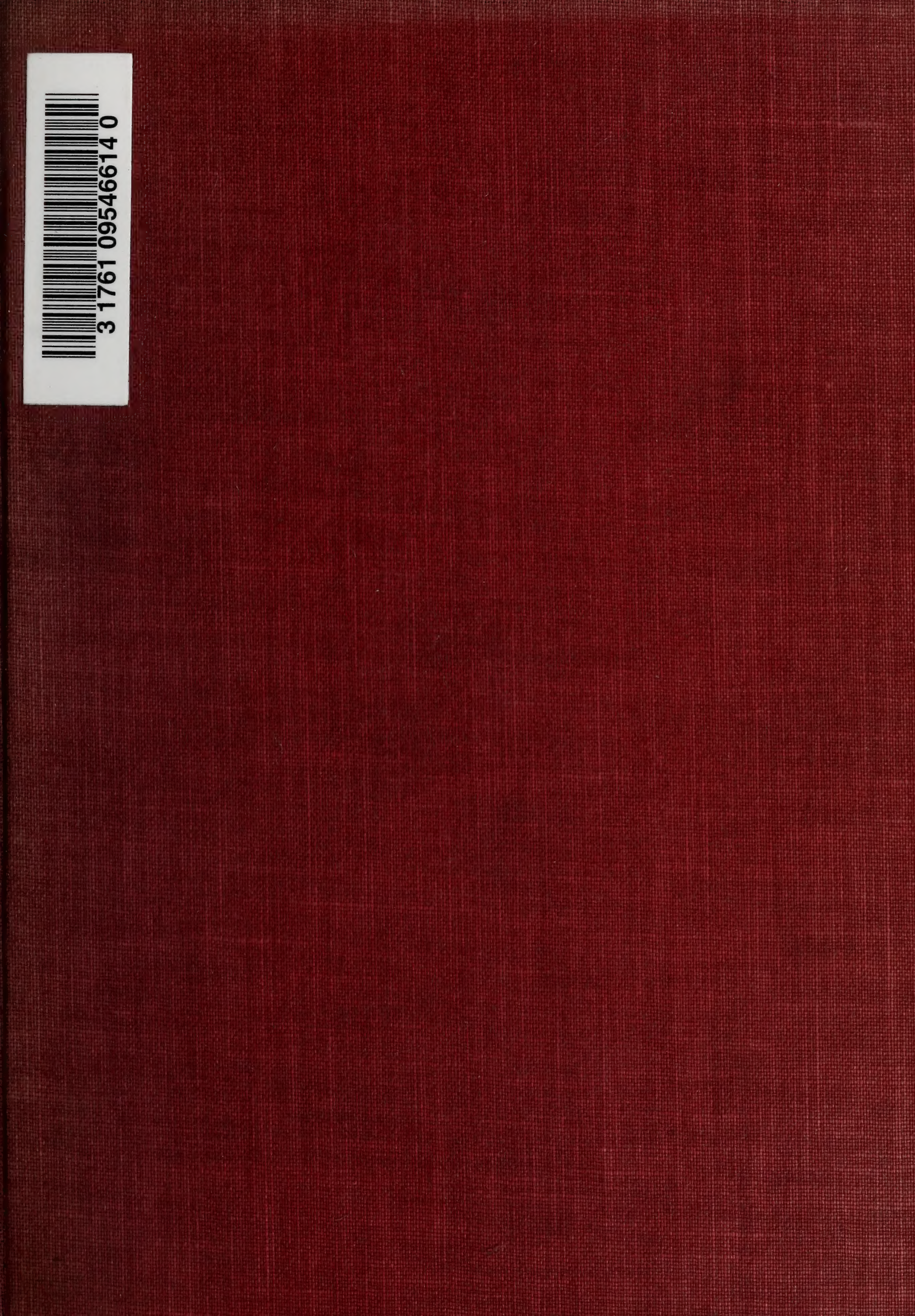

3 1761 09546614 0



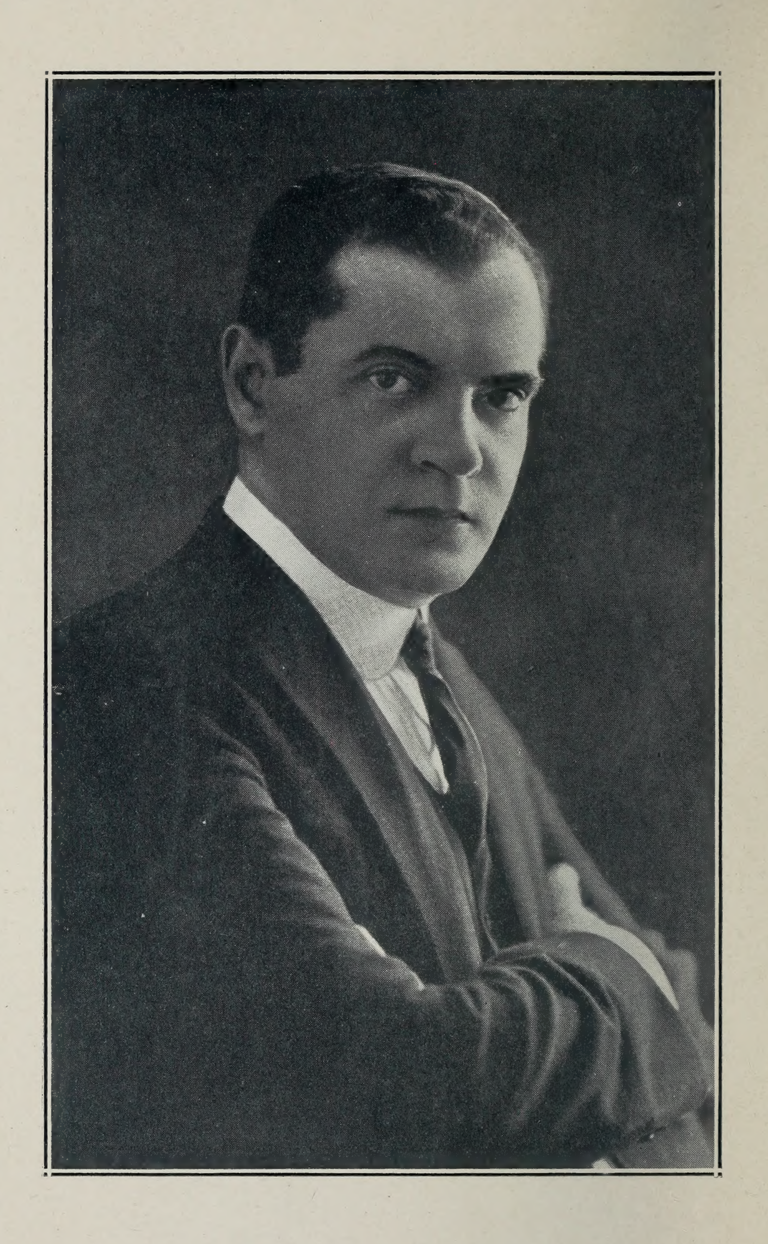
BIBLIOTECA
"ANTONIO BARREIRO Y RAMOS"

ENTRE LOS PASTOS

MONTEVIDEO
1920

OBRAS DE VÍCTOR PÉREZ PETIT

La libertad de testar y la legítima (agotada)		1 vol.
Zola (agotada)		1 »
Los Modernistas (2.ª edición, agotada)		1 »
Cervantes (agotada)		1 »
Gil (novelas y cuentos)		1 »
Joyeles bárbaros (sonetos)		1 »
Teatro I:	Cobarde (3 actos) Claro de luna (1 acto) Yorick (4 actos)	1 »
Teatro II:	El esclavo-rey (3 actos) La Rondalla (3 actos) El baile de Misia Goya (1 acto)	1 »
Teatro III:	La Ley del Hombre (3 actos) Mangacha (3 actos) Noche Buena (3 actos)	1 »
Teatro IV:	El Príncipe Azul (3 actos) Los Picaflores (3 actos) La rosa blanca (3 actos)	1 »
Civilización y barbarie (agotada)		1 »
Rodó (su vida y su obra; agotada)		1 »
Entre los pastos (novela, 1.ª edición, agotada)		1 »
Cuentos Crueles		1 »
El Parque de los Ciervos		1 »
Las alas azules — (versos)		1 »
Hipomnemo — (crítica)		4 »
La Ciudad del Espíritu		1 »
La joven América		1 »
El libro íntimo		1 »



BIBLIOTECA ANTONIO BARREIRO Y RAMOS

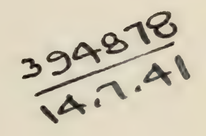
ENTRE LOS PASTOS

NOVELA POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

(Obra premiada en el concurso literario organizado por "El Plata" y la empresa Barreiro y Cía)

3.º MILLAR



MONTEVIDEO
LIBRERÍA NACIONAL A. BARREIRO Y RAMOS
Barreiro & C.ª, Sucesores
Calle 25 de Mayo esq. Juan C. Gómez
1920



A la memoria de mi madre

Elena Petit de Pérez

V. P. P.

FALLO DEL JURADO

En Montevideo, a veintitrés de Diciembre de mil novecientos diez y nueve, se reunieron en la redacción de "El Plata" los señores don Mateo Magariños Solsona, doctor don Horacio Maldonado y don Raúl Montero Bustamante, designados para constituir el Jurado que debe decidir del mérito de las novelas presentadas al primer concurso literario de la serie organizada por la Dirección del expresado diario, de acuerdo con la casa editora Barreiro y Compañía, habiendo precedido a este acto, el examen individual y colectivo de las trece obras recibidas, cuyos títulos y lemas, oportunamente publicados en la prensa, son los siguientes: "Renovación", Ariel; "Entre los pastos", Sóstrato; "Fernando Rodríguez", sin seudónimo; "La ley de los lobos", Pipi; "María Jesús", El Vizconde Julio Ramiro; "Nunca es tarde", Zapicán del Monte; "Los Altúnez", Heart; "Tribu galiana", Emilio Campuzano; "Mea culpa", Per Aspera ad Astra; "Magdalena", Ora et labora; "La sociedad amigos del pueblo", Moskva; "Sangre Americana", Sin pretensiones; "Infortunio de almas", Bernard.

Habiendo el Jurado pasado a deliberar, luego de un breve cambio de ideas, se produjo el acuerdo unánime respecto a la eliminación de once de las obras presentadas, debiendo, en consecuencia, pronunciarse, en definitiva, el Jurado, sobre el mérito de las novelas tituladas

"Entre los pastos" y "Renovación", cuya superioridad sobre las demás obras presentadas se declaró como evidente e indiscutible. Examinadas detenidamente ambas obras, y hecho un minucioso análisis crítico de sus caracteres y cualidades, se reconoció, unánimemente, la dificultad de establecer superioridad de la una sobre la otra, en razón de los méritos de ambas, y sobre todo, por tratarse de dos novelas que pertenecen a géneros completamente distintos y que constituyen, cada una, dentro del respectivo género, un hermoso esfuerzo de concepción y de realización, sin que el ajuste de lenguaje y elegante sobriedad de estilo de la una, haga desmerecer la fuerza descriptiva, la rica documentación y la propiedad de lenguaje de la otra; ni tampoco se superen en el trazado de la acción. Producido unánime acuerdo al respecto, el Jurado, en vista del caso, resolvió declarar que las novelas "Entre los pastos" y "Renovación" se hallan en igualdad de condiciones y ambas merecen les sea adjudicado el primer premio. Comunicada esta resolución a la dirección de "El Plata" y a los señores Barreiro y Compañía, no obstante autorizar el cartel de otorgamiento solamente un primer premio, se resolvió, de común acuerdo, en vista de la especialidad del caso, duplicar el primer premio establecido en las bases del concurso.

En consecuencia, luego de haber sido abiertos los sobres lacrados que contenían los nombres de los autores de las novelas tituladas "Entre los pastos" y "Renovación", que resultaron ser el doctor Víctor Pérez Petit (Montevideo) y el señor Máximo Sáenz (Buenos Aires), respectivamente, el Jurado, usando de las facultades acordadas por el cartel y de las que le fueron otorgadas por

la dirección de "El Plata" y los señores Barreiro y Compañía, declaró:

1.º Que las novelas "Entre los pastos", de que es autor el doctor Víctor Pérez Petit (Montevideo), y "Renovación", de que es autor el señor Máximo Sáenz (Buenos Aires), se hallan en igualdad de condiciones.

2.º Que otorgan a los señores doctor Víctor Pérez Petit y don Máximo Sáenz, autores de las expresadas novelas "Entre los pastos" y "Renovación", el primer premio, consistente en la cantidad de trescientos pesos, que será entregada a cada uno de ellos por la dirección de "El Plata", y en la edición de ambas obras que será hecha por la casa Barreiro y Compañía en un tiraje de un mil ejemplares y entregada íntegramente a los autores premiados.

3.º Que los referidos autores deberán someterse para la ejecución de este fallo a lo dispuesto en el inciso 2.º de la base 5.ª del cartel. (a)

Para constancia de todo lo resuelto se labró esta acta que fué suscrita por los miembros del Jurado para ser entregada a la dirección de "El Plata".

Raúl Montero Bustamante. — M. Magariños Solsona. — Horacio Maldonado.

(a) Cláusula referente a la publicación de la novela en folletín.

"...vidas obscuras y humildes, perdidas en la soledad del campo, entre los pastos, sobre las que rueda, a veces, un soplo de Amor y de Tragedia."

PRIMERA PARTE

I

Cuando salió del rancho, ceñida la cabeza y el busto por un viejo rebozo de lana, todavía estaba obscuro y las estrellas escintilaban en el firmamento. Hacía un frío húmedo y punzante, — ese frío denunciador de la próxima madrugada. La tierra, dura y opaca, estaba espolvoreada por el rocío de la noche. Al pisar las motas de césped que aquí y allá matizaban el patio de la estancia, Baudilia sentía la humedad del hielo penetrarle sus gruesos zapatones.

— ¡ Brrrrr ! ¡ qué frío ! ¡ la gran perra ! — hizo la moza, apretando los dientes y encogiéndose toda ella al salir de la tibia atmósfera del rancho y hallarse de pronto ante el relente de la noche que le mordía las carnes.

Entonces, con pasitos cortos y apresurados se encaminó a la cocina, donde debía encender el fuego. Al mismo tiempo, Juan de Dios, que venía del galpón de los peones, dispuesto ya para comenzar su habitual tarea de ordeñar las vacas, se cruzó con Baudilia.

— Güen día, — formuló ella.

Pero el otro, impasible y hosco, se metió en la cocina sin contestar al saludo.

— ¡ Pucha que sos mal educao ! — rezongó Baudilia ; — ¿ que no has oido que te he dao el güen día ?

— No tengo gana de conversaciones, — replicó el mozo con brusquedad ; y en seguida, sin parar mientes en la inconsecuencia lógica que cometía, agregó : — ¿ No vistes mi cuchillo que anoche dejé por aquí ?

— Buscalo con toda tu alma, sarnoso! — espetó la moza, malhumorada repentinamente con la grosería del peón.

— ¡Te viá a dar sarnoso!

— ¡Pegá, si te atrevés! — desafió ella, no sin encogerse ante el ademán amenazador; y luego, viéndole abandonar su actitud agresiva: — ¡pura palabrería!

Baudilia encendió un velón y a su luz temblequeante empezó sus habituales ocupaciones. La cocina, fría y obscura, estaba llena del vaho agrio que dejan la grasa y el humo en los lugares estrechos y cerrados. Apenas si se divisaban, a la incierta claridad del velón, los objetos que en ella había. Los dos jóvenes se desempeñaban entre las tinieblas más por adivinación y familiaridad con las cosas que por lo que con sus ojos veían. Un perro entró y meneando gozosamente la cola fué a hacerle fiestas a la muchacha.

— ¡Juera, Tigre!, — dijo Baudilia.

Mientras la moza quebraba cardos secos para encender el fuego, Juan de Dios revolvía por los rincones, buscando su cuchillo. Volteó una lata, se dió en el pecho con los estribos de un recado que se asentaba en un tirante, soltó el correspondiente juramento contra el recado y quien lo había puesto allí, y, encontrando por fin lo que buscaba, se volvió de nuevo hacia la muchacha para decirle, mientras ladeaba su busto al colocar el arma en la cintura:

— Bien podías tener prendido el juego a estas horas, dormilona. Aurita tendré que dirme a ordeñar sin chupar un miserable mate.

— ¡Ajajá! ¿te golvió el habla? — arguyó entonces la moza. Y encrespada otra vez: — Yo me levanto cuando

se me da la gana, y si no hay mate, chupate el dedo gordo, si te parece. ¡No faltaba más!

—¡Tiñosa! — masticó Juan de Dios, saliendo de la cocina.

—¡Abombao! — replicó Baudilia.

Rezongando como un mangangá, el peón se encaminó al tambo, que así denominaban a un pequeño corral donde dejaban por la noche a las lecheras que debían ser ordeñadas al amanecer. Un perro flaco y sucio le vino a los alcances para olfatearle amistosamente; pero el mozo, que no tenía el ánimo para fiestas, le alargó un puntapié. Decididamente, Juan de Dios se había levantado de mala vuelta.

Siguió su camino. Unos pasos más allá, al lado del grupo de talas que marcaban el arranque del camino a la cañada del bajo, una sombra desusada llamó la atención de Juan de Dios.

—¡Oh? ¿y eso? — se dijo; y, torciendo el rumbo de sus pasos, fué a inquirir lo que sería aquel bulto informe que, en medio de la obscuridad reinante, trastornaba la silueta familiar de las cosas del paraje.

Al acercarse el peón, el bulto se movió, calmoso.

—¡No dije! — prorrumpió entonces, al adivinar con sus ojos avisados el caballo de Faustino, que se había desatado del poste donde el chico lo dejara a soga y se había venido mansamente hasta los talas; — ¡cosas del gurí!

Cogió la cuerda, endurecida y húmeda por el rocío, que el animal arrastraba entre los pastos, y la ató al tronco de los espinosos árboles. Luego, restregándose las manos amoratadas por el frío, prosiguió su camino en dirección al tambo.

Una vez allí, dispuso sus tarros, se metió entre los ani-

males; escogió la lechera que tenía por hábito ordeñar en primer lugar, y, como se hallara ésta algo apartada del sitio donde lo hacía siempre, le pegó una palmada en el anca.

— ¡ Hala, Chorreada ! — ordenó, haciendo claquear la lengua contra el paladar, para avivar el paso de la lechera.

Entonces, ésta, dócil por la fuerza de la costumbre, vino por sí misma a colocarse junto a los palos de la puerta del corral. Juan de Dios buscó a su alrededor, entre los tarros, el pedazo de soga y maneó con ella las patas traseras del animal. En seguida, fué a buscar el ternerillo de la vaca en el corral de al lado, donde encerraban aparte todos los críos por la noche.

A brincos, como un chivato, se vino el animalito para prenderse goloso a la ubre, y entonces empezó Juan de Dios su trabajo, en cuclillas, regateándole al ternero, vez a vez, las tetas de la madre, para hacer bajar la leche. Acumplida esta primer labor, separó el crío de la vaca, tironeando de él y fué a atarle a los palos, para volver luego a ordeñar la lechera.

El cielo empalidecia poco a poco, ahogando paulatinamente la grisácea claridad de las estrellas. Pero las sombras se amasaban todavía sobre la tierra. Los grupos de árboles más cercanos eran bultos informes que ponían una nota opaca en medio de la tiniebla. Las mantas de cardo borriquero que hollaba el mozo en su ir y venir, no tenían color y se confundían con el color uniforme y barroso de la tierra dura. Sólo las paredes blancas de la Estancia empezaban a destacarse con un tono grisáceo. En el cielo, hacia el occidente, persistía la negrura profunda de la noche y las estrellas parecían avivar inquie-

tas sus últimos resplandores. En cambio, en el levante, la lechosa claridad que iba trepando sobre el borde del horizonte, se intensificaba cautelosamente.

Juan de Dios proseguía parsimoniosamente su trabajo. Ordeñada una vaca, dejaba que el crío mamara a su gusto, y la reemplazaba con otra. Así iba llenando de leche sus grandes tarros, que alineaba junto a la empalizada. De pronto, como un fantasma, surgió a su lado Faustino, medio soñoliento.

— Se me desató el caballo, Juan de Dios, — moduló el chico, apesadumbrado.

— ¿Y no li hallaste? — preguntó el aludido, con sorna.

— Juí hasta el bajo y no está.

— ¿No miraste encimita del ombú? Pué que se haiga subido allí.

El pobre muchacho no recogió la burla; antes bien suspiró quejumbrosamente:

— El patrón me va a dar unos chirlazos, Juan de Dios.

— Bien hecho, por zonzo. ¿Qué no apriendiste entuavía a atar un caballo pà que no se te suelte?

— Juan de Dios, me van a castigar, — repitió dolorosamente el chico, restregándose los ojos con sus puños amoratados por el frío.

— ¿Y qué querés que yo le haga?

Entonces, como Faustino enderezara hacia el cardal para buscar su matungo, el peón tuvo lástima de él:

— Por ai no, chancleta; rumbiá mejor pa los talas. Si tuvieras abiertos los ojos pue que ya te hubieras topado con él.

Salió corriendo Faustino, vuelta el alma al cuerpo, y Juan de Dios se aprestó para ordeñar las últimas vacas.

Ahora el día avanzaba de verdad. Del lado donde

iba a surgir el sol, la claridad intensa del alba se iba dorando, manchándose de tintas anaranjadas, acusando franjas que serían de púrpura. Las últimas estrellas se desleían ya en la lechosa diafanidad del cielo: sólo Vénus, la estrella de la mañana, temblaba rutilante, muy cerca del horizonte, como un prisma de cristal, resistiendo la invasora claridad. En la tierra, todos los objetos surgían de la sombra, cobraban sus formas familiares, se vestían poco a poco de su matiz particular. Había en el ambiente como una bruma blanquecina, que flotaba sobre los inmensos campos, que ceñía los grupos de árboles, que se intensificaba en las lejanías, ahogándolas y desvaneciéndolas. Las paredes de la Estancia se tornaban cada vez más blancas, se sonrosaban en el pretil de la azotea. Dos grandes ombúes, sobre una loma, que hasta hace un momento eran negros, se azulaban despacio.

Volvió Faustino con su caballo ensillado y empezó a cargar los tarros de leche que había de conducir al pueblo. Mientras cumplía esta tarea, empezó a hacerle un cuento a Juan de Dios.

— ¿Sabés, la gallina batará, la que tenía la pollada adentro de la cocina? Güeno, pues; anoche la mató una comadreja. Debe ser la mesma que estos días se ha estao comiendo los pollitos. Baudilia está apenada y la parda le va a pedir al patrón que ponga una trampa.

— Movete y dejate de cuentos, — repuso Juan de Dios, — mirá que ya es de día y te se hace tarde.

— ¡Y más ligero de lo que hago! — contestó el chico; — la culpa es del frío, que ha envarado las guascas.

— ¿Se levantó el patrón?, — dijo en esto el mozo, mientras se aprestaba para ordeñar el vaso de apoyo de misia Ramona.

—Cuando venía p'acá, lo ví cruzar por el guardapatio, con un freno en la mano.

— Güeno, montá y marchá, que de no nos vamos a ligar tuitos algún rezongo.

Se trepó, entonces, el chico sobre su cabalgadura, en medio de los tarros, y taloneando al matungo con sus pies descalzos, salió al galope por el camino de paraísos.

Ya era de día. Barras de oro y de púrpura alternaban en el oriente, que con aquellos esplendores ígneos parecía una fantástica fragua. Unas nubecillas blancas, muy blancas, algodonosas, con los bordes sonrosados, fluctuaban en lo alto sobre un piélago de oro. La tierra parecía palpitar bajo aquella inmensa caricia rubia y en la puntita de los pastos fulguraban las gotas de rocío como perlas de vidrio. El tono opaco de la tierra cobraba tonos calientes de siena natural y de bruno claro, como si brotaran mágicamente de la paleta de un artista. Toda la gama del verde, bajo la luz que crecía por instantes, cobraba sus valores reales, y mientras los trebolares ardían como una clara esmeralda, grupos de cinacinas se fundían en tonos de amatista, y el camino, festoneado de paraísos, se agravaba de azules metálicos, obscuros como záfiros. Los pájaros empezaban a cantar. Unos teros, invisibles, promovían extraordinaria algazara del lado del horno. El balido de las ovejas ponía una nota suave, un tintineo campestre en el ambiente húmedo y frío de la mañana. A lo lejos, el relincho de un potro agujereó el aire azul como una diana de victoria. Y, de pronto, enorme, dorado, refulgente, sin dañar todavía la vista, surgió el disco del sol entre un mar de nubecillas parduzcas, que parecían evaporarse en una vorágine de perlas. Se advertía su ascensión, su crecimiento. Era una bola de

fuego, rutilante, de oro fundido, que se alzaba poco a poco sobre la línea remota del horizonte, que ardía ahora en un diluvio de sangre. Todo el oriente fulguró, inundado de saetas amarillas, hirviente de gérmenes, empapado de lumbre. Un rancho lejano, negro y terroso, se aureoló como con un enjambre de avispas anaranjadas. En la tierra, los colores se intensificaron alegremente, los árboles cobraron tintes fantásticos, los caminos arados por la rueda de los carros se diseñaron con relieves de tonos suaves y calientes. Entre tanto, las nubes empezaron a trocar sus colores, y violetas carmíneos alternaron con verdes de resedá. El oro del levante se desleía por minutos, rápidamente, en una blancura hialina, que iba avasallándolo todo. El cenit, límpido y sereno, era de un celeste claro, transparente, de una pureza y frescura virginal. En el corral mugió una vaca, y aquel mugido tenía como un aliento campesino, suave y oloroso, que hablaba de eglógicas dulzuras. El perfume de la tierra se alzaba penetrante, como el de una amante que se despereza en la inquietud del despertar. Desde la cocina de terrones que ahora vestía el sol con una oleada caliente de lumbre áurea, se alzó la voz grave del patrón. Al través del campo, rumbo a la manguera, cruzó a caballo el peón brasilero, y en sus labios cantaba una copla:

"O tatú foi incontrado
Lá, na serra de Bagé,
A cavallo d'um zorrillo
Campeando un boi yaguané..."

Juan de Dios se alzó, combó el pecho robusto, distendió ambos brazos y bostezó largamente en el aire puro de la mañana. Con el resurgir de la luz, toda la tierra despertaba alborozada, y había en el ambiente un indefinible perfume de arbustos y yuyos salvajes, húmedos y frescos, que dilataba los pulmones.

—Vamo a agenciar un amargo, — masticó el mozo, y se encaminó a las casas, despacito, con un rítmico balanceo del cuerpo.

II

La ojeriza que se tenían Baudilia y Juan de Dios era proverbial entre las gentes del pago de Buena Vista. Cuando se quería significar una rivalidad entre dos personas, no se decía que estaban reñidas "como perro y gato", sino "como Baudilia y Juan de Dios". Claro está que la sangre no llegaba al río, ni que nadie sospechara que tan honda divergencia iba a concluir con un desenlace dramático; todos sabían que aquel sentimiento era una antipatía muy marcada entre el mozo y la muchacha, que los traía sin segundo a las greñas, buscándose reyerta por la más mínima palabra, por el gesto más insignificante. Pero la misma diferencia de sexos excluía la posibilidad de una escena cualquiera de violencia, que tan fácilmente se hubiera producido a tratarse de dos hombres. Por otro lado, era Juan de Dios un muchachote bueno, honrado y trabajador; incapaz de buscar pleitos a nadie ni de cometer una acción reprobable. Sencillote, servicial, muy jaranista, chancero al extremo, en todas partes se captaba unánimes simpatías. En fiestas y velorios era el regocijo de la reunión. Cantaba con hermosa voz atenorada una cantidad de relaciones, décimas, vidalitas y tristes, capaces de satisfacer al concurso más exigente; sabía cuentos y juegos divertidísimos, como para amenizar y distraer los velorios de todos los angelitos del pago; y era, con todo eso, muy relamido y querendón con las mujeres, a las que decía donaires y finezas que no sabían los otros mozos.

Sólo cuando Baudilia se le ponía por delante, el mozo se enfurruñaba, silenciaba sus gracias y se tornaba hosco y grosero.

Por su lado, Baudilia era una alegre y pizpireta muchacha, ni fea ni linda, pero con ese encanto peculiar de algunas mujeres, que gusta más a los hombres que la verdadera belleza, a quien todos querían bien en veinte leguas a la redonda. Atenta, diligente y comedida, estaba siempre pronta a ocurrir donde podía hacer falta, acompañando enfermos, mitigando dolores, suavizando penas. Trabajaba en la estancia de don Carmelo Antúnez a la par del mozo más trabajador, y todos la trataban con paternal afecto, desde el patrón al más humilde puestero. Era alegre y cantora: todo el día rondaba por la casa y el campo, ocupada en sus menesteres, con una canción en los labios. Por eso la llamaban la Calandria. No tenía en su vida más que un rencor: Juan de Dios.

—Estos dos mostrencos van a acabar por ayuntarse en matrimonio, — había dicho una vez el patrón.

Pero, en lo sucesivo, tuvo que guardarse de repetir la frase, porque la emperrada criollita casi enfermó de rabia al oir el dicho y anduvo varios días llorando por los rincones, y él, el terco mozo, vino por la tarde, muy humildemente, a decirle al patrón que se marchaba. Hubo que apelar a las buenas palabras, a todas las recetas del sentimentalismo y hasta enojarse un poquito para lograr restablecer en la Estancia el *statu quo*. Mas, desde aquel día, nadie osó repetir la bromita del casamiento.

Sin embargo, contra la opinión de los que entendían que Baudilia y Juan de Dios no llegarían jamás a las manos, el peón brasilero opinaba que aquella enemistad concluiría mal. Los numerosos incidentes que entre uno

y otro se producían casi a diario, aumentando a veces de gravedad, parecían darle la razón. Al principio, Baudilia y Juan de Dios no habían hecho más que zaherirse de palabra y aplicarse motes más o menos hirientes. Llamaba "guanaco" la moza al mozo, por el hábito que tenía éste de salivar a cada instante por el colmillo; y llamábala "comadreja" él a ella, por tratarla de moza presumida, "comadre", y porque era la encargada del gallinero. Pero a estos apodos, siguieron otros calificativos más hirientes, y poco a poco el trato entre ambos fué verdaderamente insufrible. Se promovían pleito por cuestiones baladís; se daban respuestas injuriosas y procaces. Un día, Juan de Dios, como al descuido, le volcó la "pava" donde hervía el agua para el mate, y ese mismo día, Baudilia le fué al patrón con la denuncia de que el mozo no había "descalostrado" a una vaca parida, como se le tenía mandado. El peón se llevó el correspondiente rezongo del patrón, y esto contribuyó a envenenar más las cosas. Entonces, de las palabras pasaron a los hechos: cada cual procuraba hacerle algún mal a su enemigo. Empezaron a hacerse tretas y jugarretas de la más mala índole. Baudilia le soltaba el caballo a Juan de Dios para que éste tuviera el trabajo de largarse al campo a recoger de nuevo la tropilla; y Juan de Dios le revolcaba a Baudilia la ropa por el suelo, a fin de que ésta tuviera que volverla a lavar. En fin, que si alguien parecía tener razón al juzgar la actitud de aquella pareja, era el peón brasilero.

El cual, por lo demás, varias veces había tomado partido por la moza, defendiéndola contra las artimañas del solapado enemigo. Era un muchachote largo, esquelético, flaquísimo, de color de terracota, barbilampiño,

de nariz aguileña, de cabello amotado. Muy bueno y manso; pero algo haraganote y tonto. Gustaba de Baudilia y se lo significaba a cada instante. La muchacha no le correspondió desde luego, pues no tenía el pobre, ni con mucho, las dotes de un don Juan; pero más por darle en cara a Juan de Dios, empezó a atenderlo. Mauricio, el brasilero, era el único que la había defendido contra ciertas groserías de aquél, — razón por la cual se suscitó una diferencia entre los dos mozos, — y eso bastó para decidir a la muchacha. Toda vez que Juan de Dios no veía con buenos ojos a Mauricio, Baudilia tenía que querer a éste. Y así empezaron aquellos extraños amoríos, con gran apasionamiento por parte del mozo y con algo de burla por parte de la criollita.

— Aura es cuando acertaste, — le dijo Juan de Dios, al enterarse del caso; — si no es ese naco de tabaco aventao, no sé con quién ibas a ayuntarte en tuito el pago.

— Mejor es Mauricio por novio, — replicó Baudilia, — que no tu Silvina pa un casorio.

— ¡Mirá! ¿Y qué tenés que decir vos de Silvina, si se puede saber?

— Yo nada. Pero don Margarito, el capataz de los Laureles, pué que tuviese que contar algo.

Tuvo el mozo un gesto como si fuera a deslomar a la china, que osaba recordar ciertas historias viejas que habían corrido en el pago respecto a ocultas relaciones entre el aludido capataz y la pizpireta Silvina; pero, dominó su repentino impulso, y fuese masticando:

— Me parece que cualquier día te pongo yo una marca en la cara.

Juan de Dios enamoraba, en efecto, a Silvina, la morocha más bonita de los alrededores. En vano algunos

compañeros procuraron, en los comienzos, aconsejarle y advertirle. El mozo estaba ciego. Ni quería oir hablar de aquel viejo asunto con el capataz de los Laureles.

— Son conversaciones de las malas lenguas, — contestaba a los oficiosos consejeros; — y el que quiera seguir siendo mi amigo, debe limpiarse la boca cuando habla de esa moza.

Esta advertencia y un incidente que tuvo cierta vez en una pulpería con un pardo que aludió a los amores del capataz Margarito, marcaron la pauta a los compañeros de Juan de Dios.

— Si no quiere atender consejos, — dijo uno de ellos, resumiendo la opinión de todos, — que se ruempa el alma contra la piedra que guste.

Desde ese día, nadie volvió a hacer juicios ni alusiones sobre la virtud de Silvina. Pero Juan de Dios llevó clavada la espina en el alma por mucho tiempo. Contra toda su fe y su amor, se levantaba siempre el recuerdo del capataz de los Laureles. ¿Sería verdad? ¿Había tenido Silvina un hijo con aquel hombre? Pero, no ¡no podía ser! ¡Si nunca se había visto ese hijo; si nunca había faltado la muchacha del pago! Eran chismes y murmuraciones de la mozada, desairada en sus pretensiones por la linda morochita, y de toda aquella recua de mujerotas, más feas que una noche de "refucilos". No obstante, un día tuvo Juan de Dios el coraje de interpelar a su novia, y fueron tantos los aspavientos, lágrimas, protestas e iracundias de Silvina, que se dió para siempre por satisfecho.

Esa vez, tuvo Silvina un buen gesto:

— Si no me créis a mí y los créis a los otros, mandáte mudar y no volvás.

Juan de Dios se rindió ante esta frase efectista y nunca más se suscitó entre ellos de nuevo el asunto. Por eso, la alusión de Baudilia no le afectó mayormente: la consideró como un rasgo de maldad de la muchacha, que hubiera querido verle retorcerse bajo el dolor de los celos, y se marchó en silencio para no taparle la boca con un bofetón.

Pero Baudilia, por su parte, había descubierto inadvertidamente el lado flaco de su enemigo. — "Es por ahí que te duele" — pensó la traviesa muchacha. Y, en efecto, en lo sucesivo no perdió ocasión de mortificar al mozo. Viniera o no a pelo, a cada instante estaba mentando a Margarito, el capataz de los Laureles.

— Si eso no sirve pa capataz, — dijo una vez uno de los oyentes, extraño a las aviesas intenciones de Baudilia; — todito lo más, es un güen domador.

— ¿Y te parece poco? — saltó ella, mirando de reojo a Juan de Dios. — Ha domao los más bravos potros del pago, y asiguran tamién que algunas potrancas.

Juan de Dios se marchaba entonces en silencio, tragando saliva.

Otra vez hablaban, en rueda de mozos, de la morocha más linda de Buena Vista.

— La más linda es Rosario, — adujo uno.

— Pa mi gusto, no hay como Martina, la de la Estancia del Medio, — arguyó otro.

— Pues yo creio que en Güena Vista no hay otra como Ruperta, adujo el capataz. — Esa tiene de todo: linda cara, lindo pelo y lindos modos.

— ¿Y ande me dejan a Silvina? — saltó en esto Baudilia, — esa tiene algo más entuavía.

— ¿Qué es lo que tiene Silvina? A ver, decí, vos, —

replicó Juan de Dios, ya sulfurado por tantas indirectas.

— Tiene... tiene... — balbuceó la muchacha, adivinando la mala intención del mozo. — Tiene lo que otras mujeres solteras no tienen.

La idea del hijo, del hijo habido con el capataz de los Laureles, asaltó todas las imaginaciones. Juan de Dios contrajo los labios. Iba a hacer una barbaridad. Pero la hábil criolla, presintiendo que no lo pasaría bien si extremaba la nota, se contentó con haber sugerido la idea, y desvió la broma hacia otro rumbo:

— Tiene un novio que es un guanaco.

Soltaron todos la carcajada, festejando más que la burla, el arte con que Baudilia había herido a su adversario sin darle pie para un acto de violencia, y Juan de Dios, corrido y enconado, se contentó con replicar:

— Hay otras que ni eso tienen, porque ni pa escupirlas sirven.

Así, con estas cuchufletas y burlas, cada día se iban envenenando más las relaciones de Baudilia y Juan de Dios. Si alguien parecía, pues, estar en lo cierto, era el peón brasilero al pronosticar que aquel juego acabaría mal.

III

La Estancia de don Carmelo Antúnez era uno de esos viejos edificios de origen brasileño, que suelen encontrarse cerca de la frontera. Todo construído en piedra, con sus ventanas cubiertas por gruesos barrotes de hierro y su alta azotea almenada, más parecía fortaleza que casa de familia. Sin embargo, dados los tiempos semibárbaros, el desamparo en que vivían los moradores de aquellas apartadas regiones, lejos de toda población y de las policías, sujetas a las incursiones del matreraje, se explicaba la construcción de parecidas fábricas. Más de una vez, sin que el estado de guerra justificara tamaños atentados, una cuadrilla de bandoleros se venía sobre estas viviendas de estancieros platudos para intentar un bárbaro saqueo. Entonces había que defender la vida y la hacienda con los propios recursos, sin esperar la ayuda ajena, y había que defenderlas a todo trance, porque el triunfo de los malevos implicaba el degüello de los hombres de la Estancia, la violación de sus mujeres, y el robo y el incendio de la propiedad. Era imprescindible, pues, construir las viviendas como para soportar ventajosamente un asalto y repeler con éxito las hordas de foragidos.

Constaba la Estancia de don Carmelo, construída por uno de sus antecesores, de un cuerpo de edificio principal, todo de piedra, con azotea, de unos veinte metros de frente. Sobre este lado, que miraba hacia el oriente, se abría una puerta, petizona y ancha y tres ventanas, resguardadas por gruesos barrotes, algo salientes, que

les daban cierto aspecto de jaulas. Formando ala con esta casona, — en la cual se hallaba el comedor, una sala de recibo y los dormitorios, — se levantaba otro pabellón, más pequeño y bajo, también de piedra, con techo cubierto por tejas portuguesas. Un poco más allá de este pabellón, había un rancho de terrones y techo de paja brava, que servía habitualmente de cocina. Y más allá aún, un largo galpón de ladrillo revocado con barro, donde se hacinaban cueros, se guardaban fierros y marcas para ganados, palas, azadas, rollos de alambre, asadores y ollas, y donde también ponían su aroma fresco y campesino montones de pasto seco y de alfalfa. Este galpón se remataba en uno de sus extremos, por una empalizada abierta, es decir, sin paredes, pero techada con paja brava, que servía habitualmente de palenque a los peones y de depósito a sus monturas y aperos. Completaban las construcciones interiores de la Estancia de don Carmelo, un horno, construído a un lado de la cocina, un galponcito para cerdos y una pequeña empalizada donde anidaban las gallinas, los patos y los ganzos. El muro de piedra que cercaba todas estas construcciones, primitivamente, no existía ya, y sólo del lado de la cocina quedaban algunos vestigios de él, unas piedras derruídas que allí se veían entre una floración invasora de ortigas y baldrana. Allí estaba el basurero, y allí se ocultaban y vivían toda suerte de alimañas.

Frente a la casa principal se abría un largo camino, bordeado por viejos paraísos, rayado por la rueda de las carretas, que conducía hacia la cañada del bajo y a la salida de la heredad. A la derecha de este camino, del lado del galpón, había dos corrales de palos a pique, uno grande y otro chico, donde se echaba la tropilla y donde se ha-

bía establecido el tambo. Hacia la izquierda, a tres o cuatro cuadras de las casas, estaba la gran manguera de piedra para el ganado vacuno. Más allá, el campo se extendía en rápida inclinación hacia la cañada, todo salpimentado de matas de cardo e hirviente de flechilla. En el bajo, un mimbral espeso y algunos sauces llorones acusaban la presencia del agua; y a medida que la línea ondulante de la cañada se alejaba hacia la cuchilla de la derecha, lo que era sólo una sombra de verdura se iba transformando en un monte espeso. Allí, en una confusión inextricable, crecían sarandíes y talas, sauces y viraróes, molles y ceibos; y trepando ya por la colina opuesta, hasta cortar bruscamente la visual del horizonte con una mancha apretada de verdura, laureles y coronillas, espinillos y lapachos, se hacinaban atados por plantas rampantes y enredaderas trepadoras. Muy lejos, muy lejos, del lado de la sierra, una hilera de adustos álamos, tiesos, filiformes, hacían centinela, rayando simétricamente el cielo azul. Entre tanto, a la derecha, unos viejos ombúes, detrás de la maraña del vaciadero, alzaban sus copas frondosas, de un verde salvaje, que contrastaba con el ocre barroso de la semiesfera del horno. Sus troncos rugosos y sus raíces torturadas, que surgían de la tierra y se encalambrinaban por doquiér, servían de asiento a la turba vocinglera del gallinero. Y detrás de los ombúes, hasta perdida de vista, el campo se extendía inmenso, silencioso, manchado de verde, de un verde seco, a trechos algo amarillento y a trechos más luminoso e intenso, allí donde privaba el trébol o la gramilla. Sólo rompía la soledad del campo desierto, allá, remotamente, un rancho obscuro y chato, el rancho de Silvina, la hija de un puestero.

En la Estancia vivían don Carmelo Antúnez, hombre bueno y servicial, entrado en años, y su esposa doña Ramona Solís, mujer pequeñita, arrugada, más mala que un ají cumbarí. Ella era la que dirigía a su antojo la Estancia y la que perseguía con sus rezongos a toda la peonada. Con el patrón era siempre cosa fácil entenderse, pues el hombre disimulaba errores y perdonaba bondadosamente las faltas; pero con doña Ramona había que agachar la cabeza y escurrir el bulto. Todo el día su voz aguda y chillona estaba impartiendo órdenes, atendiendo a cualquier cuidado, reparando omisiones, censurando trabajos, renegando detrás de la parda, del gurí, del peón brasilero, del diablo a cuatro. Cuando se la creía metida en la casa, ocupada en sus tareas, aparecía de pronto por el gallinero, a tiempo siempre para pillar en falta a alguno; cuando todos la imaginaban en el lavadero, porque la habían visto salir rumbo al bajo, aparecía en el comedor, oportunamente para distribuir unos pescozones a Faustino. Nada escapaba a su vista de lince.

La parda Ceferina y el chicuelo Faustino estaban en la Estancia desde su nacimiento. La primera había visto nacer al patrón, y por eso estaba muy consentida. Era una vieja diligente, hacendosa y fiel, que no tenía más defecto que el de ser tan rezongona como la dueña de casa. Todos la querían y respetaban. En cuanto al muchacho, era hijo de una criolla que había vivido en la Estancia, una sobrina de doña Ramona, la que había caído en falta y muerto poco después de haber dado a luz al chico.

Entre la peonada, tienen particular interés para esta historia, Mauricio, el peón brasilero, y Juan de Dios.

— Juan de Dios, un joven alto, bien conformado, de tez bronceada, de grandes ojos negros, de semblante en general agraciado, se había criado, por así decirlo, en el Establecimiento. Hijo del antiguo capataz que tuvo allí mismo el padre de don Carmelo, había heredado de aquél su hombría de bien, su lealtad y su amor a la casa. Por eso lo apreciaba particularmente don Carmelo y doña Ramona le reprendía menos que a los otros peones.

Es de mencionarse, finalmente, entre los moradores de la Estancia, a Baudilia, la heroína de nuestro relato. Baudilia era una morocha regordeta, de ojos redondos, grandes, negros, profundos, sombreados por espesísimas cejas y largas pestañas, que daban extraño interés y particular encanto al resto de la cara, que era algo vulgar. Su boca y su nariz acaso resultaran feas, la una por tosca, la otra por tener los labios demasiado pulposos. Pero aquellos ojos, de mirada soñadora y lánguida, tan grandes y hermosos, hacían perdonar los otros defectos. Con esto, y la afabilidad de su carácter y su constante alegría, tan comunicativa y contagiosa, la muchacha resultaba interesante y bien querida por todos. Además, nadie ignoraba su historia.

Hacía cosa de veinte años, allá por el Aceguá, vivían los padres de Baudilia su misérrima vida de gentes humildes y pobres. El padre, Romualdo, era esquilador, tropero, domador, trenzador de lazos: en fin, habilidoso y diligente, hacía un poco de todo para ir "tirando del carro de la vida". La madre, Baudilia Gutiérrez, era una criolla hermosa, apuesta, interesante, a quien las rudas tareas de la maternidad y del campo no habían marchitado su proverbial belleza. Este matrimonio tenía cuatro hijos, tres varones, ya crecidos, y una niña, pequeñita, llamada

Baudilia, como la madre. Un día, mientras el padre trabajaba lejos, en una estancia, cayó al rancho un indio grandote y fierazo. Era un matrero que andaba esquivándole el cuerpo a la autoridad. Iba a pedir al trenzador unas guascas o maneas que le hacían falta y se topó de pronto con la esposa de aquél. El bárbaro no pudo disimular la impresión que la hermosura de la mujer le produjo, y ahí no más se le agachó con algunas descocadas galanterías. Baudilia cortó la retahila de requiebros diciéndole al indio que su esposo no estaba y que volviera otra vez por las maneas. Aquél, le hizo entonces algunas proposiciones; pero la honesta mujer se metió en el rancho y trancó la puerta.

— ¡Ya has de cair, arisca! — sentenció el indio, y se marchó despacito, al trote de su caballo.

Desde entonces, el malevo empezó a rondar el rancho de Baudilia. Tanto la persiguió, presentándosele siempre que el marido de aquélla no estaba en casa, que la pobre mujer, alarmada, se creyó en el caso de prevenir a su Romualdo. Pero, entonces, los sucesos se precipitaron. El matrero, harto de sitiar aquella fortaleza que no se rendía por las buenas, decidió dar su golpe, y a tal efecto, reunió tres foragidos como él, dos negros y un brasilero, y con ellos, en pandilla, se llegó una noche, a eso de las doce, al rancho de Romualdo.

Entre sueños sintió Baudilia el rumor de los caballos junto a la puerta y casi en seguida los golpes brutales que con el mango del rebenque daban en ella los asaltantes. Asustada, despertó a su marido.

— Hay gente afuera, — le dijo, temblando; — se me hace una disgracia.

El hombre se tiró del lecho, buscando la escopeta de

que se había prevenido. Abrió la ventanita del rancho, cruzada por dos barrotes, y preguntó a los visitantes qué deseaban.

— Abra, amigo, — contestó una sombra, que se acercó a caballo a la ventana.

— Si precisa algo, venga mañana, — contestó Romualdo, — de noche no abro a naides.

— Abra, amigo, o le echamos la puerta abajo, — replicó airadamente el otro, separándose de la ventana.

Entonces, como advirtiera el pobre hombre que otro bulto informe se abalanzaba hacia la puerta del rancho, hizo fuego. Hubo un grito y un juramento. En seguida, empezaron a resonar violentísimos golpes en la puerta. Los chicos se habían despertado y lloraban. La madre, loca de terror, trataba de consolarlos y repetía casi inconscientemente al padre:

— Estamos perdidos, Romualdo; no abrás; estamos perdidos.

Saltó de pronto la mísera tablazón de la puerta y un manojo de paja, encendido, cayó en medio del rancho. La escena quedó lívidamente iluminada; pero, si los de fuera podían ver a los de dentro, merced a su treta, el infeliz Romualdo no veía nada en medio de las tinieblas que envolvían el campo.

Fué una lucha breve, inútil. Los asaltantes penetraron en la habitación y acribillaron a puñaladas a Romualdo. Luego, sin compasión, irritados por el llanto de las criaturas, la emprendieron salvajemente contra éstas. Los tres varoncitos fueron así sacrificados sin piedad: sus cuerpos desnudos quedaron tendidos por los rincones, desangrándose.

Sólo la niña escapó a la saña de los desalmados.

—¡Mirá la gurisa! — dijo uno; — ¿a que la levanto en el aire con el facón?

—Dejala, ché, — exclamó otro, imperiosamente; — no matés angelitos, que pué trairnos disgracia.

Así se salvó la desdichada criatura. En cuanto a la madre, sufrió la misma suerte que su esposo e hijos.

Satisfechos los deseos del indio, se levantó éste riendo siniestramente.

—¿Nos vamo? — preguntó uno de los sicarios.

—Nos vamo, — contestó el indio; — pero las mujeres son muy lengüetas, y ésta, a la fija, mañana vá a denunciarnos. Viá a darle un tajito.

—¿La vas a matar?

—Un tajito, no más.

El desalmado desnudó nuevamente su cuchillo y avanzó sobre Baudilia. La pobre mujer trató de defenderse desesperadamente.

—¡Aijuna! ¡me has arañao los ojos! — barbotó el matrero.

E hincando entonces una rodilla sobre el pecho de la mujer, la cogió por los cabellos y le hizo caer la cabeza fuera de la cama. Con la diestra, armada de enorme cuchillo, la degolló de oreja a oreja.

—Ya dejó de culebrear, — dijo el bandido, así que advirtió el último estertor de la víctima. Y volviéndose hacia sus compañeros de hazaña: — Pa ustedes, tuito lo que encuentren en el rancho.

Saquearon los bandidos las misérrimas prendas del pobre gaucho, montaron a caballo y se fueron.

Al día siguiente, casi al caer de la tarde, un vecino dió con aquel cuadro de desolación y de muerte. La niñita, Baudilia, cansada de llorar, se había dormido, co-

gida con sus dos manitas a las ropas ensangrentadas de la madre.

Recogió a Baudilia una tía, Felisa, apodada " La Tigra ", que vivía unas leguas más al norte, casi a la orilla de los bañados de Aceguá ; pero algún tiempo después, en vista de los crueles castigos que le imponía, otro pariente se la retiró y la condujo a la Estancia de Buena Vista. Don Carmelo Antúnez y su ríspida consorte, apiadados por la desventura de aquella huerfanita, cuya historia había convulsionado todo el departamento, la acogieron cariñosamente.

Y allí, en la Estancia, encontró Baudilia el hogar y el cariño de que la privaron en una noche de espanto y de muerte los salvajes instintos de un bandido sanguinario.

IV

Juan de Dios entró en la cocina, miró de soslayo a Baudilia que colocaba un asado junto a las brasas, y, sin despegar los labios, se arrimó al trashoguero, púsose en cuclillas y empezó a cebarse mate. Así, en silencio, con toda cachaza, sorbió varias calabazas de agua, sin apartar los ojos del fuego. Después se puso en pie, se desperezó, se arregló el cinturón y dispúsose a salir.

En ese instante notó que Baudilia estaba con hipo, y murmuró para sí:

— Ya tiene pa tuito el día.

Despacito, salió de la cocina y se encaminó al palenque. Iba a echar la tropilla de la yegua zaina, para "agarrar" su tostado, un pingo escarceador y ligerón con el cual visitaba a su Silvina. Arregló el cojinillo sobre el lomo de su caballo atado a soga en el palenque y cogiéndose con la mano izquierda a las crines, de salto no más se le enhorquetó encima. En seguida, recogiendo las riendas, dobló a su derecha y partió al galope.

A menudo acontece que las causas más triviales e insignificantes producen efectos inesperados y poco menos que trágicos. Aquel día, la circunstancia baladí de haber advertido Juan de Dios que su "enemiga" estaba con hipo, había de producir, por un cúmulo de circunstancias fortuitas, un suceso que por mucho tiempo anduvo en lenguas de las gentes del pago.

Encerrada la tropilla en el corral, cogido su tostado y conducido al galpón, volvía Juan de Dios a la cocina,

cuando una lagartija se le cruzó al paso y fué atemorizada a ocultarse bajo una mata de terrones. Súbitamente, una idea risueña cruzó por la cabeza del mozo.

— Dicen que pa el hipo no hay cosa como un susto. ¡Yo te voy a sacar la hipera! — pensó, aludiendo a Baudilia.

Y, diestramente, contentísimo con su hallazgo, persiguió e hizo suya la lagartija.

Entonces, zorronamente, ocultó el animalejo y entró en la cocina. Allí no se encontraba más que la parda, acomodando una caldera llena de agua junto a las brasas donde se asaba el trozo de carne que había colocado Baudilia.

— ¿Y la Comadreja, ché? — inquirió el mozo.

— Ai se fué pa dentro a tomar un poquito de agua. Si la vieras, ¡pobre! está con el hipo.

— ¿Está con hipo, no? Ta güeno... — agregó, sonriendo; y luego: — ¿No hay un matecito?

— Reciencito pongo el agua. Baudilia está preparando el churrasquete.

En eso entró la moza, y al advertir la presencia de su odiado enemigo, murmuró entre dientes:

— Éste es el que faltaba.

Y sin hacerle caso, se sentó en un banquito para arreglar las brasas bajo el asado.

— ¿Conque tenés hipo, no? — le dijo Juan de Dios.

Baudilia no contestó. Él se la aproximó despacito por detrás, y repitió su pregunta:

— ¿Con que tenés hipo, ché?

Ella, sin volverse, continuó arreglando los rojos tizones que había desordenado la parda al colocar al fuego su "pava", y se concretó a contestar:

— ¿Te importa algo?

— Me importa, — replicó Juan de Dios; — yo te lo podría curar.

— Muchas gracias, no preciso de vos, — contestó airada la moza.

Pero ya se le había aproximado Juan de Dios y, conteniendo la risa, buscaba el momento propicio para deslizarle la lagartija en la espalda, por entre el cuello entreabierto de la bata.

— ¿Qué hacés ai? — inquirió Baudilia, sintiéndole detrás de sí, con uno de esos extraños presentimientos que a veces nos asaltan en los momentos álgidos de la vida.

— Nada; voy a curarte el hipo, — dijo Juan de Dios, al mismo tiempo que le soltaba la lagartija dentro del cuello.

Lanzó un chillido la moza y se puso rápidamente en pie; pero, tropezando, al querer volverse, con el banquito en que había estado sentada, se desplomó de súbito sobre las brasas.

El asado y la caldera rodaron por el suelo, mientras una nube de cenizas y de humo se alzaban en el aire; y de pronto, por un costado de la falda de la muchacha surgieron unas lengüetas de fuego. Con la mordedura brutal de las quemaduras, Baudilia se había vuelto a erguir, lanzando aullidos de dolor. Entonces las llamas se avivaron y una orla de lumbre ciñó el ruedo de la falda.

Fué un instante espantoso. Loca de terror, la mísera daba vueltas por la cocina, chillando cada vez más. En ese momento Juan de Dios salió del momentáneo estupor en que le sumiera la repentina catástrofe, y se abalanzó sobre Baudilia.

— Date contra el suelo, — ordenó nerviosamente angustiado el pecho con el tremendo susto de su responsabilidad.

Y empezó a forcejear con ella, que, no conociendo su intento, y ciega por el espanto, se resistía porfiadamente y procuraba salir afuera.

— Tirate, Baudilia, tirate al suelo.

Las faldas ardían en movibles ondas, que ascendían cada vez más. Juan de Dios sentía en sus manos las ríspidas mordeduras. Al fin, pudo dominar a la muchacha, y arrojándose sobre ella, empezó a estrujar las ropas, mientras gritaba a la parda.

— ¡Traiga un balde de agua, corriendo!

Entre tanto, a los gritos de Baudilia habían comparecido cuantos estaban en la casa, y en breve, entre todos. pudieron sofocar el fuego.

— A ver, ordenó el patrón, — llévenla entre dos pa dentro y traigan un poco de aceite.

Entre la parda Ceferina y un peón condujeron a Baudilia, que se había desmayado. En un rincón, conjurado ya el más inminente peligro, Juan de Dios estaba en un temblor.

V

Un mes y medio próximamente necesitó Baudilia para restablecerse de sus quemaduras en los brazos y piernas. Durante todo ese tiempo, el causante de la desgracia anduvo sin sombra.

Los reproches que le dirigiera el patrón fueron nada comparados con los que él mismo se hacía a cada instante. Porque si bien es cierto que él no calculó las consecuencias de su broma ni procuraba con ésta otra cosa que darle un susto a la muchacha, al fin y al cabo todo el daño provenía de él. Baudilia era su enemiga, le zahería y mortificaba a cada paso, solía mostrarse hasta odiosa cuando hacía alusiones a Silvina; pero, a pesar de todo ello, ahora lo comprendía perfectamente, no la aborrecía como se aborrece a un cruel enemigo. Buena muestra de ello es que él había sido el primero en tratar de salvarla del inminente peligro de perecer quemada; y mejor prueba todavía fué aquella angustia en que vivió los primeros días, cuando persistió la gravedad del mal. Por las noches, Juan de Dios se revolvía en su cama sin poder conciliar el sueño, recordando la trágica escena originada por su imprudencia; y apenas llegaba el día, se ponía en acecho de la primer persona que saliera de las casas para averiguar el estado de la paciente. Después, a medida que empezó a mejorar Baudilia, perdido el temor de algún desenlace fatal, continuó interesándose por su estado. ¿No quedaría desfigurada? No, el rostro no había sufrido quemadura alguna. Esta buena

nueva le quitó un enorme peso de encima. Pero, ¿y los brazos y las piernas? ¿y las manos? ¿Podría servirse de ellos? En su continua preocupación, hasta había llegado a temer que un defecto físico imposibilitara a Baudilia para el trabajo. La seguridad que se le dió de que por este lado tampoco habría dificultades y complicaciones, le devolvieron por fin la calma. Y entonces, por primera vez, advirtió él mismo que se regocijaba por el bien de Baudilia. — "¿ Pero, entonces, yo no la odeo?" — se dijo a sí mismo, sorprendiéndose de tamaña descubierta.

Empezó a cavilar sobre el caso. ¿Por qué no deseaba el mal de Baudilia si ella era su enemiga? A cualquier hombre que le hubiera hecho la mitad de las miserias que la muchacha le había hecho, Juan de Dios no lo hubiera perdonado nunca. ¿Sería porque se trataba de una mujer? No, porque a la comadre del patrón, que vivía allá en la Estancia del Medio, él no la podía ver por sus modos autoritarios y el desprecio con que le dirigía la palabra. Esa era una mujer, y no obstante, a esa le había deseado la muerte una y mil veces. Si en vez de Baudilia hubiera sido la orgullosa comadre la que se hubiera ido sobre las brasas, a buen seguro que Juan de Dios no diera un paso para socorrerla. "¡Qué ayudarla, — reflexionaba el mozo; — a esa sí que la empujaría yo un poquito pa que se fuera sobre el fuego!" — Luego, pues, no odiaba de muerte a Baudilia, y no sólo no la odiaba, sino que se había apenado profundamente por su mal. Entonces, ¿no era su enemiga?

Aquí las reflexiones del mozo se embrollaban un poco; pues no era muy ducho en psicologías. Encontrábase incapaz de definir con precisión sus sentimientos.

—Yo no puedo perdonarle las judiadas que me ha

hecho, — se decía a sí mismo; — yo no puedo mostrarle los dientes a la que me ha tratao como un perro y a la que ofende con sus palabras a Silvina. Pero, entonces, ¿por qué no le tengo rabia? ¿y por qué he sufrido tanto estos días por ella?

Al cabo de mucho reflexionar sobre el caso, llegó a decirse que todas esas lástimas eran debidas a la consideración de que él había sido el causante del daño. Si Baudilia se lo hubiera acarreado por sí misma u otro fuera el responsable, acaso él se hubiera alegrado, en vez de afligirse y torturarse. Satisfecho con esta conclusión, pareció aliviado de un peso.

Llegó, al fin, el día en que Baudilia salió fuera, completamente restablecida. Cuando volvieron a encontrarse frente a frente, por primera vez, después de la catástrofe, Juan de Dios experimentó otra angustia.

Al abandonar ese día la cocina, vió que la muchacha salía de las casas. Entonces se quedó junto a la puerta para esperarla. Baudilia venía despacito. Su falda blanca de percal, floreada con dibujos rosaditos, ponía una nota de juventud y primavera sobre el fondo terroso de la vivienda campesina. Al cruzar de la sombra al sol, se intensificó aún más la viveza de su vestido, y entonces fué como una alegría que se explayara por todo el patio. Parecía más delgada, más aérea, más liviana. Juan de Dios la observaba con hondo interés, como si recién la conociera, y una indefinible confusión le iba invadiendo a medida que la muchacha se acercaba. De pronto Baudilia alzó los ojos y lo miró. Él sintió algo extraño dentro del pecho. Aquella mirada quieta, dulce, sin reproches, de aquellos grandes ojos negros, que nunca había advertido fueran tan bellos, le llenó de cortedad, de dulzura,

de interés, — él mismo no hubiera podido precisar su sensación. Y humildemente, muy despacio, cual si con su saludo quisiera al mismo tiempo implorar su perdón, dijo entonces:

—Güen día, Baudilia; ¿ya está del todo güena?

Baudilia se detuvo un instante y guardó silencio. Luego, sin acritud, pero con firmeza, repuso:

—Güena, gracias. Y ya que nos encontramos, Juan de Dios, oigamé bien. Lo pasado, pasado, ¿no es cierto? Pero, será mejor, pà los dos, que en adelante no tengamos más conversación, ¿no le parece?

Juan de Dios bajó la cabeza, sintiendo de pronto que algo enorme se le había venido encima, algo indefinible que le anudaba la garganta y le hacía zumbar la cabeza. Se encontró, por primera vez, chiquito ante aquella mujer, y no supo ni replicarle para excusarse o defenderse. Durante unos instantes estuvo así, anonadado, azotándose distraídamente el paño de la bombacha con la sotera del rebenque. Al fin, alzando un poco la cabeza, pero sin mirarla, dijo a su vez:

—Está güeno. Será ansí, como dice.

Y se alejó despacio, reconcentrado, mordiendo el barbijo de su sombrero, sintiendo que una ola brusca de tristeza le invadía el pecho, le apretaba el corazón y le subía hasta la garganta para anudársela cruelmente.

Al llegar al galpón se detuvo un instante, se quitó el sombrero, se rascó la cabeza. Quedó como atontado, vacío el cerebro, sin una idea. Luego pareció sacudir su marasmo, echó una mirada circular y fué a descolgar su freno. Enderezó para el palenque.

— Me ha tratado de usté, — se le ocurrió de pronto; — esto es de adeveras entonces.

Enfrenó el caballo, le echó sobre el lomo el cojinillo y montó de salto. Y así se fué por el campo, sin rumbo, al paso del tostado, silencioso y triste como aquella llanura desierta que se perdía en la lejanía del horizonte.

En la Estancia todos pudieron advertir que mientras Baudilia volvía poco a poco a su antiguo modo de ser, alegre y cantora, servicial y buena, Juan de Dios por su lado se tornaba cada vez más silencioso, reconcentrado y huraño. Baudilia no le esquivaba, no le mostraba desprecio, no tenía ni el más mínimo gesto contra él; pero él, así que ella comparecía, se levantaba y salía en silencio. A los que empezaron a interrogarle, los sacó una buena vez por todas con el rabo entre las piernas:

— No tengo nada. Soy como soy, y como he sido siempre. Y a naides le importa como soy.

Esto no era muy explícito, que digamos; más bien era contradictorio, pues siempre había sido el mozo comunicativo y jaranista. Pero todos debieron darse por advertidos y le dejaron en paz. Sólo el patrón solía mirarlo de lejos, con alguna insistencia, mientras una levísima sonrisa burlona se le incrustaba en la comisura de los labios.

Juan de Dios cumplía religiosamente sus tareas; seguía el tran - tran de su vida ordinaria; pero, de noche, en vez de asistir a la tertulia que después de la cena celebraban habitualmente en la cocina los peones antes de acostarse, se cortaba solo por algún rincón, junto al palenque, debajo del ombú, o en cualquier otro lado, y allí se estaba en silencio, oculto en la sombra. Sólo la lumbre de su cigarrillo denunciaba a veces su presencia.

Los domingos visitaba a Silvina; pero ya no iba con la premura de antes. Ahora, todos los peones se marcha-

ban a la pulpería antes que él pensara en agarrar caballo. La novia no tardó en advertir este cambio.

—¿Qué tenés? ¿Estás enfermo?

— No tengo nada. ¿Qué querés que tenga?

—¡Y yo qué sé! Pero vos tenés algo; no sos el de antes. ¿Estás cansao de mí?

—¡Ave María, mujer! — decía entonces él, en son de protesta; pero lo decía sin convicción: su voz sonaba a hueco.

Silvina empezó a cavilar. A ella no se la engañaba tan fácilmente. Era una muchacha despierta, zorrona, a la cual la vida le había dado muy duras y certeras enseñanzas. Por más que lo jurara Juan de Dios, bien notaba ella que sus besos eran fríos y sin entusiasmo. A veces, mientras sorbía su mate, el mozo se quedaba largo tiempo pensativo, haciendo dibujos en el suelo con el mango de su rebenque.

—¿Sabrá algo éste de la historia con Margarito? — se dijo a sí misma la desconfiada muchacha.

Y entonces empezó a mostrarse recelosa, a molestar a su galán con hábiles requisitorias.

Juan de Dios se mostró más reconcentrado. Tuvieron algunas peloteras. Un domingo, él se retiró enojado y ella no procuró hacer las paces. Así estuvieron como dos meses sin verse. Pero un buen día volvió Juan de Dios al rancho de la morocha.

—¿Ya se te pasó la luna?

Él dió vagas excusas. No sabía lo que tenía. Estaba cansado. Todo lo aburría. Nunca había sentido aquello.

—¿No te habrán ojeao, ché? — inquirió entonces la moza.

—¿A mí? ¿quién? ¿pa qué?

—¡Qué sé yo! Alguno que te quiere mal.

—No tengo enemigos.

—¿Y la de las quemaduras, ché? — saltó de pronto Silvina.

—¿Baudilla? Allá está. No nos hablamos más. Ya te conté.

—¿No te habrá echao mal de ojo?

—¡Déjate de pavadas! — replicó adusto Juan de Dios, con un brusco cambio en la voz y un vehemente deseo de cortar aquella conversación que amenazaba rozar a Baudilia.

En vano Silvina empleó todas sus artes para descubrir el secreto de su novio. Adivinaba que el cariño de éste se le escurría poco a poco, y a veces se encrespaba rudamente por no conocer la razón.

Entre tanto, Juan de Dios le iba cobrando extraordinaria ojeriza al peón brasilero. Apenas si transcurría día en que no le promoviera alguna cuestión. Sólo la mansedumbre y buen genio de aquél habían evitado hasta ahora un enojoso incidente.

Sin embargo, un día se produjo por fuerza el choque. Juan de Dios estaba en el galpón encebando una manea nueva, cuando entró allí, con unos cueros de carnero al hombro, el peón brasilero. Como de costumbre, iba éste cantando su copla:

"O tatú foi incontrado
La, na serra de Bagé,
A cavallo d'um zorrillo
Campeando un boi yaguané."

Juan de Dios lo miró de reojo un instante y prosiguió su tarea. Pero, el otro, cuando cogía la tonadita de una matchicha, ya tenía para rato. Así, pues, mientras arreglaba los cueros en el galpón, prosiguió cantando la fabulosa historia del tatú:

"O tatú de rabo mole
Tudo o milho me comeu;
Plante milho quem quizere,
Que o tatú quero ser eu."

Juan de Dios no pudo resistir más. Abandonó la manea que encebaba, se perfiló un poco para mirar bien al brasilero, y le espetó con aire agresivo:

— Che, macaco, ¿no podías dejar en paz al tatú? Ya has amolao bastante.

— ¿Qué dezis?

— Digo, — repitió Juan de Dios, — que si acabó el tatú, y el zorrillo, y el buey yaguané, y la madre que los...

— ¡Ora isto! ¿Então non se pode cantar?

— No señor, no se puede, porque yo no quiero, — replicó hoscamente Juan de Dios, dejando su sitio y viniendo a ponerse frente a frente de Mauricio.

El brasilero, viendo que la cosa iba de verdad, dejó también los cueros.

— ¿Vocé es el patrón? — formuló, adoptando también una actitud resuelta, pues no era cobarde el mozo.

— No soy el patrón, pero soy bastante pa taparle la boca de un guantaso al que se me dé la gana.

Intervinieron los otros peones que allí había, asombrados de la brusca e inesperada agresividad de Juan de Dios, y con buenas palabras calmaron a los contrincantes.

La oportuna llegada del capataz puso término al incidente.

— Este muchacho tiene algo en el mate; no está bien, — decía por la noche al patrón la parda Ceferina, comentando el suceso.

Y el patrón, entre dos chupadas al mate amargo con que asentaba la cena, contestó con su enigmática sonrisa:

— Dejuro, que tiene... alguna ligadura.

VI

El sol estaba ya bastante alto y empezaba a picar, cuando regresaron a la Estancia el patrón y Juan de Dios. Habían salido esa mañana a "campear" un buey hosco del que no se tenía noticia desde días atrás. Entre unas matas de cardo y de ortiga vizcachera lo habían hallado tirado, muerto. Juan de Dios lo había cuereado.

— Tenemos forasteros, — dijo en esto Juan de Dios, al divisar, desde lejos, un paisano que en ese instante llegaba por el camino a las casas.

El patrón frunció los ojos para ver mejor, y sentenció:

—Se me hace que ese ruano es el de Margarito.

Era, en efecto, el capataz de Los Laureles que venía a la Estancia para arreglar, en común, la venta de una partida de cueros. La primera persona con quien topó fué con Baudilia, y, habiendo llegado hasta él las mentas de su quemadura, se interesó muy amable por su salud. Estaba la muchacha haciéndole la narración del suceso, cuando vió asomar por el bajo al patrón.

— Aquí viene don Carmelo con Juan de Dios, — dijo, interrumpiendo su cuento.

— Me alegro de conocer a ese bárbaro que cuasi estuvo a punto de echarnos a perder una flor tan linda.

Baudilia no tuvo tiempo de contestar al requiebro, porque ya el patrón se apeaba al lado del veredón de las casas y venía con la mano tendida hacia Margarito; pero Juan de Dios, que había tomado por las riendas al caballo de su amo para llevarlo a desensillar, tuvo, si,

tiempo, de ver la sonrisa y el gesto galante con que el capataz de los Laureles hablaba a la moza.

—Ande ha de ir el güey que no are, — masticó el mozo, echando una mirada de soslayo al forastero.

Y se marchó más hosco y reconcentrado que nunca.

En el galpón encontró a Mauricio. Fué verle y soltarle a quema-ropa:

—Vea, mocito, que anda un gavilán ronciándole la prenda.

El brasilero volvióse sorprendido. Juan de Dios agregó:

—¿Qué me mira con esos ojos de ternero abichao? Ai, al ladito de las casas no más, está el mentao Margarito tirándole tientitos a su moza.

El brasilero se encogió de hombros, como hombre seguro de su suerte y de la fidelidad de la novia. Luego, con flema, empezó a decir que esa mañanita, muy de mañanita, al ir para la Estancia, se había encontrado al mismo Margarito rumbo al rancho de Silvina.

Juan de Dios se quedó mirándole fijamente. Después, con mucha calma, sin inmutarse, inquirió:

—¿Decís verdad, ché?

—Eu non mento, — afirmó concisamente el brasilero, y se quedó aguardando, seguro que iba a habérselas con el mozo.

Pero no fué así. Juan de Dios, muy sereno, indiferente casi, le observó un momento, advirtió que el otro no mentía por agraviarlo, y luego se marchó murmurando:

—Ta güeno...

Esa misma noche, después de cenar, Juan de Dios montó a caballo y de un galopito se trasladó al rancho de Silvina. No fué poco el asombro de ésta al verlo sofrenar su tostado frente mismo de la puerta.

—¡Oh, y esto! — exclamó la moza. — ¿Qué viento te ha traido?

—Ya ves, ganas de verte.

Silvina le observaba disimuladamente. Presentía que esa inusitada visita era motivada por la presencia de Margarito en la Estancia. Quién sabe lo que allá se habría hablado. Juan de Dios venía ahora a promoverle alguna escena de celos. Se puso, pues, en guardia.

Hablaron al principio de futilezas; pero, de pronto, él no pudo contenerse más, y rompió así:

—Hoy llegó a la estancia el capataz de los Laureles, ya sabés, don Margarito.

— Me lo había maliciao — pensó ella; y luego, en voz alta: — Bueno, ¿y qué?

—¿Nada sabías? — inquirió él, como distraídamente.

Ella, pensando siempre que la tormenta vendría por alguna historia contada imprudentemente en la Estancia, cayó en el lazo:

—Nadita, — contestó con displicencia.

—¡Mentís, sabandija! — clamó Juan de Dios, irguiéndose; — esta mesma madrugada lo han visto de visita aquí.

Silvina se dió cuenta que había errado la picada y que el otro le había descubierto la treta. Quiso componer las cosas:

—Mirá, te viá decir...

—¡Decir! ¿decir qué? ¿Que me querías engañar como a un zonzo?

—Escuchá, Juan de Dios. Te negué la cosa porque como sabía que no te iba a gustar...

Pero el mozo no quiso oírla:

—¿Y a mí qué me importa? Guardate tus razones. Yo

no te pido cuentas. Quería convencerme, no más. Aura estoy convencido, y basta...

— Pero, escuchame, Juan de Dios...

— He dicho que basta. Esto si acabó. He andao medio remolón pa abrir los ojos, pero al fin los abrí. Conmigo, ché, esto si acabó. Yo no churrasqueo las sobras de naides. Y si no te doy unos guascazos es porque me importás un pito. Sabelo, che: nunca te tuve lay, a vos.

Silvina advirtió que aquel rompimiento era definitivo; pero lo que no acababa de comprender es cómo Juan de Dios tomaba con tanta cachaza su falsía. Era evidente que no sentía celos, — que de haberlos sentido, ya hubiera hecho alguna barbaridad. Pero, entonces, ¿dónde estaba el amor que la profesaba? Porque de eso, sí, estaba segurísima: Juan de Dios la había querido, por mucho tiempo, de todo corazón. Sólo en los últimos meses se había mostrado, así, indiferente, caviloso, desamorado. No era, pues, por la vieja historia con el capataz de los Laureles que él se le daba vuelta; era por otras causas. ¿Habría de por medio otra mujer?

— Güeno, que seás feliz, — le espetó por la espalda, al ver que ya estribaba para irse. — Y no creás que yo tampoco voy a llorar mucho. Matungos de tu andar son los que sobran en el pago.

— Lo que no sobran mucho, — replicó él, — son yeguas de tu laya.

— Quién sabe, ché, si allá no tenés alguna.

Juan de Dios detuvo el caballo, que ya partía al sentir el peso de su jinete.

— ¿Allá? ¿dónde? ¿en la Estancia? ¡Limpiáte la boca, que estás de güevo!

— ¡Ajajá! — clamó Silvina, adivinando de pronto su acertijo.

Y metiéndose en el rancho, le escupió toda su rabia:

— Memorias a Baudilia, y cuidào con churrasquiar las sobras del brasilero.

Juan de Dios castigó con furia y partió a la disparada para no caer en la tentación de golpear a aquella víbora.

VII

Dos días después, era sábado, la parda Ceferina y Baudilia se habían puesto al fresco, a un lado de la cocina, para pelar papas, choclos y zapallos, ingredientes indispensables de la famosa "carbonada". En esa tarea estaban las dos mujeres hacía un buen rato, comentando los mil casos vulgares de la vida diaria (el dolor de muelas de fulanita, la rodada de zutano, el hallazgo de un nido de teros de Faustino), cuando la parda, que se había puesto en pie para ir a reparar el fuego, exclamó de pronto:

— Ché, muchacha, mirá quién viene allacito, por el bajo.

Alzó Baudilia la cabeza y observó la aparición señalada por su compañera. Era una mujer, jinete en un caballo azulejo, de falda colorada y pañuelo blanco a la cabeza. Se venía en derechura a las casas, a un galopito corto, castigando su cabalgadura con una varita de membrillo.

— ¡Mirá! ¿No es Silvina, ésa? — exclamó Baudilia.

— La mesma, — repuso Ceferina. — ¿Qué diantre pué trairla po acá?

— Nadita güeno ha de ser. A ésta, no le vemos la cara si no es pa un dijusto. ¡Cruz diablo!

Entre tanto la visitante se aproximaba. Antes de llegar, ya les gritó a las dos mujeres:

— Güenos días. ¿Qué les parece? Aquí me tienen de visita.

—Abájese, pues, — invitó Baudilia.

Se arrojó Silvina de su cabalgadura y muy desenvuelta vino a plantarle a Baudilia dos sonoros besos en ambas mejillas, tendiéndole después la mano a la parda.

—¿Cómo les va? ¿Cómo están po acá?

—Güenos; toditos güenos. ¿Y qué milagro es éste?

—Ya ven. Hace tiempo que nos los véia, y se me ocurrió allegarme un poco pa tener noticias. Vengo a pasar el día.

—¡Faustino! ¡Faustino! — llamó Baudilia.

Y cuando compareció el chico, que observaba curiosamente, aunque de soslayo a la visitante, agregó:

—Llevá el caballo y desensillalo.

Luego, volviéndose a Silvina:

—¿Vamo pa dentro?

—No, si aquí estamos bien, — contestó la interpelada; —¿qué hacen? ¿pelando verdura?

—Ya vé; es pa una carbonada.

—Voy a ayudarles, ¿quieren?

Y sin cumplimientos ocupó el sitio de la parda, poniendo manos a la obra.

Silvina se mostraba muy amable, sacando a relucir chismes del pago, contando sucedidos con bastante gracia. Baudilia la escuchaba, preguntándose siempre qué asunto de importancia podría haber motivado semejante visita. Pero la otra no largaba prenda. Seguía charlando trivialidades con una volubilidad mareadora. De un asunto saltaba a otro, y luego a otro y después a otro todavía, olvidándose a veces de rematar el que había iniciado aquella loca asociación de ideas.

—¿Se acuerda de ña Casilda, aquella que una ocasión casi envenenó a tuitos los de la casa con sus pas-

teles? Los otros días juí a verla, porque parece que la pobre anda medio mal de salú. Ella dice que tiene la paletilla cáida, pero pa mi gusto es otra cosa. Ya sabe que Indalecio la ha soplao por un cañuto. Unos dicen que porque estaba harto d'ella; otros, porque la pescó con un compadre, — aquél que jué polecía, ¿conoce? — Sí, pues, ¡cómo no ha de conocer! Jesús María, el que jué pión de don Renato; que dispués entró en la polecía y lo hicieron sargento cuando la rigolución. ¡Y que lo hicieron sargento quién sabe por qué! Había otros más guapos y mejores. Lo que tenía Jesús María era unas uñas que ni de peludo. En lo de don Renato, cuando él estaba, no paraba cacharpa de la pionada. Entuavía se me acuerda aquella historia del bozal, ¿no la conoce? Mire, pa que vea qué laya de hombre es el tal Jesús María: el bozal era de Primitivo, ya sabe, aquél picado de virgüela... sí, pues, ¡cómo no ha de conocer! ¡si estuvo tanto tiempo con don Renato!... Un muchacho grandote, bien parecido, con unos ojazos ansí, que miraban fijos... ¡si no conoce otra cosa! Mire, aquél que decían si era o no era hijo del patrón con la china del puesto del fondo, porque siempre lo estaba distinguiendo...

Baudilia ya estaba como entontecida y no recordaba el punto de arranque de la historia que le hacía su interlocutora. La llegada del patrón, le cortó al fin el hervor a aquel "pororó".

Hubo nuevos saludos, matizados esta vez con algunas bromitas que dejaba caer el patrón como al descuido. Silvina, muy coquetona, sabiendo que gustaba a todos los hombres, hacía remilgos y monerías. De pronto saltó el patrón con este escopetazo:

— ¿A que no sabe quién estuvo los otros días po aquí?

— No soy endevina. ¿Cómo quiere que sepa?

— Mesmo. Usté es demasiao bonita pà ser bruja. Pues, Margarito.

— ¿El de los Laureles?

— ¡Clavao!

— Es un güen hombre, trabajador, entendido. Un poquito mentiroso, ¿no le parece?

—Sí, a ocasiones larga bolazos un poco pesaos. ¿Y a su novio, Juan de Dios, no lo vido?

— Entuavía no.

— No, aura está "cerdeando"; preguntaba si hace mucho que no lo vé?

— Los otros días se llegó a casa.

Y no dijo más al respecto; en seguida la conversación tomó otro giro. Baudilia continuaba torturándose el magín para averiguar qué es lo que habría motivado la visita de aquella muchacha.

Así transcurrió toda la mañana. Cerca de mediodía empezaron a llegar los peones. El último en venir fué Juan de Dios.

— Aura se vá a destapar la cosa, — pensó Baudilia.

Pero, por el momento, se equivocó. Juan de Dios, que conoció de lejos a la visitante, se metió en el galpón, como si estuviera muy atareado. Silvina continuó charlando como si tal cosa.

— Juan de Dios no la ha visto, — insinuó Baudilia.

— ¿Le parece?, — contestó la otra, mirándola fijamente a los ojos.

— Ansí ha de ser, porque de no ya se habría venido a saludarla.

—Pue que no tenga interés en saludarme, — replicó Silvina, sin dejar de observar a Baudilia.

—¡Y cómo no va a tener! — dijo ésta, con absoluta sinceridad, — ¿no la quiere?

—Ansí me lo ha dicho muchas veces; pero los hombres... cambean.

—Juan de Dios es de palabra...

—¡Pse! ¡La palabra de los hombres!...

Baudilia tuvo la intuición de que aquellos dos debían tener alguna cosa: un enojo de novios, seguramente. A eso debía obedecer la visita de la muchacha. El hecho, pues, no era muy interesante. Más valía así.

—Y ustedes, — interrogó de pronto Silvina, — ¿siempre peleaos? ¿no han hecho las paces?

—No, y muy contenta que estoy ansí.

—¿Él no ha buscao amigarse? Me parece que sí...

—¡Qué esperanza! Ni nos hablamos.

—¡Bah! A mí me lo puede decir...

—De veras que no. ¿Usté cré que puedo olvidarme de lo que me hizo?

Silvina observaba disimuladamente a su interlocutora. Su acento era de sinceridad. Nada revelaba que pudiera tener algo con Juan de Dios. ¿Se habría equivocado en sus sospechas? Entonces se decidió a hacer su confidencia:

—¿Sabe una cosa, Baudilia? Hemos roto, con Juan de Dios.

¡Ahí estaba, por fin, la cosa! A esa ruptura se debía la presencia de Silvina en la Estancia. Sin duda, procuraba la reconciliación. Baudilia se alegró de haber acertado.

—¿Y eso? ¿Cómo fué?

—¡Qué sé yo! Vino a casa con ganas de pelea y tuve que echarlo.

— Pero, ¿por qué? No ha de ser tan fiero el asunto que no pueda arreglarse.

— ¿A usté le gustaría que volviéramos a arreglarnos?

— ¿A mí? ¿y por qué no?

Silvina advirtió que Baudilia no mentía y en seguida le asaltó la congoja de cuál sería esa otra mujer por la cual Juan de Dios la abandonaba. Porque lo de Margarito, a todas luces, era un pretexto. Entonces, tranquilizada respecto de Baudilia, se hizo más confidencial:

— Vea, Baudilia: Juan de Dios tiene algo. A mí no me quitan de la cabeza que se ha encaprichao de otra mujer. Esa historia del capataz de los Laureles es pamplina. Hace tiempo que lo veo tristón, preocupao, — mire, justamente, dende que usté se quemó. Cuando iba a casa se distráia, pasaba ratos sin hablarme, no era cariñoso como antes. Nosotros comprendemos bien cuando un hombre deja de querernos, ¿no es cierto? Bueno, pues. Yo me dí cuenta en seguida que Juan de Dios estaba harto de mí y que tenía en el corazón otra mujer. Los otros días me figuré que esa mujer era usté, Baudilia.

— ¡Yo! — exclamó la otra, asombrada de verdad, mirándola con extrañeza, no comprendiendo las razones de tal sospecha.

— Sí, lo creí, por ciertas cosas...

— Pero, ¡qué disparate! Si nosotros dos no nos podemos ver la estampa.

— Así ha de ser, ya lo veo... Pero, ¿qué quiere? ¡Lo encontraba a Juan de Dios tan cambiao en estos últimos tiempos! Si yo la nuembraba a usté, saltaba como una víbora, diciéndome que no la tocara... como si yo pudiera ofenderla, calcule.

— De veras que es raro. A mí no me puede ver. Ni me

habla ni me mira. Yo creí, más bien, que hablara mal de mí.

—Al revés, aura no hace más que ponderarla. Si le digo que por eso me figuré lo que me figuré.

—Pues por este lao pué estar tranquila... ¡Yo y Juan de Dios! ¡qué soncera!

—¿Entonces, quién será? Porque, creamé, Baudilia, Juan de Dios tiene una mujer en el corazón. ¿Usted no conoce sus pasos?

—Yo no sé nada. Aquí está tuito el día. Los domingos, no más, ensilla su caballo, de tardecita, y se va... Creio que a su casa. Ya vé, eso de otros amores, son figuraciones suyas.

Silvina se había quedado abstraída, los ojos fijos a lo lejos, sin ver. Y en vano, durante el resto del día, ambas mujeres procuraron descifrar el enigma. Fué imposible. Juan de Dios, por su parte, no apareció por los ranchos hasta que la visitante se hubo marchado.

VIII

Al día siguiente, como el patrón mentara la visita de Silvina, Baudilia le espetó:

—¿Sabe, patrón, que Silvina se ha peleao con Juan de Dios?

—¿Sí, eh?

—Sí. Acabaron las rilaciones. Silvina se figura que Juan de Dios se ha enamorào de otra mujer.

—¡Mirá! ¿Y de quién?

—¡Qué sé yo! ¡Cuenta cada disparate! ¡Si hasta se figuró que yo le había soplao el novio! ¡Figúrese!

—Pues no es tan zonza esa china. La zonza sos vos.

Baudilia se quedó con un palmo de boca abierta.

—¿Yo? ¿por qué? — adujo, después que pudo tomar alientos.

—Porque Juan de Dios está enamorao de vos, ái está.

—¿De mí? ¡Ah, no, no, no! — exclamó, protestando con toda su alma.

Y, súbitamente encrespada, rebelándose contra semejante imposible caso, salió de la habitación, con ansias de llorar.

Pero, después, más tarde, empezó la moza a reflexionar sobre cuanto le había narrado Silvina: la actitud de Juan de Dios a su respecto, los elogios que de ella hacía, hasta la defensa que había tomado cuando la otra la mentaba. Empezó a recordar cien pequeños detalles, en los que no parara mientes hasta entonces. ¿Cuántas veces no había sorprendido al mozo contemplándola desde lejos?

Ella siempre creyó que la miraba en son de burla, porque apenas se cruzaban sus miradas, él bajaba la cabeza y se iba. Otra vez que Baudilia había de salir con uno de los peones, sin que nadie le dijera nada, fué y le echó voluntariamente el caballo al corral. Otro día en que el patrón la regañó porque la leña verde echaba humo, encomendándole que tuviera más cuidado al traerla del monte, el mozo fué por sí mismo, sin una palabra, a ahorrarle el trabajo y le trajo una carga de leña seca. Otra vez aún, en que Baudilia había perdido un prendedor en el campo y lamentaba la pérdida, fuese él, callado, a buscarlo, y se lo hizo entregar por intermedio de Faustino: sólo por haberse éste "enredao en las cuartas" supo ella que quien hizo la búsqueda no fué el chico, sino Juan de Dios. Y no hacía mucho todavía, había tenido el mozo unas palabras con el peón brasilero porque no supo rechazar los avances del capataz Margarito.

Estos y otros casos semejantes los atribuyó cada vez Baudilia a motivos extraños, a afán de burla, a propósito de humillarla, a deseo tal vez de aminorar la barbaridad que con ella había cometido; pero, ahora, de súbito, ante las palabras del patrón, los veía iluminados de una luz nueva.

Desde ese instante, le tocó a la muchacha mostrarse preocupada. Con disimulo observaba a Juan de Dios, y más de una vez sus miradas furtivas se cruzaron, huyendo luego los ojos de ambos con vergüenza de haber descubierto su mutuo espionaje. Más de una vez también, en la cocina o en el campo, al encontrarse los dos por acaso, notó que él no se iba, que permanecía obstinadamente cerca de ella como si fuera a hablarle y no se decidiera. Cuando tuvo la certeza de que Juan de Dios la

rondaba, una confusión lamentable se adueñó de su espíritu:

—¡No! ¡Yo no lo quiero! ¡Lo odio! ¡lo odio!, — se dijo a sí misma, casi llorando de rabia.

Pero, ¿por qué de continuo le asaltaba el recuerdo de Juan de Dios? ¿por qué vivía tan preocupada con él? Y, sobre todo, ¿por qué cuando se decía a sí misma en voz alta: "le odio", no experimentaba en lo íntimo de su ser esa repulsión que nos produce todo lo odiado?

Baudilia empezaba a estar confusa, y ahora trataba de rehuir a su perseguidor, para no dar motivo de que fuera a hablarle.

Las demás gentes de la casa debieron notar algo, también, porque ahora, cuando se hallaban reunidos, sonreían con aire mal disimulado de inteligencia y se hacían guiños picarescos. Dos o tres veces, tuvo Baudilia ocasión de sorprender esos gestos, y empezó a enconarse. Le pareció que se burlaban de ella, que iban por lo menos a pifiarla al ver que el odio de los mozos se había trocado en amor, y un buen día, tomó una determinación radical, que andaba rumiando de tiempo atrás.

— Patrón, — le dijo a don Carmelo, — tendría ganas de pasar una temporadita con mi tía.

—¿Con "la tigra"? ¿Qué es eso muchacha? ¿Qué ventolera te ha dao?

— Nada. Va pa cuatro años que no la veo, y ahora se me ha antojao dir al Aceguá.

— Pues, hija, si ese es tu gusto, andá a ver "la tigra". Y si tiene cachorros, a la güelta me trais toda la nidada pa augarla en el arroyo.

"La tigra" llamaban todos a la tía de Baudilia, una china brava como un sargento, más valiente que las ar-

mas, que no tenía paz con nadie y se había hecho temer de todos. Ella era la que había criado a Baudilia, dándole más azotes que pan. Precisamente, por una soberana paliza, de la cual estuvo a punto de no contar el cuento la criatura, es que se la había quitado un vecino, medio pariente también, el que a su vez la había llevado a la Estancia de don Carmelo.

La noticia del próximo viaje de la moza al Aceguá, dió margen a muchos comentarios en la estancia. Al fin, todos se avinieron con lo que aseguraba el capataz: —" Baudilia odea a Juan de Dios y pa no tener algún dijusto juerte si el mozo la atropella con una rilación de amor, se larga pa lo de la " tigra ". Arroyo por medio, no hay estrujones ".

Juan de Dios se enteró, naturalmente, como los demás, de la nueva, y quedó asombrado. ¿Por qué se iba? ¿por él? Confuso y desorientado no supo qué actitud asumir. De pronto se le ocurría que debiera hablarle a la muchacha para aclarar la situación; luego pensaba que no tenía ningún derecho y que ya que ella no quería saber nada de él lo mejor sería guardar silencio. Pero eso sí, en lo íntimo de su ser, sintió una honda pena, y entonces tuvo que confesarse a sí mismo que estaba enamorado de la muchacha.

La víspera del viaje, Juan de Dios procuró por todos los medios encontrarse a solas, siquiera un instante, con Baudilia; pero ella no le dió lugar: sin descuidarse un segundo, siempre se ingenió para que hubiera entre ellos alguna tercera persona. De noche, el mozo " ronció " la cocina, también sin resultado. Al fin todos se fueron a dormir, y él se quedó en el patio, fumando, con la loca esperanza de que, por cualquier motivo inesperado, Baudilia tuviera que salir fuera. Fué vana su espera.

Al día siguiente, muy de mañanita, para aprovechar la fresca, Baudilia montó a caballo, acompañada por el capataz. Saludó a todos, muy cariñosamente, prometiéndoles volver pronto. Sólo un detallecito la molestaba: ¿qué actitud asumiría con Juan de Dios? ¿le daría la mano o debía marcharse sin saludarlo? Por la noche no había pensado en otra cosa, y ahora mismo, en el último instante, no tenía nada resuelto. Sin embargo, en este punto le aguardaba una sorpresa: allí estaban para despedirla, todos los que la querían bien, — todos, menos Juan de Dios.

"Mejor ansí", — pensó Baudilia; pero, la verdad es que la ausencia de aquél, más que extrañeza, le causó una viva contrariedad. Aunque no quisiera confesárselo, le hubiera agradado que él estuviera allí. Y si no, ¿por qué aquella opresión que de repente le subió del pecho a la garganta?

— Güeno, basta de despedidas que no nos vamo pa el otro mundo, — arguyó el capataz. Y luego, así que pisaron el camino, insinuó: — ¿Galopito?

— Vamo, — contestó Baudilia.

Y arrancaron al galope. El aire fresco de la mañana azotó el rostro de la muchacha. Su cabalgadura resoplaba muy fuerte, a compás, mientras sonaba la berija. Así, de un tirón, llegaron a la portera. El capataz quiso abrirla de a caballo; pero no pudo y hubo de desmontar. Pasó Baudilia, y a pie, detrás de ella, llevando de tiro su caballo, su compañero, a fin de cerrar nuevamente la portera. Ya se iba adelante, despacito, la muchacha, cuando el capataz, montando su caballo, le dijo:

— Se me hace que hay matreros en el monte. ¿No viste nada allacito, a la izquierda?

— Vide, — replicó Baudilia, cuya avizora mirada había

descubierto a la distancia a Juan de Dios; — ¡qué pedazo de zonzo!

Pero, el comprobar que el mozo no había podido quedarse sin verla, siquiera de lejos, le llenó el pecho de frescura. Sin saber por qué, respiró más fuertemente, sonrió a la luz matinal que vestía de fiesta la mañana, y, lanzando alegremente su caballo al galope, le gritó al capataz:

— ¡Una carrerita! ¿A que no me agarra?

— Vas a cansar el pingo, — argumentó el otro, sin responder a la invitación.

IX

"La tigra", como llamaban todos a la china Felisa Díaz, tía de Baudilia, era ya una mujer entrada en años, pero que conservaba todos los arrestos de una juventud cerril. De rostro aindiado, duro, anguloso, color de ciena cobrizo; de largas crenchas negras, alisadas y muy negras, no obstante la edad; de andar y gestos hombrunos, y de aficiones de macho también, pues hasta "pitaba negro" y trasegaba caña, tenía toda la apostura de un milico que hubiera dado en la broma de disfrazarse con faldas. Pendenciera y mala, no guardaba paz con nadie, ni siquiera con el viejo perro barcino, su único compañero, al que solía correr a chirlazos y pedradas. Tenía, sin embargo, un don, merced al cual por fuerza la buscaban, tarde o temprano, todos los vecinos: era habilísima curandera; conocía las virtudes de los yuyos, y hasta sabía de menjurjes y "palabras" para destruir daños, formar ligaduras y curar "vicheras". Su fama se había extendido tanto que cierta vez la habían venido a buscar desde el Chuy para atender a un estanciero picado por una víbora de coral.

Vivía en un misérrimo rancho de terrones, desvencijado y lleno de grietas, de este lado de los bañados. Era un paraje desolado, tristísimo, húmedo, sólo sombreado por la lejana serranía de Aceguá. Todo era allí tristeza y abandono. La tierra, anegadiza, recubierta a trechos por parduzcos chircales, se extendía monótonamente a pérdida de vista. Sólo a unas cuatro o cinco cuadras del

rancho de la china Felisa, ponía una nota excepcional y poética un tupido pajonal con algunos molles y sauces destacándose sobre el azul del cielo.

En este rincón olvidado y triste venía a buscar sosiego la pobre Baudilia. Lo pasaría bastante mal con la tía — ya había descontado eso la muchacha; — pero siquiera estaría lejos de aquel mozo cuya sola presencia era para ella un martirio. Desde que se apeó a la puerta del rancho, no más, pudo cerciorarse de que "la tigra" no había variado de carácter y de que seguía mereciendo el apodo. Al oir los ladridos del barcino, se cuadró en la puerta, entornando los ojos para conocer a los visitantes. Ni un músculo de su cara se contrajo al reconocer a su sobrina; ni una palabra de bienvenida o siquiera de sorpresa se escapó de sus labios al recibirla. Fría, hosca, impenetrable, espantó al perro con un correadorazo y esperó que los otros se le acercaran. Baudilia se tiró del caballo y la besó, sin que se le devolviera el saludo. En cuanto al capataz, que permanecía a caballo, se tocó el ala del sombrero, murmurando un "güenas tardes".

— Vengo a visitarla, — explicó Baudilia; — y si le parece podría quedarme un mes o dos aquí.

La china Felisa no contestó de pronto. Debía estar pensando en si debía recibir o no a la sobrina; pero la verdad es que por la expresión de su rostro y sus ojos inmóviles parecía que no pensara en nada. Al fin hubo de decidirse, cuando ya el prolongado silencio empezaba a inquietar a Baudilia, y dijo a ésta, concisamente, con voz breve y opaca:

— Dentrá.

El capataz vió que lo dejaban solo, que ni por cumplimiento lo invitaban a apearse y aflojarle un momento

la cincha al caballo; y decidió cortar por lo sano, volviéndose de inmediato por el camino que había venido:

— Güeno, Baudilia; entonces será hasta la güelta.

La muchacha, agradecida, aunque con cierto temor de disgustar a la tía, se atrevió a decir:

— Abájese; descansará un ratito.

El capataz echó una rápida mirada a la china, que permanecía indiferente.

— No, gracias; me güelvo enseguidita. En cualquier rancho agenciaré un cimarrón y le daré un resuellito al flete.

Se despidió de Baudilia y se marchó al trote sin merecer una ojeada de "la tigra".

— ¡ Pucha, con la india fieraza! — comentaba el capataz, mientras se iba por los campos encharcados: — ¡encastada con yaguareté ha de ser!

Durante el resto de la tarde, sólo con monosílabos y gruñidos contestó la huraña tía a la charla de su sobrina. Estaba anhelosa Baudilia de dar noticias de la Estancia, de cambiarse el rumbo de las ideas, de aturdirse con su propia charla; e interesábale también saber algo de la vida que había llevado, durante cuatro años, entre aquellos pajonales, la sañuda mujer. Pero, por lo visto, ésta no tenía interés alguno por las gentes de la Estancia ni por nadie en el mundo. Ni siquiera formuló la más suscinta pregunta para investigar la razón de la inesperada visita de la muchacha. Con movimientos rítmicos y duros iba de un lado para otro, ocupada en sus quehaceres; de pronto desaparecía en el campo, y al rato volvía a aparecer en el rancho sentada junto al trashoguero, chupando mate y pitando su cigarrillo de tabaco negro. Sólo allá al

atardecer, cuando se trató de disponer la cena, tuvo la tía Felisa una frase, para sus hábitos, extensísima.

— Picá leña p'al juego. L'hacha stá ai, n'el rincón.

Concluída la frugalísima cena, salió fuera y se sentó sobre una cabeza de vacuno. Siguió fumando. Baudilia, de pie, recostada a la puerta del rancho, ya estaba descorazonada, convencida que no había forma de hacerle despegar los labios a su compañera. Y se puso a mirar las estrellas y el campo, obscuro como boca de lobo.

Empezaron a transcurrir los días lentos y aburridos para la mísera desterrada. De mañana, antes de salir el sol, estaba en pie, ayudando a Felisa en sus habituales ocupaciones. Luego tomaban mate y preparaban la comida. Por la tarde hacía una siestita y luego vuelta al mate y a dar vueltas por el rancho. Y llegada la noche, se cenaba, se " verdeaba " durante una hora, mirando el cielo, hirviente de estrellitas; y después a la cama. Durante toda la jornada sólo abría la boca Felisa para ordenar algo así, por el estilo: — " Trai leña ", — o " Poné asao " — o " Alcanzá agua ".

A veces, de tardecita, Baudilia se llegaba hasta el monte, que orillaba la ciénaga. Gustábale ese rincón solitario y melancólico, que tan bien se avenía con el estado de su espíritu. Allí, sobre una rama baja y gruesa de un rugoso sauce, se sentaba para dejar vagar sus pensamientos, que obstinadamente volaban hacia la Estancia de don Carmelo Antúnez.

¿Se acordarían de ella? ¿qué dirían de su ausencia? ¿la extrañaría la parda Ceferina? Su mano distraída jugaba con los colgantes penachos del árbol; arrancaba sus hojas. Sus ojos, perdidos en el vacío, siguiendo la ruta de los recuerdos, no veían aquel mar de caraguatás

y pajas bravas que una suave brisa hacía ondular sonoramente, con un gemido triste. A veces, el chillido de un pájaro entre las ramas o la huída de un aperiá entre los pastos húmedos, la arrancaban de su ensueño; pero eso era un lampo, nada más. En seguida su pensamiento se desentendía del mundo real y volvía a sus quimeras y recuerdos. Ahora es cuando allá, en Buena Vista, los peones regresaban del trabajo y se ponían a matear en el galpón, aguardando el instante de la cena. Faustino jugaba con el perro grande, en medio del patio. Bandadas de palomas "ganaban" los árboles obscuros. Oculto el sol, el horizonte continuaba aún ardiendo con tonos de púrpura y oro. Juan de Dios solía coger entonces su guitarra y se ponía a cantar muy bajito, al lado del horno, un estilo tristón, que se entraba muy quedo en el alma.

¡Juan de Dios! Su recuerdo, a medida que transcurría el tiempo, se arraigaba más y más en el ánimo de Baudilia. Era por él que ella estaba allí, lejos de todas sus cosas queridas, de su campo amigo, de los objetos familiares. Por huir de su ronda amorosa es que ahora se veía perdida en medio de aquella naturaleza hostil, lejos de todo cariño y afección. ¿Le odiaba, pues, tanto?

No hubiera podido decirlo; acaso, también, no se atrevía a examinar el fondo de su corazón. Pensaba en Juan de Dios sin rencor, sin acritud; pensaba continuamente en él, más bien con complacencia. Su recuerdo no le producía grima, no le irritaba el pecho de protestas: era un recuerdo sereno, melancólico, que la entristecía y la llenaba de dulzura a la vez. La satisfacía saberse querida allá, lejos, por alguno que tal vez estuviera a esa hora misma sufriendo con su ausencia. Sufriendo, sí, sufriendo dulcemente, como ella sufría, con aquella inconfesada

ansia de dormirse para siempre, despacito, escondida, perdida en medio del mundo, entre los yuyos del campo.

Poco a poco su cabeza se inclinaba sobre el pecho y una amargura invencible le desbordaba del corazón. Las pupilas empezaban a entibiársele y se le humedecían luego. Nunca se había sentido más sola y abandonada; nunca más mísera y huérfana de hondos afectos. Había un vacío horrendo a su alrededor; una tremenda noche que la circundaba y le penetraba las carnes. Estaba sola en el mundo, sola, sola, como aquellos campos que se extendían a perdida de vista, opacos y lúgubres, sin un pasajero, sin una canción. Y hundida la cabeza en el pecho, continuaba llorando muy quedo sobre su inmensa desventura, sobre su vida sin luz y sin objeto.

Después, de pronto, contenía el raudal de lágrimas, alzaba la cabeza y miraba asombrada aquella naturaleza inmensa y muda que la rodeaba, aquel horizonte desconocido que parecía rechazarla. A lo lejos, muy lejos, azulaban las ondulaciones de la sierra de Aceguá; más hacia acá, el campo se ensombrecía con los chircales inmensos; a trechos, el bañado resplandecía con tonos de luna, y a trechos también algunas manchas verdes y blancuzcas denunciaban la presencia de espadañas y pajizales. Sobre el techo del rancho negruzco de "la tigra" el sol muriente ponía una macilenta caricia de oro. Las ranas empezaban su plañido interminable; una nutria lanzaba su quejido; los teruteros volaban muy bajo, chillando desaladamente. Entonces, lentamente, colgantes los brazos, volvía al rancho de la tía Felisa para meter en su sombra la sombra de su alma.

X

En la Estancia, hasta los perros parecían extrañar a Baudilia. Sobre todo, el Zorro, un animal vivo e inteligente, parecía desasosegado: a menudo se le veía rondar por la cocina y el gallinero, cuando no en la misma pieza de la moza ausente, olfateando los trapos y objetos que le pertenecían. En cuanto a las personas, no hay que decir, en todo momento, por cualquier cosa, mentaban a la muchacha. — " Si estuviera Baudilia no pasaría esto " — oíase a cada instante, como una muletilla.

La verdad es que la casa parecía triste con la ausencia de la Calandria. Ya no se oían sus cantos y risas, que desde la mañana hasta la noche hacían sonar los ecos de la vieja casona; ya no se veía su traje claro y primaveral poner una nota alegre en medio de la paz grave de los campos. Pero quien más extrañaba a Baudilia, sin duda alguna, era Juan de Dios.

Es decir, la extrañó durante el primer mes, porque, a juzgar por las apariencias, ahora la había olvidado. En efecto: al principio se le veía siempre solo, callado, pensativo. Se pasaba las horas recostado contra el horcón del palenque, lejos de las alegres reuniones de los compañeros. Otras veces se largaba al través del campo, andaba quién sabe por dónde, y sólo retornaba muy tarde, a la hora de cenar. No aceptaba conversaciones sobre la muchacha y cuando alguien le enderezaba alguna pulla, se marchaba sin contestar, hosco y reconcentrado. Pero algún tiempo después, se le vió repentinamente cambiar de

actitud: empezó a ensillar otra vez su tostado, los domingos, de tarde. Luego, reanudó sus pláticas en la cocina, tornó al buen humor, fué el Juan de Dios de antes.

—¡Paice que el dijunto ha resucitao! — dijo burlonamente uno de los peones.

— Mesmo, — replicó él, sonriendo. — ¡Miren que penar por pulpa flaca! ¡Hay hombres que se güelven como caranchos!...

Así, burlándose de sí mismo, cortó de raíz las burlas de los demás. Lo cierto es que Juan de Dios, después de haber sufrido por la ausencia de Baudilia, se había hecho algunas reflexiones y concluyó por convencerse de que era un zonzo en guardarle tanta fe a la que así se burlaba de él. ¿No se había ido, en efecto, la moza por su voluntad, para esquivar el rendido amor que en él había adivinado? Pues si ella seguía odiándole, al extremo de huir de la Estancia, donde se hallaba tan bien, para sepultarse viva en la tapera de la tía Felisa, ¿por qué habría él de conservarle su cariño y penar por ella? Y al fin y al cabo, ¿por qué la quería? ¿cómo es que había llegado a quererla? Eso, sin duda, sucedió por lástima, por haber sido él el causante de aquellas quemaduras, o tal vez por el despego que Baudilia le había demostrado cuando, ya sana, fué él voluntariamente a buscar una reconciliación. ¡Y por eso andaba como alma en pena! ¡Vaya un maturrango! A la mujer, cuanto más la cortejan, más la ensoberbecen. El hombre tiene que seguir siendo hombre, si pretende dominar. ¡Qué estúpido había sido!

Y aconteció entonces que andando una tarde por el campo, lejos de las casas, sumido en ese mar de reflexiones, se dió de pronto de manos a boca con Silvina.

Ella, que estaba cortando leña en un montecillo, se hizo la distraída; pero él, de súbito, sin reflexionarlo, le dirigió la palabra.

—¡Trabajadora la moza!

Tomando a burla la frase, Silvina no contestó nada. Entonces Juan de Dios se le acercó:

—¿Quiere que la ayude?

—Gracias, no preciso, — replicó la moza y siguió tronchando gajos y ramas.

—Traiga el hacha y no sea mala, — insistió Juan de Dios.

Y quieras que no, alivió de su trabajo a Silvina. Empezaron a conversar; se cambiaron reproches; se argumentó largamente por uno y otro lado: que "si tú no hubieras dicho", que si "usté no hubiera hecho", que "esto y lo otro y lo de más allá". En fin, que al terminar aquella memorable jornada, habían hecho las paces y volvían a ser los buenos novios de antes.

—Güeno, — concluyó Silvina, — pero ha de ser con la condición de que no me volverás a fruncir la jeta por eso de Margarito. Ya estás albertido.

—Ya estoy albertido, — contestó riendo Juan de Dios, — aura tomá por el trillo y rumbiá pa los ranchos.

Desde entonces Juan de Dios se tornó decidor y chancero; cantaba, como antes, al claror de las estrellas, el rosario de sus estilos camperos; discutía y bromeaba con los demás peones. A decir verdad, mostrábase más alegre y bullicioso que antes. Su alegría era más ruidosa.

—Aura le ha dao la viaraza con Silvina, — decía el capataz. — Anque la moza no me gusta, lo prefiero ansí, más mejor que cuando clavaba la pezuña.

—Está demasiao alegre pa estar alegre de veras, ¿no

haya, amigo? — replicaba filosóficamente el patrón, emperrado en su idea fija.

Y la verdad es que aquel brusco cambio en el carácter de Juan de Dios sólo se mantenía en la apariencia. Cuando el mozo se "cortaba" solo por el campo, toda su bullente alegría desaparecía como por encanto. Poco a poco la vista se le extraviaba sobre la inmensa quietud de los campos; dejaba de interesarse por todo cuanto palpitaba a su alrededor, y, sueltas las riendas sobre el cuello de su caballo, que seguía al paso por donde mejor le acomodaba, dejaba vagar su pensamiento... No conocía el pago de "la tigra", y no podía representárselo; pero este mismo desconocimiento del escenario donde la muchacha se había refugiado, le llenaba el espíritu de mayor tristeza. Estaba *allá,* lejos, no sabía dónde, — entre los pajonales, mencionaba el patrón, — y él no podría dar con ella sin interrogar a las gentes, es decir, sin descubrirse. Estaba *allá,* en algún lado, escondida, apartada de él, olvidándolo... ¿Lo olvidaría? ¿no pensaría alguna vez en él? ¿Sería verdad, entonces, que lo odiaba tanto?

Otras veces, al lado de Silvina, sufría distracciones. No dejaba la ladina muchacha de advertirlo; pero, al interrogarlo, no lograba sino malhumorar a Juan de Dios.

— No tengo nada; me duele un poco la cabeza, — replicaba.

Y, repentinamente hosco, se ponía en pie y se salía del rancho.

De noche, tendido sobre sus "cacharpas", en el rincón más negro del galpón de los peones, se revolvía inquieto, siempre desvelado por su idea fija: — Baudilia no estaba allí; se había ido lejos, no sabía dónde; acaso no volviera más... Se había ido porque lo odiaba; por no verlo más.

— ¡Cristiano zonzo! — se reprochaba a veces, para sí,

en el fuero íntimo de su conciencia, — ¡penar por pulpa flaca!

Y hacía el propósito de olvidar a la Calandria; de divertirse, de reir... Entonces, ante los demás, surgía el Juan de Dios de antes. Se le veía chancero; se le oía cantar, bajo el ombú, sus habituales estilos.

Entre tanto, se aproximaba la esquila. Ya se tenían apalabrados unos treinta esquiladores para comenzar las faenas a fin de Diciembre. En la Estancia se hacían preparativos. En todo el pago también se aprestaban las muchachas para la fiesta que vendría después.

— Habría que dir a buscar a Baudilia, — insinuó una noche la parda Ceferina al patrón, mientras le cebaba mate. — Ya va pa tres meses que falta: debe estar hasta el gañote de vivir entre las pajas como aperiá.

— De veras, — repuso don Carmelo. Después, devolviéndole la calabaza: — Está medio lavativa, ché. Cambeále la yerba.

Y, cruzando una pierna sobre la otra, mientras con ambas manos se cogía el pie, tornó a la idea sugerida por la parda:

— Habría que dirla a buscar.

La noticia cayó en el galpón en un momento en que estaba la peonada toda reunida. Fué recibida con regocijo por todos: Baudilia era una buena compañera de la mozada. Desde que ella faltaba, había muchas prendas sin remendar y el asado de cordero no alcanzaba nunca a dorarse como el oro. Además, faltaba alegría, faltaba aquella canción juvenil y amorosa que corría todo el día por la casa haciendo más leve y llevadera la sorda monotonía del campo.

Sólo Juan de Dios guardó silencio. Pero, al oir la nueva, le pareció que amanecía.

XI

Cuando se tiró al suelo, desde el caballo, a punto estuvo de que la perrada la volteara. Todos se le iban encima, alegremente, parándose de manos, poniéndole las delanteras sobre el pecho. El Zorro, para demostrar mejor su regocijo, corría de un lado para otro ladrando y volvía luego a saltar sobre Baudilia, lambeteándole la cara. El capataz, que acababa de entregar al "gurí" las maletas que traía en ancas, hubo de pegar unos cuantos gritos y distribuir varios puntapiés para sosegar la perrada.

— ¡ Miala a la perdida ! — había dicho la parda ; y no pudo decir más, porque sintió, mientras abrazaba y besuqueaba a la moza, que en la garganta se le hacía un nudo.

El patrón también la recibió cariñosamente. Estaba haciendo estirar los hilos de un alambrado con dos peones cuando vió llegar por el bajo al capataz y Baudilia. Entonces, como cayera la tarde, les dijo :

— Acaben con ese hilo y dejen.

En seguida se llegó a las casas para recibir a la muchacha.

— Estás más gorda, ché, — le dijo burlonamente al verla pálida y desmejorada. — Se conoce que "la tigra" te ha tratáo a cuerpo de ray. ¿ Mucho churrasco y güena leche, no ?

— No se reiga, patrón, — contestó Baudilia. — ¡ Vengo más harta !

— Tamién, ¿a quién se le ocurre dirse a meter en un bañao? ¡Haceme el favor!

La peonada se regocijó igualmente con la vuelta de la moza. Todos vinieron a saludarla y a llenarla de preguntas. El último en volver del campo fué Juan de Dios.

— Ai está Baudilia, — le dijo la parda; — andá a saludarla.

— ¿Pa qué? — contestó, — ¿acaso nos saludamos cuando se jué?

— No importa; andá a saludarla. Está en la cocina.

Juan de Dios continuó arreglando sus trastos en el galpón, sin apresuramientos. Cuando terminó, cogió la guitarra y fué a sentarse, como de costumbre, cerca del horno. Empezó a bordonear, colgante el cigarrillo de los labios, ladeada la cabeza. En eso estaba desde hacía un buen rato, cuando de pronto, sin haberla oído llegar, apareció a su lado Baudilia.

— Güenas tardes, — le dijo.

Juan de Dios se volvió, sorprendido. Y al ponerse en pie, sólo acertó a decir:

— Güenas.

La miraba de hito en hito, asombrado más que nada de que fuera ella quien hubiera venido a buscarle. Baudilia estaba un poco pálida y ojerosa; más delgada también. El mirar de sus ojos era suave y triste como el de un corderillo. Entonces, después de un tiempo, para decir algo, preguntó Juan de Dios:

— ¿Si ha distraido mucho?

— ¿Qué quiere que me distraiga allá?

— Como se jué por su voluntad, yo decía...

Ambos se trataban ceremoniosamente de usted. Juan de Dios lo notó primero y se sonrió levemente. Ella tuvo

la sospecha de que se estaba burlando y le dijo bruscamente:

—¿De qué se rei?

—Nada. Cosas que se le ocurren a uno.

—Diga, pués.

—Le viá decir. Enantes nos tuteábamos y aura nos estamos tratando de usté, como gente de cumplido.

—Es más aprecio, ¿no haya?

—Pero es de menos confianza.

—La confianza pierde a la gente. Cualquier matungo basteriao lo da contra el suelo a un gaucho, si se fía en él y se distrai...

—Ansí será. Pero entre conocidos viejos, es zonzo tratarse de usté. Si nos escucharan esos, nos soltaban una risada en la cara.

—Güeno, nos tutearemos como enantes.

—Entonces, ¿amigos otra vez?

—Amigos; pero se acabaron las bromas.

—Si acabaron.

Baudilia dió media vuelta y se fué para la cocina. Juan de Dios se quedó callado, jugando con su guitarra. Como rozaba las cuerdas en un acorde que era siempre el mismo, se comprendía que estaba distraído. Tan distraído estaba, en efecto, que la parda Ceferina hubo de llamarle hasta por segunda vez para cenar.

Dos días después comenzó la esquila. Fué un trajín fenomenal que alteró por completo la fisonomía habitual de la Estancia, tan quieta y silenciosa de suyo. En el galpón grande, cubierto de chapas de zinc, que transpiraban fuego bajo los rayos del sol de Diciembre, la peonada trabajaba sin descanso en cortarle el vellón a las seis mil ovejas de don Carmelo. Encorvados, sudorosos, la tijera

en la mano, los esquiladores mantenían entre sus piernas a los animalitos, que temblaban llenos de espanto. Dos peones arreaban las majadas y otros dos las acarreaban para que aquéllos tuvieran siempre ininterrumpido trabajo. A veces, bajo un tijeretazo torpe, provocado por un movimiento espasmódico de las lanudas, se coloreaba el vellón de sangre, y un balido decía el dolor del animal. Entonces una voz breve y sorda gritaba:

— ¡ Remedio !

Faustino es quien acudía, corriendo, a saltos, entre las filas de trabajadores, divertidísimo con la faena y con todo aquel mundo de gente que llenaba la casa.

— ¡ Remedio !, — gritaban de otro lado.

— ¡ Ya va ! — respondía el "gurí"; y apurando al que había atendido primero, salía luego a la disparada, haciendo gambetas a los que encontraba al paso, como un "charabón" perseguido.

Las mujeres también tenían su trabajo extraordinario para atender a tanta gente, cebar mate y preparar la comida. De noche, caían rendidas; la parda, sobre todo. ni fuerzas tenía para desnudarse y se acostaba vestida. Baudilia, como siempre, llevaba la alegría por doquier, haciendo más llevadera la pesada faena.

— ¡ Jué pucha con la moza linda ! — decía un jovencito, comiéndosela con los ojos. — ¡ Tiene una mirada que da calor !

— Ya te veio sudando, — contestaba burlonamente un compañero.

Y hacía calor en efecto. Bajo las chapas de zinc, el galpón parecía un horno. Luego, aquel olor a grasa, a sebo y a tierra, que en un pesado vaho fluctuaba en el ambiente, contribuía más aún a secar las gargantas. Los

mozos tomaban sendos jarros de agua, mientras se secaban la frente con el reverso de la mano. Un paisano, hombre maduro, habilísimo en el manejo de la tijera, se burlaba de los muchachos:

— Se van a pasmar. No tomen agua fría.

— ¿Y d'hay? No tenemos el cuero pa negocio, como las lanudas.

Otros renegaban sordamente contra los animalitos que, debatiéndose, dificultaban su trabajo. En cierto momento, una de las ovejas, a medio esquilar, se le escapó de entre las manos a un hombre, y enderezó para afuera, balando. Hubo risas, gritos y bromas.

— ¡Atajen a ese animal!

— ¿Quién es el mozo diablo que lo dejó juir?

— Es Coralino.

— ¡No dije! ¡Coralino había de ser!

— ¡Ah, mozo maturrango!

— ¡Juá, juá, juá, juá, juá!

El ruido de las voces crecía por instantes. La entrada del patrón, que en todo el día no paraba, yendo de un lado para otro, dando órdenes o haciendo indicaciones, restableció el silencio. Volvió a imperar el chirrido metálico de las tijeras, y, de vez en cuando, el balido trémulo de alguna oveja, apretada rudamente entre las piernas de un peón.

Juan de Dios, sudoroso y cansado, salió un momento al patio, cogiéndose los riñones, que tenía doloridos de tanto estar agachado. La parda Ceferina, que cruzaba por allí muy asendereada, le soltó al pasar:

— ¿Ya aflojó, aparcero? ¡No siá maula!

Él no le contestó. No tenía ni fuerzas para hablar. Aquel traqueteo extraordinario los tenía a todos poco menos que molidos.

— Ta linda la faena, — dijo, de pronto, la voz de Baudilia a su lado.

— Ta, — replicó él, concisamente.

— Y lindaza la lana. Largo el vellón y cuasi sin abrojos.

— Mesmo, — volvió a hacer Juan de Dios.

Baudilia le miró un instante, sacó el balde de agua que había venido a buscar al pozo y se marchó en silencio. Con algún asombro, había comprobado la muchacha, en los pocos días que, desde su vuelta, llevaba en la Estancia, que Juan de Dios se le mostraba poco menos que indiferente. Habiendo sido ella la que había buscado hacer las paces, el amor propio de él quedaba a salvo. ¿Por qué, entonces, aquella actitud? ¿No la quería ya? ¿Los pocos meses que ella había pasado en casa de la tía habían sido suficientes para desvanecer el cariño que le profesaba? ¿O es que se habría engañado respecto a los sentimientos del mozo? Intrigada cada vez más, le observaba sin segundo, le dirigía la palabra a veces; pero nunca sacaba nada en limpio. Juan de Dios se mostraba reservado. No le hacía desaires ni groserías, naturalmente, pero no pegaba tampoco la hebra cuando Baudilia le brindaba conversación. Callado y meditabundo se escurría por los rincones, como si una idea fija le torturara. Y Baudilia casi echaba de menos aquellos días en que andaban como perro y gato, peleándose por un quítame allá esas pajas.

Por su parte, Juan de Dios no acertaba a explicarse la actitud de Baudilia. Se había marchado ésta de la Estancia para rehuirle: — eso era evidente; — y ahora, apenas vuelta de la casa de la tía, de modo inesperado, ella misma venía a ofertarle nueva amistad. ¿Se estaría burlando o en realidad la muchacha era sincera en sus manifestaciones? Juan de Dios estaba muy preocupado,

y tan preocupado estaba que el patrón hubo de alzar la voz al llamarle por tercera vez:

—¡Juan de Dios!

—¿Patrón?, — contestó al fin, arrancándose a sus meditaciones.

— A ver, dale una manito al brasilero pa acarrear aquellas ovejitas.

XII

Concluída la faena, como es de rigor por tradición, hubo gran fiesta en la Estancia. De los alrededores y hasta de algunos parajes bastante retirados, cayó una nube de visitantes, mozos y muchachas golosos de baile, muy endomingados, con los trapitos de cristianar, alegres y retozones. Venían a caballo, por parejas o en grupos de tres y cuatro; algunos con las muchachas en ancas, haciendo comentarios y promoviendo extraordinaria algazara. Silvina fué de las primeras en llegar, en su azulejo. De la Estancia de los Laureles vino también el capataz Margarito, con todas las muchachas, en un break descuajeringado y lleno de barro que guiaba un jovencito de golilla blanca, rubio, con el pelo ensortijado, muy buen mozo.

El baile empezó a medio día con gran animación, y se prolongó toda la tarde, hasta el anochecer, en que se interrumpió para que la concurrencia le hiciera los debidos honores a varios asados que se doraban al fuego y a sendas ollas de mazamorra y arroz con leche que había preparado con especial competencia la parda Ceferina. Concluída la cena, en medio de la más franca y estrepitosa alegría, se reanudó el baile al son de las guitarras.

El patrón era hombre generoso, que sabía hacer bien las cosas. Contentísimo con el resultado de la esquila, quiso agasajar a sus huéspedes y brindarles una fiesta que diera que hablar. Así es que no puso tasa ni medida en nada. El beberaje alcanzó y sobró para todos: corrió la

caña como el arroyito del bajo cuando se hinchaba con las lluvias. Los frascos vacíos de ginebra que aparecieron al día siguiente por los alrededores de las casas, asombraron a todos. Por otro lado, las fuentes de tortas y pasteles se multiplicaron como por encanto, provocando el asombro y el contento de la concurrencia. Cuando aparecía la parda con una de ellas en los brazos, se armaba una de gritos y manotones que temblaba el misterio.

—¡No atropellen que hay pa tuitos!

El chocolate fué igualmente abundantísimo. El mocito rubio, de pelo ensortijado, que había venido guiando el breack de la Estancia de los Laureles, se zampó entre pecho y espalda seis tazas regularcitas.

—La verdá, no compriendo cómo este rubio está tan flaco con semejante tragadero, — comentó la parda.

—Aurita no más revienta, — insinuó un amigo, — ya se ha tragao como seis tortas y veinte pasteles.

—No haiga cuidao, — replicaba él, angélicamente, poniendo en sus ojos aquella miradita querendona que entusiasmaba a las muchachas; — pa bajar el chocolate no hay como la caña, y pa bajar las tortas, la giñebra. Voy a pegar otro traguito.

Y así lo hacía el desalmado, con una tranquilidad asustadora.

Entre tanto, continuaba el baile con un entusiasmo que no decrecía un momento. Los guitarristas no se daban punto de reposo. Algunas parejas ponían todo su celo en "prendérsele" a media docenita de bailes surtidos, — polkas, valses y mazurcas, — danzándolas sin descansar, hasta quedar chorreando sudor y con media cuarta de lengua fuera. Los gritos y aplausos de los mirones eran su mejor triunfo.

Juan de Dios hacía rato que quería ir a invitar a Baudilia para bailar con ella; pero no acababa de decidirse. Le parecía que todos iban a burlarse al advertir que de él partía la iniciativa. Le hubiera agradado más que la muchacha viniera a buscarle, que se le acercara, por lo menos; pero Baudilia parecía entretenidísima con los extraños, bailaba con todos, se reía como una loca. Pasaba por su lado sin mirarle; no tenía atenciones sino para el capataz Margarito, que la rondaba continuamente. ¡El capataz Margarito! Juan de Dios le iba cobrando una ojeriza tremenda por aquellas atenciones que le dispensaba Baudilia. Sin querer revelar a los demás, para que no se burlaran de él, su interés por la muchacha, empezó inconscientemente a hacer cosas que delataban el resquemor de los celos que tenía en el alma. Espiaba a la feliz pareja; no le quitaba los ojos de encima; parecía un conspirador de sainete...

— ¿Se te ha perdido algo, ché? — le preguntó, en cierto momento, Silvina, que lo estaba observando con desconfianza.

— ¿Qué querés vos? — demandó él, eludiendo la interrogación de su amante.

— Quiero bailar, pero me parece que vos estás medio ido.

— No tengo ganas de bailar, — contestó secamente Juan de Dios.

Silvina lo miró un instante de arriba a abajo; estuvo a punto de decirle una grosería, pero se contuvo; y tomando su partido al fin, le volvió la espalda.

Ya se iba, cuando Juan de Dios, que había recapacitado, la llamó:

— Ché, vení; vamo a bailar.

— No, dejá, no te incomodés, — contestó la china.

— Que vengás, te digo.

Y allá se fueron los dos, valsando, a confundirse con el torbellino de las parejas. Baudilia, apartándose del capataz, se había entrado a la cocina para ayudar a la parda en su tarea de llenar tazas de chocolate. En esto estaba, cuando por la abierta puerta de la cocina sus ojos descubrieron a la pareja.

— ¿Cómo es eso? ¿estos dos se arreglaron? — preguntó a la parda.

— Y sí, pues, — contestó la otra. — ¿Qué? ¿no lo sabías?

Entonces Ceferina narró a Baudilia la historia de la reconciliación, que nadie ignoraba en la Estancia. Al poco tiempo de su partida para el Aceguá, Juan de Dios se había "topado" con Silvina y de buenas a primeras hicieron las paces. — "Ya sabés vos, decía la parda, ande ha habido juego, quedan cenizas". Aquellos dos no habían necesitado mucho para entenderse. Según las "mentas" los amoríos habían pasado a mayores. Los sábados, el mozo se iba de noche y no regresaba hasta el domingo a última hora. — "Como comprendés, — decía la informante, guiñando los ojos maliciosamente, — Juan de Dios no se va a pasar la noche parado en un poste, como las "corujas". — "En algún rincón encuentra posada, ché", — agregaba luego, sin advertir el dolor que en su interlocutora iban provocando tales informaciones; — "y ya sabemos tuitos que la tal Silvina no es el primer zorro que desuella".

¡He ahí la razón por la que el mozo se le mostraba indiferente desde su vuelta a la Estancia! Ahora Baudilia creía explicárselo todo: la displicencia de Juan de

Dios, su aire reconcentrado, el poco entusiasmo para proseguir la conversación. La pobre muchacha sintió que el alma se le caía a los pies. ¿Con que se había equivocado? ¿El amor del mozo no era otra cosa que un pasajero capricho? ¿Todo aquello que antes de su partida para lo de "la tigra" había creído adivinar en Juan de Dios, no era más que falsía, fingimiento, o algo así por el estilo? ¿Y por ese hombre, que a los quince días de ausencia ya la olvidara arrojándose en brazos de una perdida, ella había estado sufriendo y llorando como una tonta, enterrada en medio de aquellos bañados desiertos y lúgubres del Aceguá? El despecho iba inundando su corazón y una rebeldía indómita hacía vibrar todo su cuerpo. Parecíale que aquella era la peor de las afrentas; que todo el mundo, en la Estancia, enterado de la situación, se había estado riendo de ella, la infeliz, que tan de buena fe había tornado a brindarle al mozo su amistad mientras éste se refocilaba en los brazos de Silvina. Y un ansia atroz de huir, de ocultarse la asaltó de pronto. Se puso en pie, estremecida. Mas en ese preciso instante, el capataz Margarito surgió a su lado.

—¿No quiere bailar conmigo, Baudilia? — le dijo amablemente, con su voz querendona.

Súbitamente cambiaron de rumbo las negras ideas de la muchacha. Como a la luz de un relámpago, advirtió su desquite. Haciendo, pues, un esfuerzo para dominar el estado de su ánimo, contestó amablemente:

—¿Y por qué no?

El capataz Margarito era un gran bailarín: sabía danzar conversando, sin perder el compás. Mientras giraba al son de la música, derramaba en el oído de su compañera frases almibaradas y dulzonas. Era un paisano la-

dino, entretenidísimo, muy atento con las mujeres. Buen mozo, fortachón, bastante serio, con fama de valiente y trabajador, era el alma de los Laureles y muy mimado por su patrón. Más de una mujer se había desvivido y penado por él; pero él, matrero y ducho, a todas había esquivado la coyunda a que pretendían uncirlo. Esto le había dado nota de don Juan en todo el pago.

Desde algún tiempo atrás, Margarito había reparado en Baudilia. La encontraba linda y hacendosa, seria y honesta. Pensando continuamente en ella, de un modo muy distinto a como había pensado hasta ahora en las demás mujeres, se encontró un buen día reflexionando en que ya tenía edad para casarse. Baudilia no era moza para un entretenimiento: en la Estancia de don Carmelo era vista como una hija, y el capataz que lo sabía muy bien no pensó ni por un instante en seducirla. Con ella no era cuestión de jugar: había que ir en serio y cumplir los compromisos que se contrajeran. Pero ¿lo aceptaría la moza? He ahí el problema. Baudilia siempre se mostró con él atenta; pero seria y grave. No bromeaba, no le dió pie jamás para un avance. Acaso lo encontrara demasiado viejo para ella, que era casi una chiquilina.

—¿Qué tiene, Baudilia, que está tan tristona? ¿Se ha peliao con el novio?

Así empezó Margarito su avance, sondeando el ánimo de la muchacha; y luego, ante la denegación de ella: — "Si yo no tengo novio, don Margarito, ¿quién me va a querer a mí?" — se enfrascó en una arremetida en toda regla. ¿Cómo era posible que no tuviera novio una muchacha joven y bonita? ¿Serían ciegos o zonzos los mozos de aquel pago? Margarito cazaba al vuelo las réplicas de Baudilia para "retrucarle" con una galantería o una

velada declaración. ¡ No, no era posible, que nadie no se le hubiera dirigido alguna vez hablándole de amor! Eso no lo creería él nunca. ¿Por qué no era franca? ¿No le merecía confianza?

— Pero si no tengo nada, — insistía ella; — ¿cómo quiere que le diga que tengo novio si no lo tengo?

Y después, coquetonamente:

— ¿Usté cree que alguno puede fijarse en mí?

— ¡ Y ya lo creo que lo creo! — afirmó entonces el capataz. — ¿Quiere que le hable de uno que no vive ni duerme dende que la ha conocido?

Despacito, con cierto temor, empezó Margarito a revelar el secreto de su corazón. Hablaba como de una tercera persona, de un desconocido, de un su amigo, que había caído rendido de amor ante la hermosura y la seriedad de Baudilia. Hacía mucho tiempo que reparara en ella; pero nunca se había atrevido a confesárselo. Y el pobre se consumía allá, lejos, pensando que otro hombre pudiera robarle ese tesoro.

— ¡ Caramba! Y si él no abre el pico, ¿cómo quiere que yo le adivine el pensamiento?, — adujo Baudilia.

— Es que hay cosas que se adivinan, — contestó el capataz. — ¿Usté no compriende cuando la quieren? ¿Usté no siente cuando tiene al lao un hombre que está penando por su querer?

Poco a poco, en un juego de reticencias y medias confesiones, Margarito iba descubriéndose. Baudilia, que, a fuer de mujer, ya había adivinado la pasión del capataz, estaba halagada con aquella corte que se le hacía empeñosamente, tan luego en el instante en que la traición de Juan de Dios la venía a herir en lo más íntimo del alma. Así, sin mucho esfuerzo y acaso para evidenciar

ante todos que Juan de Dios le era perfectamente indiferente, atendía al capataz y daba alas a sus aspiraciones.

El prolongado aparte de esta pareja empezó a llamar la atención. El mismo Juan de Dios, que había ya cambiado dos o tres veces de compañera, advirtió que después de la mazurca continuaron bailando Baudilia y Margarito una polka, y que después de la polka la emprendieron con un vals, y que terminado el vals fueron a sentarse bajo el guardapatio, en dos sillas muy juntitas, para proseguir su amartelado coloquio. Algo extraño vibró entonces en el corazón del mozo; y a su turno, irritado contra Baudilia, pero no queriendo manifestar su irritación, volvió hacia Silvina, a fin de mostrarse con ella más rendido y amable que nunca.

A su vez, notó Baudilia que Juan de Dios ya no se separaba de Silvina. Esto acabó de enconarla. Ni remotamente imaginó que el mozo hacía aquel juego para despertar sus celos o irritado por su actitud con Margarito. Después de las revelaciones de la parda Ceferina, ya no cabía en el ánimo de la muchacha más que un pensamiento: él la había olvidado a los quince días de ausencia, y en tanto que ella lloraba y sufría en las soledades del rincón del Aceguá, él distraía sus ocios vergonzosamente en el rancho de Silvina. Entonces, como el capataz, estrechando el cerco de la fortaleza, la apremiara con sus cuestiones, tomó súbitamente su partido.

—¿Usté sería capaz de acetarme a mí, de quererme un poquito?

—Vea, don Margarito; yo no sé mentir. Querer, yo no lo quiero entoavía; pero si usté sabe hacerse querer y viene con güen fin... veremos.

El capataz sonrió satisfecho con aquel albor de esperanza. Indudablemente, le hubiera agradado más que la moza se le declarara rendida; pero lo inusitado del caso, aquella sinceridad de la muchacha, tocaron su corazón.

— De que usté me quiera, me encargo yo.

Quien no estaba contento con el prolongado aparte de Baudilia y Margarito, era Mauricio, el peón brasilero. Es verdad que desde el primer día del regreso de aquélla a la Estancia, la moza le había significado sin rodeos ni disculpas que sus amoríos estaban terminados; pero él, sin comprender el brusco cambio, continuó mostrándose rendido enamorado de su ex novia, y no desesperaba de conquistarla de nuevo. Así es que aquella escena con el capataz Margarito le cayó encima como el más brusco y tremendo desengaño. Para consolarse, el pobre mozo se prendió a la caña; después, considerando que ésta no disipaba su tristeza con la debida rapidez, la reemplazó con la ginebra; y al fin, desengañado del poder curativo de la ginebra, tornó a la caña: el resultado total fué una borrachera de órdago, que le puso terco y cargoso. A todos se aferraba para contarles, con su jerga tartajosa, el caso lamentable de sus amoríos:

— Baudilia e uma traidora. Baudilia non tem coração. E uma traidora, hermano. Eu sou muito disgração: eu tenho que matar ao capataz Margarito. Margarito tambem e um traidor...

— Güeno, hombre, dejame en paz, — replicaba aquel a quien tomaba por confidente.

Pero el brasilero tenía que desahogar su pecho, y cogía a otro por el brazo y empezaba de nuevo su letanía:

— Baudilia e uma traidora. Eu la queria, hermano, eu la queria com tuda el alma; eu la queria como ninguem. E

agora, mírala com o capataz Margarito. Eu vou-le a dar una punhalada ao capataz Margarito.

— Dejate de zonceras, — replicaba el otro; — estás borracho...

Mauricio se iba, terco, a buscar un nuevo confidente. En una de sus vueltas y revueltas, cargoseando a todo el mundo y estorbando a los que bailaban, se topó con Juan de Dios, que seguía su plática amorosa con Silvina.

— Mirá, brasilero; lo mejor que podías hacer es dirte a dormir la macaca.

— Eu non quero dormir la macaca; eu quero matar ao capataz Margarito.

— Mirá, — dijo de pronto el mozo, poniéndose en pie, asaltado bruscamente por una idea aviesa; — ¿querés bailar con Baudilia? Yo te la viá a sacar.

— ¡Juan de Dios! Yo no quiero que hagás eso.

Era Silvina que protestaba enérgicamente, presintiendo la verdad, es decir, que su amante ardía en celos; pero equivocándose sólo en las intenciones de éste.

— Viá a sacársela al brasilero y vuelvo, — insistió Juan de Dios.

— Quedate aquí; yo no quiero que vayás.

— No siás zonza; nos vamos a rair un rato.

Y se marchó con el brasilero. Resentida y ardiendo en ira, Silvina le siguió con disimulo.

— Con permiso, don Margarito, — dijo Juan de Dios, al llegar junto al capataz y Baudilia; — quisiera bailar una pieza con su compañera.

— Si es el gusto d'ella, puede bailar, amigo, — repuso el otro, con su proverbial urbanidad.

Baudilia guardó silencio un instante. No comprendía aquel brusco retorno de Juan de Dios. Estuvo por arro-

jarle al rostro un seco: "no soy sobras de naides", para que se enterara de que no era con una mujer como Silvina con quien iba él a darle en cara; pero, buena como era, no quiso vejarlo delante de los que oían, y se concretó al fin a decir, sin mirarle:

— Estoy cansada; no bailo.

Margarito se hinchó de escondida satisfacción. Era por él, evidentemente, que la muchacha no aceptaba la invitación que se le hacía. Y, con esa condescendencia que suelen manifestar los hombres dichosos, los que ya se sienten dueños del cariño de una mujer, arguyó:

— Hay que cumplir un poco con tuitos, Baudilia. Yo le doy permiso pa que baile.

Juan de Dios, que no llevaba otro propósito que hacer burla de la moza, entregándosela al brasilero apenas ésta hubiera aceptado su ofrecimiento, y que veía fracasar su intento con aquella inesperada repulsa, sintió de pronto que todo su rencor estallaba contra el capataz. Y ya sin saber lo que hacía, fuera de sí, mareado por los celos, saltó enconado sobre la última frase de Margarito:

— Es que anque usté no le dea permiso y anque ella no quiera, va a bailar conmigo.

Y cogiendo bruscamente por una muñeca a Baudilia, la alzó de su asiento:

— ¡Vení p'acá, vos!

— ¡Juan de Dios! — clamó con ira Baudilia.

Hubo un revuelo de asombro entre los circunstantes ante las duras palabras del mozo y su airado gesto. Pero ya Margarito había intervenido.

— Pasencia, mozo; será otra vez. Aura, si quiere bailar, va a ser conmigo.

— Salga p'afuera, — adujo, conciso, Juan de Dios.

— El que va a salir, y más pronto que ligero, sos vos mesmo, — tronó en esto, al lado de Juan de Dios, la voz hombruna de doña Ramona.

Había presenciado todo el incidente, y, como siempre, estaba allí donde los otros no la esperaban.

— Yo salgo, — replicó Juan de Dios, que con la ira olvidaba que a la tremenda patrona nadie le replicaba; — pero que salga ese también.

Aquello era demasiado para la esposa de don Carmelo Antúnez, la hombruna doña Ramona Solís, la invulnerable patrona ante quien todos, hasta el mismo estanciero, debían agachar las orejas.

— ¿Qué dijiste? ¡Aijuna, si me ha contestao el muy sabandija!

Y, como una leona enfurecida, dejó caer sus dos zarpas sobre los hombros de Juan de Dios, le hizo girar violentamente sobre los talones, y empezó a bramar, mientras le echaba a empellones hacia el galpón:

— ¡Juera, desfachatao! ¡Juera, escandaloso! ¡Yo te viá a dar armar escándalo en mi casa! ¡Yo te viá a enseñar a que me faltés al respeto!

Don Carmelo Antúnez había acudido.

— ¿Qué hay? ¿qué pasa?

Ni siquiera se dignó, su consorte, explicarle el caso. Allí estaba ella para solucionar el asunto. Con otros cuatro empellones, metió al mozo en el galpón.

— Aura mesmo rejunta sus cacharpas, monta a caballo y se manda mudar. No quiero verlo más por la Estancia. ¡Faltarme al respeto, a mí, a mí, a doña Ramona Solís y Antúnez! ¡Ah, guacho insolente! ¡Juera! ¡juera!

— Vea, patrona... — quiso argumentar Juan de Dios,

que empezaba a darse cuenta de la barbaridad que había hecho. — Vea, yo...

— ¡ No quiero oir nada! — truncó la tremenda señora. — En mi casa no quiero Moreiras. ¡ Ala, prontito! ¡ Pues no faltaba más!

— Pero, ¿qué pasa? — interrogó don Carmelo.

— No pasa nada. Ya pasó todo.

Y así pasó todo, en efecto. Margarito, que pensaba salir detrás de Juan de Dios, tuvo que volver a sentarse, conminado por un gesto de doña Ramona; y Juan de Dios, media hora después, como alelado por aquel enorme suceso que se le había venido sobre la cabeza cuando menos lo esperaba, se iba en silencio, sobre su cabalgadura, al través de la noche, como una sombra, como un fantasma.

XIII

Después de aquella noche memorable del baile, el capataz Margarito empezó a frecuentar la Estancia de don Carmelo. Sólo por raro caso, debido a alguna circunstancia ineludible, el nuevo cortejante de Baudilia dejaba de venir los domingos. El noviazgo, pues, tuvo un verdadero carácter oficial y nadie pudo poner en duda la seriedad que revestían aquellas relaciones.

En general se aplaudía y festejaba a los novios. El capataz de los Laureles era un criollo en toda la extensión de la palabra, hombre de prestigio, bien querido y serio. Alto, fornido, de regulares facciones, frisaba en los cuarenta años y constituía un envidiable partido para cualquier muchacha casadera. El hombre estaba interesado en los Laureles y tenía alguna platita junta, lo cual le hacía más considerado. Era honrado y trabajador, muy campero, ducho y precavido, de indiscutible pericia como domador de potros. Esta nota, por sí sola, hubiera bastado para captarle todas las simpatías del paisanaje. Los animales más bravíos y rebeldes se rindieron a su habilidad y coraje. Cuando se les asentaba en los lomos, no había corcovo, por fenomenal que fuera, que pudiera desalojarle de allí: parecía clavado sobre el animal, formando con él una sola pieza. Era el tipo clásico del centauro criollo, seguro, tranquilo, inconmovible. Sobre la ondulada llanura alfombrada de trébol corría, brincaba, se erguía de manos, daba botes espantables el potro salvaje, y, entre tanto, el jinete, cerradas las piernas como dos aros

de hierro, en alto el brazo que azotaba el rebenque, firme el busto y rígida la cabeza, ponía sobre el fondo del cielo la silueta opaca y gruesa de un héroe de epopeya. No había potro que hubiera derribado al soberbio jinete: si alguna vez, un animal enloquecido por aquella carga desacostumbrada que de repente se le había echado encima y vista la inutilidad de sus "paradas de manos" para deshacerse de ella, en un frenético arranque de desesperación se "boleaba", arrojándose hacia atrás, de lomo, para aplastar al temerario jinete, siempre, irremisiblemente, con una maestría soberbia, con una tranquilidad desconcertante, Margarito salía parado, sin soltar las riendas, surgiendo entre el remolino de polvo al lado del caído animal, para humillarlo todavía con una patada en el vientre a fin de hacerlo poner en pie, sudoroso, polvoriento y vencido. Aparte de este arte, tan justipreciado por las gentes de campo, poseía el capataz de los Laureles, condiciones personales que le hacían particularmente interesante pára las mujeres. Era un hombre aun joven, de aspecto varonil y bastante buen mozo. De facciones regulares y bien equilibradas, tenía unos ojos negros, vivos y dominadores, un cabello ensortijado que le caía románticamente sobre la frente, y una gran barba, bien cuidada, que le daba cierto aspecto señorial. Muy atento y comedido, sabiendo imponerse y mandar sólo cuando las circunstancias lo requerían, mostrábase también con las mujeres insinuante y enamoradizo. No es de extrañar entonces las buenas fortunas que entre éstas lograra; y tales casos, repetidos con alguna frecuencia, llegaron a prestarle una aureola más: la de galán afortunado, detrás del cual corrían y se desesperaban las mujeres.

Pero, esta vez el matrero había hallado quien le hiciera caer en sus redes y lo doblegara a su voluntad. Por lo demás, la honestidad de sus propósitos se tradujo, pocos días después del baile, en dos hechos decisivos. Fué el primero, el venirse Margarito, todo de punta en blanco, chambergo y "golilla" nuevos, un ponchito de vicuña flamante sobre el hombro y el caballo crugiente de platería, a hablarle sin más rodeos ni ambajes a don Carmelo, para comprometer el casorio con la Calandria; y el segundo, corrió casi en seguida entre toda la paisanada: el capataz había adquirido campo del otro lado del Cerro de Carpintería y lo estaba poblando, para abandonar los Laureles e irse a vivir allá con su mujercita.

Estaban, pues, todos preocupados con la gran novedad del casorio, cuando otro hecho vino a distraer por una temporada la atención de las gentes. Desde la noche del baile, nadie había vuelto a tener noticias de Juan de Dios. Al principio, creyeron todos que se habría refugiado en el rancho de Silvina; pero muy pronto hubieron de salir de su error. La misma china, buscándole por todos lados, con un ansia mal disimulada, reveló la ausencia del mozo. ¿Se había, pues, marchado del pago, en silencio, sin buscar siquiera un encuentro con Margarito? La opinión del paisanaje, tan unilateral en las cuestiones de honor, le fué entonces francamente adversa a Juan de Dios. Todos le juzgaban bueno, bien mandado; pero valiente. Aquella silenciosa desaparición tenía todos los relieves de una fuga. Esto no contentó a sus viejos amigos. No querían mal a Margarito; pero, ¡qué diablos!, después de lo sucedido, Juan de Dios debía haber hecho una hombrada. El mismo capataz de los Laureles venía siempre prevenido a hacer sus visitas a Baudilia, sospechando

que el airado mocetón le aguardara en alguna revuelta del camino; pero el tiempo transcurría y el encuentro no se realizaba. Todo se iba olvidando, cuando al fin, un domingo, allá, cerca de los Laureles, se produjo el caso.

La verdad es que la torpeza con que procedió Juan de Dios en tal circunstancia, sirvió más que nada para evidenciar que no era un malevo ni hombre ducho en buscar pendencias. Había sobre el camino que llevaba a la estancia de los Laureles, y a unas dos leguas de ésta, una antigua pulpería, regenteada por un vasco que, entre otras varias características, tenía la de conocer a cuanto bicho viviente habitaba en veinte leguas a la redonda. A esta pulpería, tras mucho rondar y meditar planes, fué a dar un atardecer Juan de Dios.

Don Miguel, el vasco, examinó al forastero, le sirvió la copa que le pedía, le oyó hablar un buen rato, y no pudo acertar quién pudiera ser; pero, como no era hombre de quedarse con curiosidades, se salió luego afuera y miró la marca del cáballo.

— Bueno, ya saber yo de donde venir vos, — se dijo para su coleto. — Marca de don Antúnez.

Pero, entonces, si el caballo era de la Estancia de don Carmelo, ¿cómo era que el paisano venía contando que llegaba de Treinta y Tres? ¿Y de dónde podía conocer al capataz Margarito, por quien venía preguntando, si Margarito no había salido nunca del pago?

El pulpero se guardó para sí sus reflexiones; pero, al día siguiente observó que el forastero seguía de largo y cortaba por un camino que conducía a la portera vieja. Según los datos que a Juan de Dios le diera un paisano que estaba haraganeando en la pulpería, el capataz acostumbraba a tomar aquel camino, en vez de seguir por el

de la Estancia. El vasco se dijo entonces que el forastero tendría interés en buscar al capataz, puesto que preguntaba por él; pero que, en todo caso, en vez de ir a buscarlo a los Laureles, prefería hallarlo por aquel camino.

— Esto estar un asunto malo, — se dijo don Miguel.

Y como era un buen vecino, servicial y honrado, mandó un muchacho para decirle al capataz que tenía que hablarle de apuro. El capataz le hizo contestar que el próximo domingo pasaría por la pulpería.

Cuando Margarito llegó a lo de don Miguel, estaban allí reunidos seis o siete personas, entre ellas un sargento de policía. Tomó aparte el buen vasco al capataz y le puso al tanto de lo que sabía. Desde las primeras palabras, Margarito cayó en su cuenta: no podía ser otro que Juan de Dios el que lo andaba buscando.

— Ta güeno, — dijo. — Le agradezco don Miguel, la alvertencia, porque ese forastero ha de ser de cuidao. Ya veremos.

Y como se aprestara a salir, le interrogó el vasco:

— ¿Por qué no avisa al sargento?

— No, amigo, — repuso Margarito, — yo no pido ayuda antes de bandiar el río. ¡Taría bueno!

Salió despacio, le acomodó la cincha a su alazán y se fué por el camino de la portera vieja.

Pero ya el vasco, maliciando algo feo para el capataz, participó lo que sabía al sargento. Está bien que Margarito, como buen criollo, se callara la boca; pero, él, era otra cosa.

Juan de Dios estaba, en efecto, en la cañadita del bajo, poco distante de la portera vieja. Había atado su caballo a unos talas, y sentado en el suelo, fumando, esperaba a Margarito. Al sentir el trote del alazán, tiró el cigarro y

observó el camino por entre el montecillo de talas. En seguida, al reconocer a su rival, sacó la daga y salió francamente al camino.

Margarito sofrenó su caballo y se quedó aguardando.

— Apéese, pues, — invitó Juan de Dios. — Aquí podemos arreglar aquel asunto.

— Va mal, amigo, va mal, — repuso el capataz. — Cada vez empiora su causa y quién sabe en lo que aura se va a meter. Váyase y déjeme tranquilo.

— Déjese de palabrerío y apéese, — insistió Juan de Dios.

— Ya sabe, Juan de Dios, que no soy hombre pa dispararle a naides; pero aquí, usté solo tiene la culpa de lo que ha pasao, y si peliamos, es usté entoavía el que tendrá más que perder.

— ¡Abájese, canejo! — bramó Juan de Dios, a quien la prudencia del capataz parecía enardecer, — ¡Abájese o lo abajo yo, como a un sotreta!

Margarito comprendió que, dada la exaltación del mozo, el lance era ineludible. Se tiró, pues, al suelo y sacó su cuchillo.

En seguida, agazapado como un tigre, se le vino encima Juan de Dios. Pero, apenas se habían tirado cuatro o cinco tajos, girando el uno en torno del otro para buscarse el cuerpo, aparecieron en el camino, a todo galope, el sargento y dos de los paisanos que se hallaban en la pulpería.

A la primera voz del sargento, el capataz de los Laureles entregó su arma, manifestando que a él se le había provocado; pero, Juan de Dios, consciente de su culpa, procuró eludir la acción de la justicia. Soltando un juramento de rabia, corrió a su caballo para desatarlo; mas

éste había enredado el cabestro en los talas y le hizo perder tiempo. Cuando Juan de Dios cortó la guasca de un tajo y pretendió estribar, ya tenía a su lado al sargento.

— Entriéguese, — formuló éste.

— ¡Tu madrina! — vociferó Juan de Dios, y le tiró una puñalada.

El caballo del sargento, ladeado de golpe por su jinete, recibió en el "encuentro" el tajo dirigido a éste. Entonces, al encabritarse, con sus remos delanteros volteó a Juan de Dios.

Aún en el suelo, quiso resistirle el mocetón, y hasta consiguió, para empeorar su causa, tajearle una mano al milico; pero, entre éste y los paisanos lo redujeron al fin, desarmándolo.

Juan de Dios estaba fuera de sí. Preso y agarrotado, todavía clamaba:

— Déjenme peliar a esa basura; después yo mesmo me entriego.

Tuvo que marchar preso, maniatado sobre su propio caballo, mordiéndose los labios de ira, entre el sargento y un indiecito voluntario. Y así concluyó aquel suceso que daría pábulo, por unos días, a las conversaciones del paisanaje. Por lo demás, ya tenía Juan de Dios cárcel para rato. Mientras se le instruía el sumario y se elevaba la causa a la Capital, por pelea y desacato a la autoridad, con heridas, pasarían meses, acaso años. No podía darse una "chambonada" de mayor calibre.

Ese fué también el fallo unánime de la peonada en la Estancia de don Carmelo. Al conocer el suceso con todos sus detalles, el mismo patrón dijo:

— No lo creia tan zonzo. ¡Miren que tener cuestión

con uno y salir peliando con otro! Ese muchacho debe estar ido de la cabeza.

— Si nunca tuvo cabeza, pues, — arguyó su ríspida consorte; — a lo más, una calabaza hueca.

Y Baudilia falló:

— Bien hecho si lo mandan a Montevideo.

En el fondo, Baudilia estaba encantada con aquella solución. Desde la noche del baile, vivía en continua zozobra, temiendo un incidente entre Juan de Dios y Margarito. Poco a poco, iba cobrándole cariño a éste, que se le mostraba siempre rendido y galán; y en cambio, su rencor por Juan de Dios, parecía acrecerse. Recordaba, con vergüenza, que al volver a la Estancia, después de su estadía en casa de " la tigra ", había sido ella la que buscara la amistad del que amaba o creía amar; y luego, al rememorar la noche del baile, consideraba cuán mal había correspondido el mozo a sus avances, poniéndole en frente aquel pingajo de Silvina, y haciendo gala de sus relaciones amorosas con ella. Era, pues, evidente que siempre se había burlado de su cariño, y que nada existía de aquel amor que había sospechado. La detención y enjuiciamiento de Juan de Dios resultaba algo así como cosa del cielo.—" Ya no nos incomodará más ", — pensaba la muchacha, toda entregada a su nuevo amor.

Y así concluyó aquel otro viejo amor, que hubiera hecho la felicidad de dos buenos muchachos, que se adoraban sin saberlo, aun en los instantes en que se hacían las burlas más pesadas, por no haberse comprendido sus almas rústicas y altivas. Un poco de orgullo y otro poco de necedad, se interpusieron siempre, en los momentos propicios, para hacer interpretar torcidamente los actos y palabras de los amantes; y los que, queriéndose, creían

odiarse, concluyeron al fin por reñir, cuando más se querían. Una palabra reveladora, una sencilla explicación, el hecho más fortuito y leve, hubieran sido bastantes para deshacer el mal entendido, abrirles los ojos a los dos enamorados y unir sus corazones definitivamente. Pero no quiso el destino que el hecho se produjera ni que la palabra se pronunciara. Ahora, los que habían nacido el uno para el otro, se apartarían para siempre en la vida, ignorantes, acaso, de que habían pasado al lado de la felicidad.

SEGUNDA PARTE

I

El N.° 275 abrió los ojos, aún poblados por el espanto de la reciente pesadilla, y anhelante, extraviado, miró, sin reconocerlas, las paredes de su celda, que la indecisa claridad del alba agrisaban tristemente. Estaba soñando que un piquete de soldados lo conducía al banquillo para fusilarlo, y, al despertarse bruscamente, vibrante el corazón, reseca la boca, con una angustia que aceleraba sus movimientos respiratorios, quedó un instante sin conciencia, creyendo, despierto, que continuaba viviendo la trágica visión de su pesadilla. Sólo después de algunos instantes se dió cuenta de que se hallaba en seguridad en su celda y pudo lanzar un hondo suspiro de liberación.

Se restregó los ojos, contempló el crucero de negros barrotes que entretejía la minúscula ventana, diseñados en relieve sobre la lechosa claridad del alba; volvió un momento los ojos en derredor para advertir que aún era noche en su reducida celda; bostezó, recobrando otra vez su tranquilidad, e iba a arrebujarse nuevamente bajo la frazada, cuando de súbito la idea que le había tenido desvelado hasta las altas horas de la noche anterior, viboreó en su cerebro, le sacudió como un latigazo y puso al cabo en todo su rostro una enorme sonrisa de felicidad. ¡ Sí ! Aquél era el día, su día, el tan anhelado día, — el que parecía que nunca habría de llegar ; — el gran día en que cumplía su pesada condena de cinco años de reclusión en la Penitenciaría : el bueno, el querido día en que recuperaría la libertad. Entonces, febrilmente, como si fuera

a faltarle tiempo, saltó de la tarima que le servía de cama y empezó de inmediato a vestirse. Tenía la cabeza como vacía por el largo insomnio; y estaba también algo atontado por aquel acontecimiento que desde veinte días atrás era su única preocupación. Al tanteo, buscó sus zapatones y se los calzó. Después, llenó de agua la palangana y se chapuzó en ella. El agua fría le entonó el espíritu. Se lavó largamente, con un placer que nunca había experimentado, sintiendo que aquello le hacía bien, que le disipaba la fiebre, que le volvía a sus sentidos. En un santiamén concluyó de vestirse, y, cuando se halló pronto, volvió a mirar la cuadrícula de la ventana, cada vez más luminosa, irguió el busto, estiró los brazos, suspiró hondamente, y murmuró con una alegría incontenida:

— Ya'stá. Es hoy.

El eco de su propia voz le sonó en el pecho como una aleluya de gloria. Experimentó la necesidad de repetir sus palabras en voz más alta:

— Ya'stá. Es hoy el día. Hoy te largan a la calle; hoy estás libre. Te digo que es hoy. ¡ Llegó el día! ¡ llegó! ¡ tenía que llegar!

Se reía solo, como un bienaventurado; se restregaba las manos; volvía a cada instante los ojos hacia aquél cuadrito de luz, por el cual descubría el cielo, el aire, la libertad. Así, durante algún tiempo, la nerviosidad que no había tranquilizado un sueño mezquino y tardío, fuése descargando poco a poco. Sosegado un tanto, haciéndose cargo al fin de que por más que se precipitara, no adelantaría la hora en que las autoridades de la cárcel vendrían a sacarlo de su lóbrega prisión, lió un cigarrillo, le dió lumbre y se sentó sobre el lecho.

La cárcel dormía aún. Era un silencio grave, inmóvil,

frío, — un silencio de piedra. ¡Qué impresión le había hecho al 275 aquel silencio durante los primeros días de su condena! Arrancado bruscamente a la luz del sol, al bullicio de la vida, a su libertad de hombre joven, sano y fuerte; y hundido, sepultado entre aquellas paredes espesas, de un tono gris aplastante, el silencio había sido su primera obsesión, su más pavorosa pesadilla. Durante las horas del día, la prohibición de hablar entre los recluídos ponía una nota lúgubre en el ambiente; pero, en fin, el ruido de los pasos, la voz de los guardianes, el zumbido de los talleres en actividad, aún daban algún consuelo. ¡Pero de noche! De noche el silencio era terrible. La mudez se petrificaba sobre los muros; la sombra de las celdas parecía más helada. Y aquel silencio, aquella soledad, aquel frío, aquellos corredores y paredes altísimos y rectilíneos, embrujados por rejas y jaulas de hierro, habían sido su obsesión durante cinco años!

Perdida la mirada en el vacío, mientras el cigarrillo se le apagaba entre los dedos, el 275 empezó a rememorar su vida en la Penitenciaría. Le habían llevado a ella "enchiquerado" en un mísero carrito, que resonaba como un enorme tambor sobre el empedrado de calles para él desconocidas. Iba condenado a cinco años por el artículo 326: es todo lo que sabía el mísero respecto de su proceso. Aquel artículo 326 se le había quedado grabado en el magín con clavos de fuego. No sabía, ni nunca llegó a sospecharlo, lo que decía el infame artículo; pero debía ser algo terrible, porque en la vista pública de su causa, varios de aquellos desconocidos que lo juzgaron no hacían más que mencionarlo y repetirlo. Aún veía el cuadro: ante una mesita baja, un señor viejo y gordo, leía un enorme mamotreto, y de cuando en cuando salía a luz el artículo

326. Cuando concluyó el vejete de leer, un mozo rubio, bastante bien parecido, al que en seguida le cogió simpatía, empezó a hablar; y aun cuando tampoco le conocía, ni nada él personalmente le había hecho, se le encaró y pareció enfadársele, recordándole el misterioso artículo 326. A este hombre joven, le replicó otro señor que había estado a verle dos o tres veces en la Correccional, y que según tenía entendido era su defensor. Tampoco se enteró de las argumentaciones de éste, en cuyas manos estaba no obstante su destino; pero, no debió haber convencido a nadie, porque todos aquellos otros desconocidos que surgían apenas detrás de larguísima mesa colocada sobre una tarima, le condenaron al cabo a cinco años de Penitenciaría. En medio de aquel aparato de la justicia que el infeliz ignoraba en absoluto, se hallaba solo, desamparado. Alguien, entonces, le ordenó que se pusiera en pie y le preguntó si tenía que decir algo.

— No, señor, — contestó, porque en realidad no sabía lo que le preguntaban.

Y así, sin que se diera cuenta de nada, le llevaron a su celda. Una vez allí, le raparon la cabeza, le quitaron su ropa y le vistieron la blusa del presidiario.

— ¿Cómo se llama usted?

— Juan de Dios Pérez.

— ¿Sabe leer?

— No, señor.

— Bueno; este número que tiene aquí en la blusa, es su número. Usted aquí no es Juan de Dios; es el número 275.

Y así le llamaron todos, en lo sucesivo. Era el 275. Con esto, quedó aniquilada su personalidad.

— Soy el 275, — se repetía el mísero, a solas, en su

celda; — y estoy aquí por un artículo del Código, el 326.

Entre aquellas dos cifras quedó lapidado. Él no sabía otra cosa sino que había herido en una mano a un sargento de policía. Según le expresó una vez su defensor, el tajo dejó inutilizada la mano del representante de la autoridad. Pero, ¿merecía tal falta la pena que se le había impuesto?

Un odio inmenso, contra los causantes de su desdicha, contra los que le habían juzgado, contra los que le tenían recluído en la cárcel, empezó a incubarse en su pecho. ¡No! Nadie tenía derecho a castigarle de ese modo, de imponerle tamaña pena. ¡Cinco años por una miserable cuchillada! Aquello era demasiado. Evidentemente, debían haber mediado influencias para que se le tratara con rigor. El capataz Margarito era "capataz"; y él, Juan de Dios, sólo un pobre "peón" de Estancia. ¿Quién podía defenderlo? ¿Quién podía darle la razón? No; la justicia siempre favorece a los poderosos; a los que tienen amigos; a los que gozan de influencia. ¿Qué va a hacer la justicia en favor de un pobre mozo del campo, que nadie conoce ni por quien nadie pide? Ahí está por qué le habían condenado a cinco años.

En su larga reclusión, el odio que latía en su pecho fué acrecentándose. Aun cuando la regla del silencio se observaba con gran cuidado en la prisión, nunca faltaban instantes en que los recluídos pudieran comunicarse entre sí. El N.° 275 oyó las quejas y protestas de otros compañeros levantiscos. La prisión que se les imponía era la consecuencia de la iniquidad social: los más fuertes se imponían a los más débiles. ¿Con qué derecho se atentaba así contra la libertad individual de los seres humanos? ¿Quiénes eran los jueces, hombres al cabo, para

juzgar a otros hombres? ¿Quién hacía las leyes? ¿En virtud de qué poder se instituían las cárceles? Es que los más fuertes, constituídos en pandilla, se abrogaban esos derechos, para sojuzgar a los débiles y desamparados. Así se les tenía allí, como bestias, negándoles hasta el apellido, afrentándolos con un número, obligándolos a observar las reglas severísimas de la cárcel. A una hora determinada, debían abandonar el lecho; a otra hora, debían acostarse y extinguir la luz. Comían un trozo infame de carne, y estaban obligados a trabajar en los talleres de herrería, de carpintería, de ropa, de calzado o en las canteras. Era, en fin, la fuerza bruta imponiéndose a los más infelices.

Después, en otros instantes y con otros recluídos, era el contagio inevitable de la cárcel, el ejemplo vivo del delito, las lecciones de los ladrones y asesinos. Platicando con estos otros presidiarios, el N.° 275 fué aprendiendo todo lo que ignoraba. Tal desalmado, que había dado muerte a toda una familia, aparecía como un héroe de leyenda. Aquel otro que narraba sus hazañas de ladrón reincidente, se auroleaba como un "mozo diablo". El zarpazo de la fiera, resultaba valentía; la huída furtiva del caco al través de las sombras, era una "viveza" Cada uno exageraba sus hazañas, para convertirse en un sujeto de leyenda. Era la inversión de la moral.

Entonces, en aquel ambiente de rebeldes, de condenados, de inmorales, de protervos, el 275 empezó a hacerse una segunda naturaleza. Él que había sido bueno, se sintió malo; él que era dulce y pacífico, se convirtió en cruel y vengativo. Odiaba a todos los hombres en general, porque unos desconocidos, a los que no había hecho daño, le habían recluído allí sin piedad. Y, en particular,

empezó a odiar al capataz Margarito con la implacable sed de la venganza.

— Algún día saldré de aquí — pensaba el 275, — y entonces ajustaremos cuentas.

Corrieron, no obstante, los años. La cárcel empezó a patinar el alma de aquel desdichado. La fuerza de la disciplina quebró su fuerza rebelde. El silencio y la soledad le humillaron, le rindieron, le trocaron en un guiñapo humano. Una tristeza invencible se cernió sobre sus días, y una desesperanza enorme cuajó en medio de sus noches. Poco a poco fué perdiendo las energías. El reglamento, obligándole a hacer uno y otro día los mismos gestos y actos, le bestializó. Su voluntad declinaba; su inteligencia se entumecía. Empezó por encontrar natural no tener un nombre; después, ya no quiso ni oir a los que, más rebeldes, continuaban protestando. Se hizo huraño. Se hizo reconcentrado. Y a veces, de noche, en su celda, sentado en la cama, vuelto el pensamiento hacia su pago nativo, lloraba largamente, silenciosamente...

Un sentimiento, único y soberano, reinaba en su espíritu: tenía que vengarse de Margarito. Él odiado capataz de los Laureles era el solo causante de su desventura: él, le había robado la novia; él, le había llevado a la cárcel. Y mientras él, Margarito, vivía allá, lejos, libre, feliz, su víctima, Juan de Dios, se pudría entre las sombras y humedades de la Penitenciaría.

¡Margarito le había robado la novia! ¿Cuántas veces le asaltó despiadadamente este pensamiento? A cada instante, en cada minuto de los interminables días de su reclusión. Porque, a fuerza de pensar en ello, y acaso por efecto de su estado de espíritu, el desdichado llegó a persuadirse que era novio de Baudilia, que ambos se habían

jurado fidelidad eterna, y que el otro, el intruso, había venido a trastornar su vida y a robarle el bien que le pertenecía. En realidad hubo de ser así, porque ambos jóvenes, sin confesárselo, se amaban profundamente; pero, por un equívoco sólo imputable al destino, por cortedad en él, Juan de Dios, y por orgullo en ella, Baudilia, no se explicaron nunca, no se descubrieron el secreto de sus corazones altivos, y un extraño, de buena fe y sin dobleces, vino a disfrutar del bien que ambos despreciaron. Esta era la verdad; pero Juan de Dios no la alcanzaba, y el N.° 275, embotado por la cárcel, llegó a desnaturalizarla. Así es como el capataz Margarito pudo convertirse en sus pensamientos en el ladrón de su ventura.

Cuando el 275 pensaba en Baudilia, — y esto acontecía en todos los momentos de su vida de presidiario, — una hondísima pena le abrumaba el pecho. Era un dolor íntimo, sin tregua, aplastante. No se reconocía de ningún modo culpable por no haberse explicado nunca con la muchacha: todo eso lo había olvidado. Sólo sabía que la amaba, que la había amado siempre, que no la olvidaría jamás. Ella también lo quería, y no obstante, ahora pertenecía al otro. ¿Cómo? ¿Por qué? Porque el otro había tenido más suerte; porque se la había robado. Pero, ella era buena, era buena y dulce como una mañanita de sol. Su solo recuerdo le llenaba el corazón de frescura: su imagen lejana inundaba de luz su cerebro. Complaciéndose en evocarla, en la soledad de su alma, rememoraba sus ojos negros y profundos, su boca roja y reidora, sus crenchas como "alas de cuervo". Sus viejas disputas, sus malas partidas, sus reyertas continuas eran sólo toscas expresiones del cariño que se profesaban. Esto, que no lo había entendido nunca, reflexivamente, lo compren-

día ahora, bruscamente, por intuición. Y cuando la memoria de algún episodio ingrato le asaltaba, era para condolerse sobre la dulce amada. — "¡Qué bárbaro que he sido!" — decíase el pobre mozo, cuando le asaltaba el recuerdo de aquella trágica escena en que, por la broma de la lagartija, Baudilia cayó de bruces sobre el hogar encendido. — "¡Qué buena era y cómo debe haber llorado!", — se repetía, si acaso venía a él la memoria del voluntario exilio de la muchacha allá por los ranchos de la "tigra". Y todos estos pensamientos, todos estos girones del pasado, pasaban melancólicamente sobre su alma como una perdida melodía, como un desvanecido perfume. Sólo una idea fija, cruel, brillaba en medio de la noche que le rodeaba: — ¡la había perdido, perdido para siempre!

Durante cinco años, cinco años que fueron cinco eternidades, el infeliz vivió con esa idea clavada en el corazón. ¡Había perdido a Baudilia! ¿Qué era su condena, comparada con esa derrota? Su verdadera condena era la pérdida de su amor. Tarde lo comprendía; pero, al comprenderlo, podía medir el abismo de soledad y de miseria en que había caído.

Entonces, mientras la noche se espesaba en su reducida celda y por el minúsculo cuadrado de la ventanilla el azul del cielo se tornaba negro y unas pocas estrellas temblaban como alfileres de luz, el 275 se abatía, como una res herida, sobre la dura tarima que le servía de lecho, y empezaba a sollozar, muy quedo al principio. con más dolor luego, hasta que su plañido ronco, interminable, aululaba contra paredes enemigas y sordas. Y el día llegaba para sorprender, sobre el lecho, unas angulosas espaldas que se agitaban, convulsivas, bajo el imperio de los sollozos...

II

Salió de la cárcel, entumecido, como "boleado", caminando torpe, lo mismo que le acontecía cuando se apeaba del caballo después de un día entero de marcha conduciendo tropa de vacunos. El sol y el aire castigaron vigorosamente su rostro terroso y flaco. El ruído de sus pasos sobre las losas de la vereda, le sonaba en el oído con un redoble seco, extraño, casi desconocido. Al llegar a la esquina de la calle, se detuvo, se volvió para contemplar el pétreo y almenado edificio de la Penitenciaría, donde transcurrieran cinco años de su vida. El imponente aspecto de la fortaleza, la nota riente de los jardines que lo circundan y el marco soberbio de luz y libertad que le forman allá, atrás, el mar y el cielo, no le conmovieron: en su espíritu no había entonces más que una impresión: allí, tras de aquellos muros blancos, que reían al sol con todos los dientes de sus pretiles, había sufrido durante cinco años eternos. Una llama de odio encendió su retina; en sus labios crugió sordamente un "¡maldito sea!". Después, como si aquello le hubiera desahogado, respiró fuertemente, miró alrededor, colocó bajo el brazo izquierdo el mísero paquete de sus "pilchas", y emprendió otra vez la marcha.

¿Dónde iba? Volvía a sus "pagos". Era su único deseo, de tiempo atrás, desde que empezó a considerar el suceso enorme de su liberación. No sabía por dónde iba; no cono-

cía el rumbo; durante dos días aún, perdido en la gran ciudad, a la espera del tren que debía salir para Nico-Pérez, andaría a tropezones, como vacío; — pero volvía a sus "pagos". Nada le interesó de cuanto desfilaba bajo sus ojos: todo le era extraño y enemigo al par: los enormes edificios, las larguísimas calles, el tráfico arrollador y turbulento, el murmullo de colmena jigante de Montevideo. A cualquier otro paisano, venido por primera vez a la Capital, semejante espectáculo podía resultar maravilloso y alucinante. A él no: tenía demasiada amargura en el alma. No obstante el goce íntimo que experimentaba por el hecho de haber recobrado su libertad, no podía deshacerse de aquella montaña de dolor que le habían echado sobre los hombros los cinco años de reclusión. La misma grandiosa Capital, con sus calles tiradas a cordel, con sus altos edificios, antojábasele una nueva Penitenciaría. Necesitaba ver campo, mucho campo; volver, en suma, a sus "pagos".

Sentado, al fin, en un coche de 2.ª, ya en viaje para su terruño, experimentó la primer alegría. — "Ahora sí, — parecía decirse a sí mismo, — ahora estoy libre; ahora vuelvo allá". — Y mirando por el cristal de la ventanilla los campos que huían hacia atrás, al paso del convoy, su pecho se dilataba, sus ojos empezaban a sonreir. Cien mil recuerdos, de otros tiempos más felices, empezaron a revivir con el paisaje que contemplaba arrobado. "Lindos y gordos", — exclamó una vez, contemplando unos novillos que pacían solemnemente sobre el suave declive de una cuchilla. Su mirada experta, iba descubriendo los "bichos" amigos: aquí un hornero, allá una ratonera, acullá una calandria. Un chico que taloneaba furiosamente a un esquelético malacara, con la loca pretensión de "co-

rrerla" con el tren, le rememoró a Faustino, y entonces, ingenuamente, sintiéndose muchacho, saludó con la mano al pergenio: "¡adiós, sabandija!". Las tonalidades del campo, le hacían fallar: "demasiao cardo y flechilla" — o bien, "bien pastao, aijuna, como pa invernada". — Después, de repente, ante una nota juguetona de color amarillo que festoneaba el reborde de una zanja, se volvió exclamando: — "Mirá, los macachines!".

El tren corría pesadamente, con su rítmico traqueteo sobre los rieles, envuelto en una columna de humo. Cada vez más lejanas, las estaciones daban un respiro a la máquina, que se detenía sudando vapor, silbante el pecho de hierro, irradiando alrededor un calor de horno; y entonces algunos pasajeros aprovechaban la ocasión para descender al andén y estirar un poco, caminando, las piernas entumecidas. Juan de Dios también dejó su asiento, pues lo interminable del viaje empezaba a fatigarle, y se permitió un paseíto sobre el balastro crugiente, no apartándose mucho del coche, de miedo que el tren fuera a marcharse. Se distrajo viendo a unos peones descender encomiendas; miró de reojo al milico que paseaba cachazudamente cerca de aquéllos; observó a dos o tres paisanos harapientos y sucios de barro que hablaban con el jefe de la estación, y por fin fué a plantarse frente a una especie de jaula, hecha con listones de madera, donde se inmovilizaban, transidos, gallinas y pollos. El son de la campana le arrancó de su contemplación y le hizo precipitarse hacia su coche. Ya en su asiento, y a punto que arrancaba el convoy, el mismo ritornello cantó en su cerebro: — "Vamo p'al pago; otro tironcito".

Corría otra vez el tren con su monótono machacar de hierros, destrenzando su melena de humo sobre la gra-

milla y los cardos que tapizaban los campos. La fatiga del viaje había apagado todas las conversaciones en el coche. El mismo Juan de Dios, no obstante su ansia de llegar, había concluído por adormecerse en su rincón. El traqueteo de los coches, sus vaivenes acompasados, se confundían ya en el ánimo como un arrullo de cuna. Y así transcurrió el tiempo, aburrido, fatigador.

De pronto, claqueó una portezuela y la voz del revisador sacudió el general marasmo:

— Los boletos.

Hubo como un brusco despertar. La máquina misma parecía acelerar su marcha. Los campos grises, sucios, encharcados, huían en un remolino, mientras el humo de la locomotora se enredaba en una larga hilera de escuetos álamos. Crugió un puente.

— ¿Estamos ya? — preguntó alguien.

— Así parece, — le contestó un compañero.

En el vagón, todos buscaban sus bártulos. Algunos pasajeros adelantaban su salida dirigiéndose hacia la portezuela. Juan de Dios trataba de reconocer el paisaje. Y aún estaba por reconocerlo, cuando la locomotora, frenando sus ruedas, se detuvo bufando frente a la estación.

— Ya estamos. ¡Al fin!

—Ea, abajo.

— La canasta, ché, no olvides la canasta.

— Marche, amigo, no se duerma.

— No hay que apurarse, de aquí no pasa el tren.

Era un coro de voces, que se acrecía en la estación con los gritos de los cocheros, el ruído de las cajas que se descargaban y el resuello silbante de la máquina fatigada. Juan de Dios saltó del estribo, miró en derredor,

y entonces, aspirando el olor de la tierra, sintió como una ternura de niño y un nombre le subió a los labios:

— Baudilia...

Y fué como si besara el aire nativo, de su "pago" grande, que empezaba a encontrar por fin, después de tan larga ausencia.

III

En la casa del comandante Ciriaco Cruz, un viejo amigo de los Antúnez, Juan de Dios recogió las primeras noticias de Baudilia. Allí había encontrado el mozo la ayuda y protección del temible caudillo nacionalista, que le conocía desde chico y le apreciaba aún más, después de su " desgracia ".

Baudilia se había casado con Margarito pocos meses después de haber sido conducido preso Juan de Dios a Montevideo. El acontecimiento se festejó largamente en la Estancia de don Carmelo Antúnez, y después del casorio, los nuevos esposos se habían ido a vivir al campo poblado por Margarito en Carpintería.

— Es un güen hombre el tal Margarito, no hay que decir, — comentaba el comandante Ciriaco Cruz; — honrao, trabajador, güen gaucho; pero, es un " salvaje "...

Así designaba él a los que militaban en las filas del partido adverso al suyo. Un " colorado " podía ser un buen hombre; él mismo, tenía muchos amigos " colorados "; pero, llegada la guerra, no había más que " blancos " y " salvajes ". Y entonces él, que era un hombre noblote y bueno, empuñaba su lanza y salía a pelear a los " salvajes ", aunque en la paz hubieran sido sus amigos.

— Güeno, como te decía, el tal Margarito se llevó su mujer a Carpintería. Allí se estuvo el hombre cuatro años, trabajando juerte. Parece que le jué bien. Juntó platita. Su mujer tuvo dos hijos, un casal. Pero, a prencipios de este año, murió mi compadre Antúnez y a la viuda, ese

marimacho de misia Ramona, ya conocés, se le puso en la cabeza hacer capataz de su Estancia a Margarito, pa que Baudilia juera a vivir con ella. En el fondo, tenía razón la vieja: a sus años, debe ser fiero pa una mujer sola, por más alarife que sea, manejar ese negocio de la Estancia. Escribió a los otros, porfió, cinchó y a lo último se salió con la suya. Allá se llevó pa casa al matrimonio y los cachorros. Todo marchaba perfetamente; pero vea si no es cosa de mandinga: al mes de estar en la Estancia, se le enferma un hijo a Baudilia, el mayor, un machito lindo, ché. Dicen que de diteria. Y se murió, no más, el pobrecito; en un par de días. ¡Qué cosa! Y no paró ai la disgracia. A los pocos días, ¡zás! cai enferma la mujercita, y, lo mesmo que el hermano... Vea si es triste. Daba pena ver a Baudilia...

Juan de Dios le oía en silencio, reconcentrado, sin dejar traslucir sus impresiones. Pero, las palabras del comandante le entraban en el corazón como otras tantas dagas: odiaba a Margarito por haberle robado el cariño de Baudilia, por los hijos que había tenido de ésta, por su felicidad, porque todo le iba bien en la vida. Mas al oir el relato del fallecimiento de los dos hijitos de su ex novia, un extraño sentimiento le embargó el ánimo. Eran "cachorros" del odiado capataz, sí; pero también eran hijos de Baudilia; y él se representaba el dolor de la infeliz al perder, así, en pocos días, a sus dos hijitos.

— Pobre Baudilia, — dijo muy bajo, clavando sus ojos en el suelo.

— Ahora, — prosiguió el comandante Cruz — la pobre se ha puesto de máistra.

— ¿Cómo, de máistra? — interrogó sorprendido Juan de Dios.

— Sí, allá por Carpintería, donde pobló el marido. Cuando perdió sus hijos, no quiso quedarse más en lo de Antúnez, y disparó. Se metió en su casa y puso escuela. Dicen que le ha dao por ai, por cuidar chiquilines, enseñarlos a escrebir y coser, ¡qué se yo! pa consolarse de la muerte de sus botijas. ¡Qué cosa!

—¡De máistra! Vea, vea... — repetía por lo bajo Juan de Dios.

Y en su conciencia se iba haciendo la convicción de que toda aquella historia debía ser un castigo del cielo.

En los días subsiguientes, el mozo empezó a ajetrearse la cabeza imaginando el medio de que se valdría para ver a Baudilia. Esbozó mil planes; mas todos, al cabo, resultaban absurdos o disparatados. Él no podía ir directamente a Carpintería porque eso significaba un encuentro con Margarito; y un encuentro con el capataz era la pelea inevitable, y después, ¡vaya usted a saber! ¡No! Él tenía que ver a Baudilia, siquiera una vez; hablarla; decirla todo lo que había penado por su culpa, y oir lo que ella decía, lo que le contestaba. Para el encuentro con Margarito, ya buscaría ocasión, más tarde, y con más arte y cuidado que la primera vez. No era el caso que, si le mataba en la pelea, fueran a prenderlo otra vez y a encerrarlo en la Penitenciaría. Ya conocía aquello. Tenía que matar a su odiado rival, en buena ley, frente a frente; pero, eso sí, asegurándose la retirada, de modo de poder huir al Brasil. Entre tanto, lo esencial era hallar el modo de entrevistarse con Baudilia; y eso era lo difícil, dado que ella no salía de su casa, toda entregada a su escuela, — según los díceres de la gente.

En tales circunstancias, una nueva de bulto empezó a correr a la sordina. Hallándose Juan de Dios en una pul-

pería del pueblo, fué de pronto interpelado por el patrón:

—¿Y qué tal, amigo, cuándo agarra la chuza?

—¿La chuza? ¿pa qué?

—¿Cómo? ¿ya no es "blanco", como enantes?

—Y dejuro que soy "blanco", — replicó Juan de Dios; — pero, ¿qué tiene que ver?...

—Es que como dicen por ai que hay rigolución...

Cuando Juan de Dios repitió al comandante Cruz el diálogo, éste se limitó a replicar:

—¿Y qué le vamo a hacer? Si hay que marchar, marcharemos. Yo por mí, no sé nadita.

Pero, algo debía saber el ladino comandante, porque celebraba conferencias, mandaba y recibía chasques, andaba, en fin, muy metido con su gente.

En el pueblo, la noticia de un próximo alzamiento del partido nacional contra el gobierno, empezó a generalizarse. Cada día amanecía con una novedad, que se comentaba interminablemente. Las noticias que llegaban de la Capital tampoco eran tranquilizadoras: había movimiento de tropas en diversos departamentos. Por su lado, los "nacionalistas" empezaban a emigrar. No se sabía dónde iban; pero, un buen día ya no se les encontraba en sus casas.

— Juan de Dios, — dijo un día el comandante al mozo, — tenés que hacerme un gran favor.

—Lo que usté mande, mi comandante.

—Tenés que rumbiar pa el Aceguá, con un papelito.

—Cuando guste.

—Y te dejarás estar allá, hasta que yo llegue. ¿Comprendés?

—¡Ah, güeno! ¿Entonces es de adeveras la cosa?

—Yo no sé; hay que ver primero...

No obstante el disimulo de su jefe y protector, Juan de Dios adivinó que lo de la revolución era cosa hecha. ¿Qué más podía significar aquel viajecito al Brasil del entusiasta caudillo?

Entonces, con un regocijo íntimo, empezó a decirse Juan de Dios que si estallaba la revolución, en cualquier incidencia iba a resultar posible una entrevista con Baudilia. En esos dolorosos sacudimientos políticos, que han enrojecido frecuentemente las páginas de la historia nacional, todas las reglas y convenciones quedan trastornadas y no es de extrañar también que los hombres, arrastrados en ese turbión de demencia, den suelta a todas sus pasiones para satisfacer menguados intereses. La propiedad conviértese en un mito y la misma vida humana no responde sino al juego de los caprichos y rencores. Si en la Capital y en los grandes centros urbanos la libertad individual padece y los negocios económicos sufren mengua, imagínese lo que acontecerá en la campaña, desamparada por el principio de autoridad y entregada al capricho y veleidades del atentado y de la fuerza. Cruzan, un día, las fuerzas del gobierno, y es como una devastación de los campos; y cruzan, otro, las fuerzas de los revolucionarios, y es otro derrumbe de la riqueza nacional. Se cortan alambrados, se talan árboles, se carnean reses, se arrebatan caballadas, se deja el luto y la desesperación, la miseria y el hambre en todos los hogares. La familia queda deshecha, todos los hombres válidos han sido arrancados a las fecundas labores del trabajo para equiparlos en uno u otro bando; y allá se quedan las pobres mujeres, con los niños y los viejos solamente, sin saber dónde se encuentra el esposo, el hermano, el hijo que eran su amparo y su alegría. Y tras del paso de

los arrasadores ejércitos, el asalto de los gavilanes, el malón salvaje de los matreros. Todos los desalmados, todos los foragidos, que escaparon a las levas del gobierno o al reclutamiento de los rebeldes, así que desaparece la garantía del derecho, abandonan sus cuevas del monte hirsuto, y en ronda de ladrones y asesinos, se abaten sobre las míseras viviendas perdidas en la soledad del campo para saquear las gentes indefensas, afrentar las pobres mujeres y dejar como único rastro de su paso las llamas de un incendio sobre la negrura de una noche. ¿Qué hazaña o qué enormidad no es factible entre las convulsiones frenéticas de una enconada guerra civil?

IV

Era una tarde del mes de Febrero, sofocante. Ni un soplo de aire oreaba el ambiente. En toda la extensión, sobre los campos, reverberaba la luz como un espejismo. La chicharra no interrumpía su chirrido adormecedor.

En la sala del rancho grande, Baudilia enseñaba "la cartilla" a sus voluntarios escolares. Con una paciencia que nadie hubiera sospechado en la nerviosa Calandria de la Estancia de Antúnez y con una bondad que esa sí era ingénita en ella, acariciaba a los más huraños, alentaba a los estudiosos, para todos tenía la palabra buena que es consejo y enseñanza. Desempeñaba el ministerio que a sí misma se había impuesto con una sencillez tan natural que no parecía sino que ese había sido el ejercicio de toda su vida. Sus tiernos alumnos la querían más que a sus propios progenitores. Ni el calor ni el mal tiempo dejaban desierta su clase: en todos, más que un deber, era un regocijo concurrir día a día a ella; y era que allí encontraban, los más de ellos, el calor y el cariño que no tenían en los paupérrimos ranchos de sus padres. Por eso, era raro el día en que no apareciera alguno de los pergenios con un ramito de flores o algún nido con huevos de pájaro para la "máistra". Con aquellos ingenuos regalos le pagaban, a su modo, la suave caricia con que los despedía todas las tardes.

Baudilia no era ya ni la sombra de la Calandria. Había enflaquecido tanto que en su rostro parecían más grandes sus bellos ojos negros. Una palidez mate substi-

tuía a aquel tono caliente de su piel, que había hecho de ella una agraciada morocha. La sonrisa, que antes era como un resplandor en su boca de carmín violento, tenía ahora una gravedad y desgano que revelaba la amargura de su alma. Toda vestida de negro, muy sencilla, parecía una estatua viviente del dolor.

La pérdida repentina e inesperada de sus dos hijitos, la había asaltado en medio de un ensueño de dicha que parecía no debiera concluir. Era feliz con Margarito; todo lo feliz que había imaginado serlo cuando le entregó su corazón y su alma. Él, prendado de su mujercita, le hacía todos los gustos, se adelantaba a todos sus caprichos. Además, como a fuerza de trabajo e inteligencia iba haciendo prosperar su patrimonio, podía rodearla de muchas comodidades. Así, el nuevo hogar, pareció aurolearse de luz y de alegría. Y la felicidad de ambos fué colmada, cuando los dos pequeños infantes empezaron a llenar la casa con sus risas y gritos. Baudilia vivía como en un enajenamiento.

Y fué en medio de ese enajenamiento que el dolor la despertó brutalmente, asentándole su garra. Como si el retorno a la Estancia de don Carmelo, a donde la viuda doña Ramona llamara a Margarito para hacerlo capataz, hubiera roto el talismán de su dicha, bruscamente cambió el norte de su vida. La muerte flageló su corazón de madre, la sacudió implacablemente, la truncó. Su vida quedó deshecha. Ya nada ni nadie lograría devolverla a la ventura. En su espíritu dejó tal huella el espanto que ni la ternura piadosa de su marido ni el blando consuelo de su clase lograban devolverle un lampo de la vida que había vivido.

Ahora, su espalda abatida, sus ojos apagados, su delga-

dez, su silencio, su humildad, proclamaban su indestructible dolor. Era todavía joven y no lo parecía: es este el estigma peculiar del sufrimiento. Hacendosa, velaba por todos los menesteres de casa; pero era como un ave que cuida de su nido y que ha perdido el canto. Buena y piadosa, consagraba toda su piedad y toda su ternura a sus escolares; pero su sonrisa era siempre triste y a su gesto de bienvenida faltaba la armonía que da la dicha a las madres. Viéndola andar se adivinaba que su cuerpo iba solo, que estaba como hueco; sin la lumbre y el canto que alientan en el corazón de la mujer.

Aquella tarde, como siempre, cuidaba de sus discípulos, repitiendo la lección al que no la sabía, dando explicaciones de costura a una pequeñuela frangollona, diri-miendo con buenas palabras una reyerta entre dos compañeros, aprobando con grandes elogios una plana de palotes tiznados. Y en eso estaba, cuando el sordo redoble de los cascos de un caballo despertó su atención. Sorprendida, volvió la cabeza hacia la puerta.

— Es don Matías, — clamaron tres o cuatro chicos, los más inquietos y vivarachos, que en tropel se habían precipitado hacia la puerta para ver al que llegaba.

—¿El comisario? ¿qué quedrá?, — se preguntó Baudilia.

Y salió afuera.

— Buenas tardes, — dijo entonces el jinete, tocándose el ala del sombrero; — ¡qué solcito pá una galopiada!, ¿no es cierto?

— La verdad, — contestó Baudilia y guardó silencio, no sabiendo que agregar.

— ¿No está Margarito? Tendría que hablarle.

— Mire, qué cosa; salió enseguidita de almorzar: me

dijo que tenía que ver al vasco, ya sabe, el vecino de ai al láo.

— Ah, bueno; entonces ya sé donde agarrarlo.

— ¿No quiere descansar?

— Gracias, ando de apuro. Con que, adiosito, no?

— Diga, don Matías, ¿sucede algo?

— No, nada de particular. Buenas tardes.

Y partió al galope. Baudilia quedó un instante pensativa, viéndole alejarse cortando camino hacia el rancho del vasco. Aquella inesperada visita, después de todos los rumores que hasta aquellas soledades llegaban de una próxima revuelta, la dejaron intranquila. ¿No eran suficientes los dolores que había padecido? ¿Tendría, acaso, que soportar ahora un nuevo dolor por culpa de la maldita guerra?

Más de una noche se había desvelado imaginando lo que sería de ellos si se producía la revuelta que se anunciaba. Margarito era "colorado" y todos, o casi todos, en aquel departamento, eran "blancos". Por fuerza tenían que quedar aislados y esto sólo suponía ya un gran peligro. Y si, por otro lado, le llevaban a su esposo para servir de grado o por fuerza en uno u otro bando, ¿en qué condiciones quedaría ella, allí, en medio del campo, en semejantes soledades?

Ya por aquellos días, los últimos del mes de Febrero, se habían producido en los alrededores sucesos de una importancia muy significativa. Casi toda la gente moza había huído, guareciéndose en los montes; otros, los más "remolones", fueron cogidos por la "leva". Las caballadas habían sido recogidas antes, hacia el Brasil, no se sabía cómo, de un modo rápido y misterioso. Por último, los representantes de la autoridad no aparecían por parte

alguna. Era en realidad extraño que aquel comisario, don Matías, aún estuviera por allí.

— Ese es " colorado ", — se decía Baudilia. — Tendría que haberse marchao con los otros. ¿Para qué buscará a Margarito?

Con el declinar del día, su angustia se acrecentó. Hacía ya largo tiempo que despidiera a sus escolares, sin que Margarito regresara de su excursión. Cada vez más nerviosa, observaba de continuo el campo. Ni un alma viviente se advertía por los alrededores. El silencio, en aquel atardecer de verano, era imponente. Por fin se ocultó el sol bajo el horizonte, como una enorme bola de fuego.

Entonces, Baudilia no pudo contenerse más. Hizo traerse el petizo aguatero con la china que tenía de sirviente y se dirigió, sin vacilar, a casa del vasco. Mientras galopaba en dirección al bajo, su cabeza ajetreaba los casos más contradictorios y absurdos. Acaso Margarito se hubiera detenido sin darse cuenta de la hora; acaso se hubiera embriagado, aunque bien sabía ella que no bebía; acaso, también, hubiera pegado una rodada y estaría lastimado... Quería admitir lo más absurdo; pero en lo íntimo se esforzaba en no creer lo que a cada instante se le ocurría: — " se lo han llevado para la guerra, como a los otros hombres del pago ".

Llegó frente a la puerta del rancho del vasco, chicoteando rabiosamente al petizo remolón; y apenas divisó al viejo, se tiró al suelo:

—¿Y Margarito? ¿dónde está mi marido?

El vasco viejo, cachaciento, sin comprender el ansia de la pobre mujer, empezó a perder tiempo en cumplidos:

—¡Hola, doña Baudilia! ¿Qué milagro por acá? Entre... entre...

—Diga, por favor... ¿Y mi marido? ¿Se lo llevó don Matías?

—¡Ma qué llevar, doña Baudilia! Conversaron aquí de la cosa... Está fea, ¿sabe? Hay que irse...

—Entonces... no comprendo... Hable claro: ¿dónde está Margarito?

—¡Pse! A buscar un carro, para irse. Hay rigulución y hay que irse. Es el consejo de don Matías, y también el mío, sí, sí.

Baudilia empezó a respirar. Y con más calma y serenidad, hizo hablar al vecino. Don Matías, según éste, antes de marcharse para "el pueblo", estaba avisando a dos o tres amigos "colorados", para que reunieran las "cacharpas" más necesarias y emigraran cuanto antes de aquel foco de revolucionarios. La revuelta era inminente, y aquellos que tenían algo que perder no debían descuidarse en semejantes soledades.

—Un buen hombre, don Matías: otros no dar aviso a naides, sí, sí.

Cuando Baudilia regresó a su casa, ya estaba allí Margarito.

—¿Qué es eso? ¿ande fuíste?

Confióle ella sus temores y su diligencia, en breves palabras; y en seguida quiso saber lo que él pensaba del asunto y lo que había hecho. Su marido le confesó entonces que un tanto alarmado por los consejos del comisario amigo, se había ido hasta la casa de don Julián, para alquilarle la jardinera; pero allí se encontró con la novedad que una partida de gente armada se la había llevado con todos los caballos. En lo de la tuerta, había

sucedido igual cosa. Así es que no contaba con otros medios de locomoción que sus propios caballos.

— Pero aura, pensando dispacio, con más calma, — agregó Margarito, — me parece que nos hemos alarmao al cuete. Al fin y al cabo, si nos quedamos, ¿qué nos van a hacer? Nosotros no nos metemos con naides; tuitos nos aprecean: ¿pa qué dirse de aquí? Es zonzo eso, ¿no te parece?

Baudilia estuvo prontamente de acuerdo. No temía a la revolución, y, por lo demás, teniendo a su lado a Margarito, estaba tranquila.

— No se van a comer a la gente, ¿no te parece? — adujo, contenta ya, mientras disponía la mesa para la cena.

— Nos comerán las vacas, y ya es de sobra, — arguyó su marido.

Sobre el blanco mantel, que alisaba Baudilia con mano hacendosa, cayó de pronto, desde el techo, una araña. Iba a matarla Margarito; pero ella le salvó la vida, arrojándola al suelo:

— No la matés: de noche anuncian suerte.

V

El 5 de Marzo de 1897, a las 5 menos un cuarto de la mañana, Aparicio Saravia cruzó con su ejército la frontera del Brasil por el paraje denominado Carpintería, en el Departamento de Cerro Largo, invadiendo así el territorio de la República Oriental del Uruguay en son de guerra contra el gobierno del señor Idiarte Borda. En el vecino estado de Río Grande do Sud, las huestes revolucionarias habían podido organizarse con todo orden y concierto, reuniendo numerosa caballada en los potreros de Ana Correa, cerca de Bagé, gracias a la complicidad pasiva de los políticos brasileros. La misma o semejante tolerancia amistosa había encontrado Diego Lamas en Buenos Aires para armar su gente en las islas del Paraná y Entre Ríos, y salir él mismo, con su estado mayor, del Riachuelo en el "Leonor". La política de errores y abusos del mal gobernante uruguayo, caracterizada, en las relaciones exteriores, por una falta absoluta de habilidad y discreción, había tenido la virtud de trocar en aliadas de los revolucionarios "nacionalistas" o "blancos" a las naciones limítrofes. No puede así asombrar a nadie que aquella revolución, con tanto tiempo preparada, provista de tan enormes recursos, favorecida por los países vecinos y contando hasta con la simpatía del partido "colorado" (divorciado del gobernante, que usurpaba su representación para entronizarse en el poder), fuera una de las más formidables y temibles de toda nuestra historia política.

En las filas revolucionarias estaba el partido nacional en masa, sus hombres representativos y sus humildes secuaces de campaña, el doctor y el paisano, el joven escapado de la ciudad y el crecido en la soledad del rancho. La prédica diarística del doctor Eduardo Acevedo Díaz en *El Nacional* — porfiada, terrible, demoledora, — había levantado todos los espíritus, fundiéndolos en un solo crisol. Y en el grande momento de la prueba, nadie había querido faltar a la cita.

José María Reyes, joven de veintidós años, estudiante de medicina en Montevideo, hijo único de una aristocrática y empingorotada familia; espíritu romántico, soñador, idealista; buen muchacho, fino, atildado; mejor hecho para las comodidades de la ciudad que para las pellejerías del campo, — exaltado por el mismo fuego patriótico que ardía en los clubs políticos de sus correligionarios, no había querido dejar de contribuir personalmente a la tremenda contienda que se preparaba. Dejando, pues, familia y comodidades, interrumpiendo sus estudios y hasta acallando íntimos sentimientos del corazón, una noche cruzó el río para plegarse a las fuerzas que se organizaban en Buenos Aires, y desde allí había sido enviado al Brasil para ser incorporado al ejército de Aparicio Saravia.

Desde el primer instante, José María pudo advertir que sus condiciones y aptitudes, sus gustos y costumbres, contrastaban radicalmente con las de las gentes que iban a ser sus compañeros de campaña. El joven de la ciudad disonaba en el medio rural. Pero, inteligente, observador, y, sobre todo, gran y decidido partidario, de inmediato también se puso en tren de abandonar el barniz ciudadano que le cubría y de asimilarse las prácticas y usos

del campo. Era la primera vez que corría tamaña aventura; era la primera también que se arrancaba al lujo y confort de su hogar para ir a oficiar de secretario de un prestigioso caudillo, amigo viejo de su familia: sino por el entusiasmo con que había respondido al llamado de su causa, muy espontáneo y ardoroso, hasta por amor propio, nada más, hubiera tenido que hacerse en seguida esta composición de lugar.

Bien advertía el joven que muchas de aquellas gentes, rudas y sencillas, le miraban de soslayo, con su poco de desconfianza y un tantico de ironía: no era de los "puebleros" que colocan invertido el "mandil" sobre el lomo del caballo o que no saben comer el "churrasco" con los dedos; pero el embarazamiento con que llevaba sus flamantes bombachas, la blancura de sus manos bien cuidadas y su modo de coger las riendas para montar su "pingo", despertaban en el paisanaje aquellos disimulados sentimientos.

— Este secretario se nos queda por el camino, — había dicho una tarde, en un fogón, el bravo y ceñudo Ciriaco Cruz; y el dicho había quedado como una de esas comprobaciones que rompen los ojos y que sería locura poner en duda.

Ciriaco Cruz, el amigo y protector de Juan de Dios, era el polo opuesto de nuestro estudiante de medicina. Frisaba en los cincuenta años, que llevaba con una arrogancia y virilidad extraordinarias. Alto, fornido, cuadrado de espaldas, robusto de pecho, con una cabeza de león, grandota, cubierta de melenas negras, con unos brazos cuyos músculos parecían "guascas", con unas manotas velludas que parecían zarpas, daba una impresión de fuerza salvaje y ruda. Sus ojos, entre la maraña

de unas cejas revueltas e hirsutas, tenían una mirada de acero; de su boca, perdida en el matorral de unas barbas incultas y vírgenes, salía un vozarrón a propósito para las voces de mando. Caminando a pie, parecía un coloso que se tambaleara; a caballo, era una imponente figura de bronce, toda de una pieza. Por lo demás, un paisano rudo, pero buenísimo, servicial, ocurrente y francote. "Al pan, pan, y al vino, vino", — como él mismo decía. Tenía numerosos y viejos amigos del "otro pelo", con quienes "mateaba" en tiempos de paz, a quienes servía si llegaba la ocasión; mas, en estallando la guerra, él, "más blanco que "güeso de bagual", se iba con los suyos y ¡guay! del "colorado" que se pusiera al alcance de su lanza: entonces ya no había "compadres" ni amigos: todos eran "salvajes". Entre el paisanaje de Treinta y Tres y Cerro Largo, gozaba fama de sufrido y valiente. Ninguna enfermedad lo había volteado jamás. Para sacarse una espina se cortaba él mismo con el facón una lonja de la pierna y se quedaba tan fresco. Sufría el calor, el frío, las lluvias, las marchas y contramarchas, las noches enteras sin dormir, como un muchacho de veinte años. No le hacía ascos a las privaciones ni a los sufrimientos. Por eso, era el soldado ideal en las patriadas; por eso Chiquito Saravia le contaba entre sus mejores y más fieles "muchachos". Todas las revoluciones "blancas" que agitaron al país, desde la célebre de Aparicio en el 70, — entonces contaría veintiún años, — le habían hallado bajo sus banderas.

— Aquellos eran los güenos tiempos, solía decir. Entonces, no había estas armas de ahora, que matan de lejos. Entonces había que peliar a lanza. Puro coraje, ¡canejo! ¡Y qué lanceros!... el vasco Bastarrica, el tape Medina,

los Burgueños, el coronel Cames, ¡qué se yo! Pero ninguno como el general Aparicio. Cuando Aparicio "dentraba" a lancear, se abría cancha como un yaguareté entre una manada de borregos. ¡Ah, criollo lindo! Sólo con su corazón y su brazo, podía más que un escuadrón de "salvajes".

— Aura eso se ha acabao. Ya no hay gauchos, — le argüía alguien.

— ¡Quién lo dijo! — tronaba Ciriaco Cruz, con su vozarrón imponente, fulminando con su mirada dura al interruptor. — Aura los "flojos" han inventao esos "mauses" pa tirar dende lejos y no comprometer el cuero; pero entuavía quedan, deste lao, güenos criollos. Ai tienen al "general"; ai tienen a Chiquito... ¿Que no son lanceros esos? A ver quién se les pone delante cuando agarran, ansí, la lanza... ¡Jué perra! ¡A ver quién es güeno pa ponérseles delante!

No había que discutir con el hombre. Más bravo que un ají cumbarí, no permitía que se tocara a sus ídolos. Ellos serían los que salvarían al país. En sus manos estaba el triunfo. Los que echaban a perder siempre las cosas, eran los "dotorcitos" de la "suidá". ¡Mal haiga con los "dotores"! Puro jarabe de pico; pura chafalonía. Querían meterse en lo que no entendían, hacer de jefes, mandar, y así habían salido siempre en todas las contiendas: traicionando a los buenos criollos, a los que se pelaban sobre el caballo, a los que comprometían el pellejo de verdad, no con parolas y fiorituras. ¡Pucha con los "dotores"! Ni servían para encender un "fueguito", ni acertaban a apretarle bien la cincha a un caballo!

El odio al doctor, al pueblero, al hombre de la ciudad, en fin, era inveterado en el paisano Cruz; un odio ins-

tintivo, físico, latente, que disimulaba ante todos, pero que en el calor de cualquier disputa o enojo, brotaba fácilmente a la superficie. No es que la comprobación de cualquiera superioridad excitara el amor propio del hombre de campo, despertando el rencor, — puesto que Cruz tenía el íntimo y pleno convencimiento de que el gaucho era superior al pueblero por todos conceptos: más franco, más leal, más trabajador, más valiente; — es que todas las desgracias de que se dolía el país en general, y los habitantes del campo en particular, provenían, según él, de los que mandan en la Capital, de los que hacen las leyes, de los que imponen las contribuciones, de los "dotores", en una palabra... Ni los mismos titulados de su credo escapaban de su duro juicio: ¿no era por culpa de ellos que fracasaban todas las revoluciones? — "Cuando se meten en el ajo los "manates" — solía decir — y empiezan a embrollar con su palabrería y sus discursos, ¡San se acabó!, no hay más que quebrar la lanza, enrollar la divisa y enderezar el flete para el pago: la rigolución está perdida".

Ciriaco Cruz fué el primero en mostrarse contrariado con la presencia de José María y otros puebleros que venían a ingresar a las filas de los Saravia. Los del "pago", es decir, los de Melo, pase; eran todavía criollos, hijos de criollos, todos conocidos. Pero aquellos otros que venían de la Capital, "jediendo a ricos", hijos de gringos tal vez, muy blancos de cara, muy peinaditos, con las manos como señoritas, ¿pa qué servían? De estorbo, dejuramente. No sabían hacer nada; andaban como "boliados"; el más infeliz de los paisanos llegaba siempre primero que ellos para pegarle un tajo al asado, alcanzar un mate o enfrenar caballo. ¿Y esos eran los

que habían venido de ayudantes y secretarios? ¡Canejo! ¿por qué no se habían quedado con el coronel Lamas, que, según las mentas, era también medio "dotor" y sabía hacer la guerra, no a la manera criolla, a chuzazos, sino como la hacían, dicen, en las "Uropas", con mapas, "anteojuelos" de larga vista y armas de puntería?

Cuando el buen y tradicional criollo espetaba en rueda de amigos este o parecido discurso, todos asentían a su decir, no sólo por el respeto que les merecía quien hablaba, sino porque, en lo íntimo de su ser, compartían esas ideas. Aún reconociendo que los "forasteros" eran soldados de su mismo credo, amigos de causa, que venían a pelear por lo que ellos mismos pelearían, no estimaban en mucho su ayuda ni tenían gran fe en su bravura. En el fondo, había el hondo distanciamiento que cabe entre el inferior y el superior, la rivalidad del hombre de campo por el de la ciudad, y algo así también como la indómita protesta de una raza que muere, que va extinguiéndose, que se siente desaparecer del escenario de la vida ante la fuerza conquistadora del progreso, ante el avance de los hombres nuevos, altivos y seguros del porvenir.

VI

La luz grisácea del día que avanzaba bajo el horizonte, iba invadiendo poco a poco los campos, ahuyentando las sombras de las hondanadas, encendiendo toda la gama del verde en los árboles, animando con un soplo de vida aquellos fantasmas espectrales que en larga columna movible habían cruzado bajo el extravío enorme de la noche. A medida que la claridad crecía, el ejército de Saravia en marcha surgía más formidable. Era una columna bullente, piafadora, multicolor, que avanzaba despacio, desde tierras del Brasil, y, culebreando, convulsa, con fugaces centelleos de armas, con un sordo redoble de cascos, con rápidos parpadeos de ponchos y banderolas, se entraba al terruño nativo de un modo incontenible, interminable...

El aspecto de aquel ejército de 1.500 hombres, era realmente majestuoso. Bien ordenados, marchando en columna, solemnes, graves, como ungidos por las banderas que flotaban sobre las divisiones, daban una impresión de fuerza incontrastable. Iban a la cabeza, el general Aparicio Saravia, seguido de sus ayudantes; la plana mayor, con el representante del comité revolucionario, secretarios, oficiales y practicantes; seguía la escolta del general; venía luego la división de su hermano, Chiquito Saravia; después, nutridas, animadas, plenas de colorido y movimiento, la infantería, los escuadrones de Antonio Mena, Tomás Borches, Basilio Muñoz, Rivas, Gamboa; y por último, a retaguardia, cerrando el desfile, la división del coronel Juan Francisco Mena.

Entonces, en la gloria de la mañana que se abría en el Oriente como un ramo de rosas ígneas en un altar, las huestes revolucionarias se arremolinaron sobre la tierra uruguaya. Un frenesí patriótico sacudió todos los corazones. Un indómito anhelo de vencer y de triunfar vibró en todos los espíritus. El convencimiento de que se cumplía en aquel momento un acto solemne, del cual derivaría la libertad de la patria esclavizada, puso como una demencia de entusiasmo hasta en los más tímidos o reconcentrados. Surgió un grito, luego otro, victoreando al partido; y luego fué un desconcierto de voces que subían, aumentaban sobre la paz religiosa de los inmensos campos, aún dormidos. En ese instante, estallaron las dianas de los clarines y el aire azulino se ahondó de notas viriles y marciales. Fué un momento de enajenamiento y de delirio: algunos hombres se abrazaban; otros, enhiestos en sus caballos, enclavando la lanza en el suelo, echaban atrás la orgullosa cabeza en un reto lejano al histrión que se refocilaba, allá, en la Capital; algunos, en fin, volviendo el rostro, se enjugaban con disimulo una lágrima.

—¡Viva la patria!

—¡Vivaaaaa!... — repetían voces sin acento, descoloridas, esas voces del criollo desacostumbrado a los víctores ruidosos de los mitines ciudadanos.

—¡Viva el partido nacional!

—¡Viva el partido blanco... barajo!

Era Ciriaco Cruz. Su vozarrón tremendo acababa de estallar como una bomba al lado del ¡viva! lanzado por José María Reyes. ¡Qué partido "nacional" ni qué cuerno! Eso era invención de los de la ciudad. Su partido, el de él, el de sus padres, el de todas las patriadas, era

el partido "blanco". Y así parecía proclamarlo, airadamente, con la doble injuria de sus ojos, clavados en el pueblero.

—¡Viva el partido blanco, viejo! — respondió José María, que exultaba de entusiasmo en aquella mañana heroica y triunfal, y que hubiera querido abrazar a todos sus compañeros de causa.

— Ansí debe ser, — replicó, satisfecho, el coloso, haciendo caracolear su caballo.

Pero el ejército estaba ya formando cuadro para oir la proclama que el señor Aróztegui iba a echarles. Cruzaron órdenes, se ordenaron las divisiones y se restableció el silencio. El representante del gobierno revolucionario dió entonces suelta a sus furias oratorias y concluyó por electrizar a la muchachada.

— ¿Quién es este paisano que parece un cerro? — había inquirido de un oficial José María, después de su encuentro con Cruz.

— Es un buen correligionario; un paisano a carta cabal. Creo que se llama Ciriaco Cruz, y acompaña a Chiquito.

— Parece que no le gustó mi ¡viva! al partido nacional.

— Es muy blanco, no me extraña; para él no debe haber más que blancos. Cuando venga bien, se lo voy a presentar. Es un amigazo que le conviene tratar.

En efecto, al atardecer de ese día, alrededor de un fogón, el oficial cumplió su palabra haciendo las presentaciones.

José María, ávido de hacerse amistades, se mostró cordial con el jigante. En cuanto a éste, reservado por naturaleza, no dejó por ello de acoger bien al joven.

— Cuente con un amigo, pa lo que pueda servirle.

En los días subsiguientes no volvieron a hallarse. José María había sido destacado a la vanguardia, y el grueso del ejército marchaba detrás, más lentamente, recogiendo las incorporaciones de partidas sueltas. Después de vadear el Río Negro, costeáronlo del lado del departamento de Rivera; volvieron al Sur; tornaron a pasar al Norte, y después de haber llegado al límite de Tacuarembó entraron en Cerro Largo, para llegar hasta las puntas del Avestruz, en Treinta y Tres. Eran marchas y contramarchas, zigzagueos y avances, que soportaban alegres los paisanos y cuya monotonía se alegraba cuando de pronto, sobre la orilla de un monte, surgía una pequeña hueste de correligionarios buscando la incorporación. Entonces, hecho el reconocimiento, los grupos se confundían, entre vítores y frases de bien venida. Pero, para la vanguardia, la correría resultaba más fatigosa. Siempre en descubierta, marchaba a trote y galope, a toda hora, en cualquier instante, de día o de noche, bajo el sol, que aún era ardiente en aquel mes de Marzo, o bajo la lluvia, que se insinuaba de repente en punzantes e incómodas garúas. El estudiante de medicina estaba materialmente deshecho y a las veces, cuando se apeaba del caballo, no podía dar un paso, entumecido y envarado. Entonces, tendido sobre el cojinillo, mal recubierto por el poncho, se dormía como un tronco y el pardo que estaba a sus inmediatas órdenes tenía que sacudirlo vigorosamente para despertarlo.

— Capitán! Capitán!; la gente va a marchar.

Se levantaba con todo el cuerpo dolorido, la cabeza pesada, incómodo por la falta del baño habitual, reseca la boca. Y apenas sorbidos unos mates, si había tiempo, o apurado el churrasco que el asistente le tenía sobre las brasas, vuelta a montar y a emprender la marcha al trote

y galope, al través de campos desconocidos y arroyos ignorados, siempre con el espíritu alerta en pos del invisible enemigo. En los ranchos solitarios, perdidos en medio de la extensa campiña, se requerían rápidos informes. " Dicen que el general Muniz va marchando por allá abajo, recostao al Río Negro ". " Deste lao de Mansavillagra si ha hecho sentir gente; han de ser del gobierno ". O bien: " Ladéense al Yi, que hay una partida buscando la incorporación "; "ayer, de tardecita, cruzó po aquí el vasco con sus muchachos del Avestruz; los van a topar por ai no más cerquita ". Y continuaba el trote y galope, cansado y demoledor, al través de inmensas zonas invadidas de chilcas, de bañados donde chapaleaban cansados los caballos, atravesando pasos ocultos por misteriosos y traidores montes de espesura, siempre por tierras desconocidas, tristes y solitarias. ¿Cómo no perdía el rumbo aquella gente? Esto constituía el perpetuo asombro del estudiante revolucionario. Al través de noches negras y profundas, en las que no se veía ni al compañero que iba al lado, el destacamento marchaba sin vacilar, con paso seguro. " Ahora estamos en los potreros de Fulano de Tal "; " ahora vamos a hallarnos la cañada Cual ": ni los nombres podía recordar José María. Pero la cañada aparecía al cabo y de ella tenía noticia el pobre muchacho porque de pronto su caballo disminuía la marcha y el ruído del agua y de los guijarros se alzaba bajo los cascos.

Así, una madrugada. cuando se creía ya el joven a veinte leguas por lo menos del ejército de Saravia, se encontró, al despertar, con que el ejército acampaba en el mismo sitio.

— Capitán! Capitán! El comendante lo anda buscando, — díjole el pardo.

Clareaba la madrugada, — una madrugada gris, hú-

meda y fría. El pasto estaba empapado. Por toda la extensión se veían grupos de gentes y caballos. Algunas humazas denunciaban que hacía rato los criollos se reponían con el mate.

— Capitán, — le ordenó su jefe, cuando compareció a su presencia, — lleve este parte al Coronel Chiquito.

¿Qué sabía él del parte? El otro secretario lo hacía todo; era el verdadero confidente del jefe. A él no se le decía, no se le consultaba nada. Era un verdadero cero a la izquierda. Se sentía humillado en aquel puesto que sólo desempeñaba titularmente.

— Lo hallará en aquella lomita, vé?

— Sí, comandante.

— Bueno; es de apuro.

Y así dejó la vanguardia, — porque luego Chiquito lo retuvo a su lado, — sin conservar de su actuación en ella más que el recuerdo de una pesadilla, — una marcha porfiada, fatigosa, cruel, siempre a trote y galope, al través de campos desconocidos, perdido el rumbo, y en medio de noches espantables de tinieblas, en las que a cada minuto esperaba oir el crepitar de las balas del enemigo, escondido en algún rincón, entre aquellas sombras, no sabía dónde...

VII

El 18 de Marzo las fuerzas de Aparicio Saravia habían atravesado la ciudad de Melo con dirección a Arbolito, en medio de un entusiasta recibimiento hecho por la población, en su gran mayoría nacionalista. José María conservaba aún en la retina la visión de aquella ciudad pequeña, triste, con algunas casas de tejas, de fisonomía colonial, pero animada durante el pasaje del ejército por la presencia de multitud de mujeres y chicuelos que los vivaban y aplaudían. Recordaba, sobre todo, la nota de color, alegre y regocijada, que ponían cuatro o cinco muchachas en pie sobre un banco, frente al Hotel de Isasa, con grandes moñas celestes en el cabello. Una de ellas, morochita, regordeta y agraciada, chillaba sus ¡vivas!, frente al tropel de gauchos ya deshilachados y rotos por los rigores de la cruzada, hasta ponerse roja como una guinda. Ese día, el ejército pernoctó en los campos de la viuda Elvira, a legua y media de Arbolito.

En la madrugada del 19, Chiquito se puso en marcha hacia este paraje, siguiéndole, horas después, Aparicio. Sabíase ya que las fuerzas gubernistas, al mando del general Muniz, se hallaban cerca del Paso de Guazú - Nambí. La batalla era inminente.

Era una mañana nebulosa, húmeda y triste. Los campos parecían envueltos por cendales grises, que disimulaban traidoramente los objetos. Por eso el comandante Antonio Mena, que iba en descubierta a la vanguardia, se topó casi bruscamente con el destacamento del mayor Derquin y del jefe político de Cerro Largo, don Gumer-

sindo Collazo, que la noche anterior acamparan en las islas del arroyo Parado. El tiroteo, quebrando repentinamente la quietud de la madrugada, sorprendió a Chiquito cuando se hallaba mateando con sus oficiales en la pulpería de Falco, distante unas veinte cuadras del arroyo. Hubo un momento de atención entre los revolucionarios; todos comprendieron, instintivamente, que algo grande y solemne se preparaba.

Entre un grupo de camaradas, Ciriaco Cruz irguió altanero su busto, brillantes las pupilas, regocijada su fibra salvaje:

— Empezaron los cuetes: aura va a ser la fiesta, — dijo.

José María, en vez, experimentó una indefinible emoción. ¿Qué iba a resultar de aquel combate? ¿Qué suerte le estaba a él destinada? ¿En qué paraje, en qué sitio de aquel gran campo desconocido tendría que batirse? ¿Les esperaba el triunfo o la derrota? Y más quedo, más escondidamente, allá en quién sabe qué misterioso rincón de su ser, la angustia secreta del instinto: — ¿no me tocará a mí en este día quedar tendido por ahí, entre los pastos?

Se encaminaba hacia la pulpería, cuando se cruzó con el jigantón.

— Parece que es para hoy el baile, — dijo.

— Parece — repuso concisamente Cruz.

El gaucho se quedó mirando de atrás al joven secretario. Luego, sacudiendo levemente la cabeza, como respondiéndose a una muda interrogación, murmuró:

— Ya veremos.

El tiroteo, lejano, recrudecía. Evidentemente las avanzadas tomaban más íntimo contacto. En la amplia extensión, los tiros sonaban como leves cohetes.

Así transcurrió el tiempo. Chiquito, muy tranquilo, seguía tomando mate. ¿Por qué no movía su gente? ¿qué esperaba? José María no comprendía nada.

Cerca de las siete, hubo un movimiento en el campo. ¿Es que la vanguardia, destacada sobre el arroyo, retrocedía hacia la pulpería? No; rápidamente se supo lo que aquello significaba. Un oficial de Mena llegaba con un parte anunciando que Derquín acababa de entregarse con su gente y un carro de municiones.

Todos los rostros se iluminaron de alegría. La jornada comenzaba bien. Aquella defección del jefe gubernista podía minar el poderío del ejército de Muniz. Ya nadie dudó de la victoria. El mismo Chiquito, que tomaba en la mañana de Arbolito su último desayuno, volvió el rostro risueño y confiado, y dijo a uno de sus oficiales:

— A esa oveja la vamos a esquilar muy pronto.

Se refería a Justino Muniz, a quien odiaba con todo el fuego de su alma joven. El jefe gubernista, tránsfuga de su mismo partido, acaso por rivalidad personal con los Saravia, acaso por su devota vinculación con el diputado Juan José Segundo, era la "bête noire" del ardiente caudillo. De buena gana, a la usanza medioeval, hubiera él substituído la suerte de aquella batalla a la de un duelo personal en campo abierto y a lanza corrida con el campeón adversario.

Pero ya la batalla se formalizaba. De uno y otro lado, el fuego era cada vez más nutrido. Evidentemente entraban en combate nuevas unidades. Lejos, al través de la niebla, se veían avanzar grupos de gente apresuradamente y a poco las descargas extendían su radio. Chiquito había montado e impartía órdenes, al cabo. Sus ayudantes salían en todas direcciones al galope. Sólo la caballería estaba inactiva.

El frente de batalla de los revolucionarios era realmente extenso. Partiendo de una honda quebrada que existe al pie de las puntas del Cerro Largo, donde apoyaba su extrema derecha, continuaba por detrás del edificio de una escuela pública, pasaba por las casas de Perdomo, Andrés Vázquez, la pulpería de Falco y la casa de don Ramón Líbano, yendo a apoyar su extrema izquierda en una manguera de piedra existente en la misma propiedad de Líbano, formando un semicírculo de unos seis kilómetros de extensión. A retaguardia, desde el Cerro de la Divisa, Saravia dominaba todo el campo.

De pronto, la neblina empezó a rasgarse, y entonces pudo verse la importancia de las fuerzas combatientes. El jefe gubernista tenía bajo su mando unos 2.000 hombres; Saravia contaba con 2.500 revolucionarios. ¿De dónde ha salido tanta gente? — parecía preguntarse el estudiante de medicina, asombrado de aquel espectáculo que la disipación brusca de la niebla hacía casi feérico. Y un poco del entusiasmo que enardecía a sus compañeros empezó a reanimarlo.

Pero ya las caballerías se movían. ¿Dónde iban? Las divisiones marchaban en opuestos sentidos. El joven secretario, novel en el arte de la guerra, no entendía nada absolutamente de todo aquello. Sólo advertía que la intensidad del fuego recrudecía. Pero no veía ningún avance; ningún retroceso tampoco: la necesidad de todos esos desplazamientos de fuerzas se le escapaba por completo.

Tuvo que partir, a su turno, con una orden. Si en el ala derecha de Muniz la Urbana parecía vacilante, en cambio, en la izquierda, el 3.° de caballería resistía porfiadamente. Saravia empezó a impacientarse. Aquella resistencia le enconaba. Había que intentar una carga para definir un poco las cosas. José María llevaba una orden

Al acercarse a la línea de fuego, el bisoño secretario creyó que vivía una vida nueva. Un sentimiento extraño enervó todo su ser. Tuvo miedo. Cada paso de su caballo al galope parecía hundirle en un antro de muerte. El ruído de las descargas se hacía cavernoso, tremendo, lúgubre. Los grupos de combatientes se veían ahora claramente. En algunos parajes, la humaza de los disparos señalaba dos líneas a doscientos metros, apenas, una de otra. Más lejos, allá atrás, sobre el campo enemigo, un tropel de gentes a caballo cruzó al galope. Un acre olor de pólvora envenenó de golpe la pituitaria de José María. Después, al aproximarse más a la tropa para la cual llevaba la orden, dejó de ver el campo de batalla y sólo distinguió un rincón de la gran tragedia.

Los hombres combatían tendidos en el suelo, haciendo funcionar sus armas con porfiada precisión. Algunos se arrastraban con cuidado para aprovechar mejor un accidente del terreno; otros, huraños, torvos, enconados, completamente ajenos al parecer a cuanto les rodeaba, ponían una rodilla en tierra para apuntar mejor su arma sobre el grupo de enemigos que veían, del otro lado, avanzar cautelosamente. Y siempre aquel continuo repiqueteo de las descargas, continuado, tenaz, que se acentuaba a veces en borrascosas ráfagas de muerte. José María advirtió de pronto algo así como el fugaz zumbido de un moscardón; luego, casi en seguida otro; sólo después de un instante se dió cuenta que eran balas de máuser que habían pasado sobre su cabeza. Enardecido entonces, haciendo esfuerzos para dominar un principio de pánico, continuó avanzando. Ahora tenía prisa en desempeñar su comisión. Se cruzó con varios heridos que se retiraban de la línea de fuego, mudos, reconcentrados, lívidos, con un principio de fiebre en la mirada; arras-

trándose algunos penosamente, salpicadas las ropas de sangre. Y advirtió también, aquí y allá y un poco más lejos, cuerpos inmóviles, rígidos, en posturas extrañas, mal disimulados por los pastos, entre charcos rojizos que manchaban el esmeralda del campo...

En frente, muy cerca ahora de donde estaba, infinidad de bocanaditas de humo blanco se elevaban al ras de tierra, precediendo el ruído cascado de las descargas. Las notas claras y revibrantes de un clarín sonaron a la distancia, y casi de inmediato otro toque de clarín, más próximo, pareció contestar al primero. Oyó gritar unas órdenes por una voz dura y áspera. Luego, un recrudecimiento del fuego de fusilería ahogó todos los otros rumores de la batalla. Y, de súbito, como una visión dantesca, entre un redoble creciente de cascos sobre la tierra, vió cruzar cerca de allí, a su derecha, un escuadrón de lanceros.

Medio atolondrado por la vorágine del combate que le rodeaba, miró la carga. El tropel de gauchos, tendidos sobre los cuellos de sus caballos voladores, pasó en una racha de temporal, se hundió en el bajo y de pronto resurgió del otro lado, entreverado ya con el enemigo. Un sordo clamor, raudo, salvaje, se fundió entonces con las crepitaciones de la fusilería. Para ver mejor, él y el jefe de la vanguardia, se empinaron. Pero ya la carga, deshecha, volvía grupas, en desorden, desbandándose.

—¡Flojos! — masticó el jefe.

Los clarines reanudaban sus aullidos. Las descargas parecían multiplicarse. Gritos y juramentos del lado del entrevero. Algunos caballos cruzaron al galope, sin su jinete.

— ¿Qué fuerza está ahí en frente? — preguntó entonces José María.

— El 3.° de Caballería. Duros de pelar, los indios, — contestó su interlocutor. Volviéndose luego hacia un ayudante: — Que los tiradores se recuesten más a la izquierda. Vamos a ayudar la carga que ha de volver.

El ayudante dió media vuelta para ir a cumplir la orden, y, de súbito, sin un grito, como un árbol tronchado por la base, se desplomó.

— Ya estuvo, — exclamó el comandante; — ¡pobre muchacho! A ver, usted, capitán, hágame el favor...

Reyes partió, corriendo; casi espoleado por el miedo. Tan rápido corría, que de pronto dió un paso en falso sobre una desigualdad del terreno y rodó como una pelota. Se alzó, medio atontado y emprendió de nuevo la carrera.

— Que los tiradores se recuesten más a la izquierda. Va a dar otra carga la caballería.

La carga se producía ya. El tropel de los caballos y la gritería de los hombres cruzó el campo como un aletazo frenético. Y allá abajo, redoblaron las lúgubres descargas.

— Más a la izquierda... Más a la izquierda... ¡Vamos, rápido!...

La voz de mando pasaba de uno a otro. Los tiradores se desplazaban con agazapamientos de tigres.

— Más a la izquierda... Más a la izquierda...

Sobre la lomada opuesta, la fuerza gubernista empezaba a ser arrollada. Los lanceros revolucionarios se revolvían como demonios en medio de una hornalla de fuego.

—¡Lindo, no más! — murmuró alguien, al lado de José María. — Empiezan a aflojar los salvajes.

Pero, en ese momento, cayó sobre los asaltantes una tromba formidable. Era la escolta de Muniz. Sorprendidos, desorganizados, cercados por todos lados, los lanceros de la revolución empezaron a desbandarse.

Fué entonces que Chiquito Saravia intervino personalmente en el combate. A la vista de su enemigo, de aquel odiado Muniz, no pudo refrenar su ardor guerrero. Un hálito de demencia le revolvió el pensamiento. Se olvidó de que allí era él un jefe, que estaba allí para dar órdenes y no para cargar a lanza, como un soldado cualquiera. El coraje le ardió en las venas; olvidó toda prudencia; no fué más que uno de aquellos gauchos de la tradición heroica; y, lo mismo que el otro Aparicio en la batalla del *Sauce,* requirió la lanza de una manotada, puso al freno su caballo que resollaba fuego, y partió como un viento de tempestad, aululante, frenético, arrollador, seguido por la avalancha salvaje de sus hombres.

A juzgar por la altura del sol, sería entonces la una de la tarde. La batalla estaba en su apogeo. Sobre el rumor, ahora ininterrumpido, del fuego de fusilería, cruzó el terrible galope de la atropellada.

— Pero, ¡si es el Chiquito! — clamó, estupefacto, el jefe de la vanguardia.

Era Chiquito, en su zaino, con el alférez Chalar, en un tordillo, que bajaban como relámpagos sobre el enemigo. Y tal como un ariete formidable va a abrir un hueco en una muralla de piedra, desmoronándola entre una nube de polvo, así cruzó el caudillo nacionalista entre las filas del gobierno, rompiéndolas, apartándolas con su indomable galope. Ebrio de sangre y de furor, lanceó el gaucho bravío a un soldado; con el regatón de la lanza

apartó a derecha e izquierda a dos más que dejaba a retaguardia, y sólo pudo contener su impulso frenético cuarenta metros más allá de la línea de combate.

Delante de Chiquito y de Chalar corría un teniente de las fuerzas de Muniz, huyendo de la atropellada. Mas al advertir de pronto, que cesaba el galope de sus perseguidores, dió vuelta la cabeza. Una bala había herido al zaino del caudillo blanco, y éste, al verse a pie, se disponía a montar el tordillo de su alférez. Fué entonces que Chiquito recibió un balazo en el lado derecho del cuerpo. Era una herida mortal; pero, indomable, lleno de sangre, se cogió a la crin del caballo, queriendo pelear todavía...

El teniente que huía sofrenó de golpe su animal, volvió grupas, y, desanudando sus boleadoras, lanzó un tiro para maniatar al tordillo. Mal dirigido el golpe, en vez de bolear el caballo, las guascas se ciñeron al cuello de Chiquito, derribándolo al suelo. Y allí, en el suelo, le atropelló el teniente.

—¡ No lo mate, teniente, que es el Chiquito! — gritó Chalar, que acababa de ser derribado, a su vez, por otro balazo; pero ya era tarde: la espada del militar había bajado como un rayo, partiéndole el cráneo al caudillo nacionalista.

La imprudencia del arrebatado Chiquito decidió la batalla a favor de su enemigo. Ya las caballerías se retiraban en desorden, dejando el tendal de muertos. Quisieron, en vano, los fusileros contener el avance de las tropas de Muniz: éstas se les venían encima furiosas, como una ola incontenible. Desalojado de sus posiciones Ignacio Mena, los gubernistas sentaron el pie en la cañada del Parado. Entonces, Saravia ordenó la retirada. Eran las tres de la tarde.

VIII

— Está triste esto; paice la fin del mundo, — dijo Margarito, devolviéndole el mate a su mujer.

Para que un criollo encuentre triste y solo el campo, es preciso, en verdad, que no queden en él ni las alimañas. Y estaba triste, en efecto: en todo el día la mirada no descubría alma viviente en la vastedad de los confines. No quedaba un caballo en todo el pago, y los vacunos, los pocos que por allí había, debían haberse internado en el monte. Por la noche, las claudicantes lucecillas que antes denunciaban, aquí y allá, a lo lejos, el rancho de fulano o de zutano, también se habían apagado. O las viviendas estaban abandonadas, o sus moradores se muraban bien, sin dejar resquicio, apenas bajaba el sol. Una quietud, un silencio imponentes, se abatían sobre la naturaleza, y, si, por acaso, piaba algún pájaro durante el día o por la noche chirriaba una lechuza, el grito, perdido en el hondo silencio, solo, aislado, caía como en un antro de muerte.

— Va pa sais días que no vemos a naides, — comentó Baudilia, volviendo con otro mate. — Hasta la chiquilinada ha juído de la escuela.

Margarito, sentado en un banco, al lado de la cocina, sorbía lentamente el mate, errante la mirada por los campos, que se azulaban con el crepúsculo. Por primera vez acaso, en su vida, se encontraba tan solo y tan aislado, con aquel éxodo de gentes y la paralización total de todas las faenas camperas. En cuanto a Baudilia, parecía no ex-

trañar la soledad; dijérase, más bien, que se avenía mejor su espíritu con ella.

—¿Y qué será de la vida de misia Ramona, sola, la pobre, con Faustino y la parda?

Él iba a exponer sus suposiciones sobre aquel tema, cuando de pronto se detuvo, escuchando. Su finísimo oído de gaucho acababa de advertir un rumor lejano, inusitado.

— Escuchá...

Baudilia, que recogía el mate, prestó atento oído.

— No oigo nada...

— ¡Pst! — hizo él.

Nada. Un profundo silencio, como siempre, se abatía sobre el campo. Creía ya haberse equivocado, e iba a pegar la hebra sobre la interrogación formulada antes por su mujer respecto de la viuda de don Carmelo Antúnez, cuando por segunda vez se detuvo intrigado.

— Se me hace ruído de caballada, — dijo.

Púsose en pie, dió la vuelta a la cocina y escrutó con su aguda mirada el paso del bajo, disimulado por el monte.

— Sí, aura me parece a mí también... — murmuró Baudilia.

Del rancho grande, sin verlos a ellos, salió de repente Canelón como una flecha, avanzó varios metros, y lanzó unos ladridos en dirección del bajo.

— Ya decía yo, — arguyó Margarito.

— ¿Quiénes podrán ser?

— Gente del gobierno o revolucionarios, vaya a saber. Si no vienen p'acá, sólo los veremos cuando trepen por la lomita del zurdo.

No se equivocó Margarito. El rumor se desvaneció por completo; pero, diez minutos después, empezó a subir

por la lejana loma una tropilla suelta de caballos. Por los flancos de ésta se advertían varios jinetes, armados a lanza.

— Allá van, — indicó Margarito; — es gente de los revolucionarios.

La diminuta aparición palpitó algún tiempo como una figura chinesca sobre la lomada y luego, trasponiéndola, se perdió de vista.

— Se fueron, — dijo Margarito, volviendo a su asiento.

Pero, en el mismo instante, comenzó a ladrar Canelón furiosamente, avanzando hacia el bajo. Baudilia y Margarito tornaron a salir.

— Alguno viene p'acá, — dijo él.

En efecto; de un abra del monte, surgió repentinamente un jinete, y casi en seguida otro, los que apareándose luego, tomaron el galope, derechos sobre el rancho.

— Margarito... — murmuró Baudilia, con un ligero temblor en la voz.

— ¿Qué hay? — replicó varonilmente él; — son dos, nada más. No siás zonza. Dentrá. Ya veremos qué quieren.

Entró también él a la casa, se metió un pistolón en el bolsillo, y salió en seguida.

— ¡Canelón! ¡Aquí, Canelón!

El perrazo, rezongando, se le acercó.

— Quieto, Canelón; hay que ver quiénes son estos mozos.

Los dos jinetes llegaban al galopito. Eran dos hombres mal entrazados, sucios, rotos. El uno venía armado de lanza y el otro con carabina.

"Estos deben ser de la partida aquélla", pensó Margarito, tranquilizándose y saliendo al medio del patio. "Vienen a agenciar algo".

La verdad es que la figura y el aspecto de los dos recién llegados no era para inspirar confianza a nadie; pero, en tiempo de guerra, no llama mayormente la atención el ver hombres con trazas de bandidos. La vida ruda del campamento, las malandanzas de las marchas, las inclemencias del tiempo, los sufrimientos y trabajos, convierten al más estirado de los doctorcitos en un tenebroso de cine. Aquellos dos revolucionarios iban vestidos de jirones, sucios, puercos de barro, con trapos descoloridos. El de la lanza era un paisano cincuentón, bajito, rechoncho, con todo el rostro cubierto de pelos. Tenía todo el aspecto de un desgraciado y no hubiera producido a nadie repulsión si no fuera por sus ojos, unos ojos falsos, solapados, malos, que querían ser tiernos y miraban de soslayo en rápidos disimulos, que parecían puñaladas. Su compañero, el de la carabina, era un hombrote joven, flaco, alto, aindiado, de color de cobre, con unas cerdas punteagudas por bigote. Tenía una enorme cicatriz sobre el costado derecho de la boca, que le daba un extraño aspecto de ferocidad. Llevaba un poncho patrio lleno de remiendos y costuras y calzaba alpargatas inmundas. Al llegar, sofrenaron, cambiaron una mirada y dijeron casi a un tiempo:

—Güenas tardes.

—Güenas, — respondió Margarito. — ¿Qué se les ofrece, amigos?

—Perdone si molestamos, — adujo entonces el más viejo; — vamos arriando una caballada. Semos de la gente del coronel Núñez. Entonces, cuando vadeamos el paso en la cañadita esa, el teniente vió estas poblaciones y nos dijo: "A ver, muchachos, alléguense a esas casas, a ver si consiguen un poco de yerba". Ya ve, no tenemos ni un "palito" pa meter en el "porongo".

— Eso es, — certificó el indio.

Margarito los observaba con disimulo. Cuando el otro concluyó de explicarse, preguntó:

— ¿Y caña? ¿No tienen caña?

— ¿Caña? ¡Diande! Dende que empezó la patriada no la hemos visto. ¡Ojalá!

— ¡Si hubiera caña! — agregó goloso el indio.

Los dos hombres se miraron, sonriendo. Aquella sonrisa convenció a Margarito. "Son dos pobres diablos", se dijo a sí mismo; "voy a darles un gusto". Y entonces, campechanamente, invitó:

— Bajensén, si gustan. Les viá a trair yerba y caña.

Los dos jinetes echaron pie a tierra. Margarito se encaminó al rancho grande. Pero, no había andado cuatro pasos, cuando sonó un tiro.

Al caer, de rodillas, herido en la espalda, hizo un esfuerzo para volverse hacia sus victimarios.

— ¡A traición, cobardes! — barbotó.

Dentro de la casa, vibró un alarido de mujer. El perro, Canelón, avanzó, mostrándole los dientes a los foragidos. Margarito pugnaba por sostenerse con una mano contra el suelo, mientras con la otra buscaba en el bolsillo la pistola.

— Apurá, ché, — dijo el viejo al indio.

Baudilia había aparecido en la puerta del rancho, enloquecida, tremante, la faz demudada.

— ¡Margarito! ¿qué fué?

—Despená a ese; yo me encargo de la mujer, — ordenó el viejo.

Entonces el indio avanzó sobre Margarito, sacando su cuchillo del cinto. Pero ya Margarito había logrado empuñar su pistola e hizo fuego.

—¡Maldi..., — rugió el indio, herido en mitad del pecho; y fué a caer cerca de Margarito.

Entre tanto, su compañero enderezaba hacia Baudilia, que no se animaba a acudir a su esposo.

—¡Aura te arreglo yo! — vociferó, entre dos juramentos.

Baudilia dió media vuelta y salió huyendo a campo traviesa, lanzando alaridos de pavor.

El otro quiso perseguirla, pero el perrazo le avanzaba sin darle respiro. Tuvo que dejar a la mujer para atender a Canelón.

—¡Maldito perro!

El indio, por su lado, gravemente herido, pero loco de furor, se arrastraba penosamente hacia Margarito, que se había desmayado. Al fin llegó a él, se incorporó haciendo un supremo esfuerzo y le buscó la garganta:

—Te viá a dar, sarnoso! — masticó.

Le sujetó por los cabellos, apoyándose en un codo, y reuniendo todas sus fuerzas, le hundió el cuchillo en la garganta, cortando después para afuera. El acero penetró en las carnes y rasgó los tejidos y las venas. Un chorro de sangre saltó sobre la tierra del patio. El cuerpo del desdichado Margarito viboreó un instante, tuvo uno o dos estremecimientos y al fin quedó exánime.

—Ya'stá, — hizo el indio, resollando fuerte.

Pero, él también se moría. Llamó a su compinche, con voz tartajosa:

—Apar... cero...

El otro tenía bastante que hacer con el perro. Apenas pretendía alejarse, o descuidaba la guardia, Canelón se le iba encima, con los ojos inyectados de sangre. Entonces, cuando empezaba a fatigarse de tirarle inútilmente

puñaladas al perro, que las esquivaba con rápidos brincos, vió en el suelo, al lado de Margarito, la pistola con que éste había herido a su compañero. Una idea fulguró en su cerebro: "puede que tenga otro tiro". Y, sin descuidar al animal, que redoblaba sus asaltos, avanzó rápidamente y cogió la pistola. Apretó un gatillo y sonó un tiro. El perro dió un salto en el aire y quedó seco.

— ¡ Por fin! — rugió con gozo indecible el bandido, secándose con el reverso de la mano el sudor que perleaba en su frente. — ¡ Maldito perro!

Giró entonces la vista en derredor, buscando a Baudilia; pero ésta había desaparecido.

— No li hace. Vamo a carchar lo que haiga.

Le sacó el reloj de oro a Margarito y el dinero que llevaba encima. Dentro de la casa halló un rebenque con virolas de plata. Todo lo hizo suyo. Después, perdió más de media hora buscando el frasco de caña. Sólo cuando lo hubo encontrado se le ocurrió que se le hacía tarde.

— ¿Y mi aparcero? — murmuró. — ¿Habrá estirao tamién la pata?

Fué a contemplarlo. El indio había muerto.

— Mejor; ansí no hay partija.

Sin apresurarse mucho, fué a su caballo, montó y se alejó al trotecito.

IX

Apenas traspuesta la loma del zurdo — según la designación que le diera Margarito, — Juan de Dios, que dirigía con veinte hombres la operación de arrear la caballada, mandó hacer alto.

— Aquí podemos tomar un resuellito, — dijo. — Entre tanto, vamo a ver si nos alcanzan esos dos sotretas.

— ¿Celedonio y el indio? — contestó un mocetón ceceoso y picado de viruelas, que oficiaba de cabo. — Esos, si han pescao caña, ya tienen pa rato. Además, que yo no los hubiera mandao a ellos a las poblaciones.

—¿Por qué? — preguntó Juan de Dios. — Ellos mesmos se ofertaron.

— Usté no los conoce, teniente; yo sí. Son de mi pago. Unos bandidos.

— ¡ Mirá! ¿Entonces?

— Capaces de abusar.

Juan de Dios se quedó pensativo. Pero, al cabo de un instante, sus ideas cambiaron de rumbo. Se hallaba sobre el bañado de Carpintería, y, según sus informes, por allí no más debía estar la casa de Baudilia. Atenaceado por aquel pensamiento que no le abandonaba, sobre todo ahora que su comisión le había llevado a los pagos de ella, se puso en pie, se desperezó extendiendo los brazos, y giró la vista alrededor. El rancho del zurdo se hundía allí cerca, al borde del bañado.

— Viá a dir hasta la cueva de ese aperiá, — dijo a su subalterno. — No pierdan de ojo los caballos.

Ya junto al rancho, le costó un triunfo hacer asomar al viejo. Sus "Ave María" de llamada resonaban sin eco. Al cabo, asomó el hombre, temblando.

— Güenas tardes, paisano. No tenga cuidao; semos gente de bien.

— Ya veo, sí, — afirmó el zurdo, más para adular al forastero, que por convicción. Y agregó, melifluo: — ¿En qué puedo servirlo?

— ¿No sabría decirme pa qué rumbo queda la casa de don Margarito, uno que jué capataz de los Laureles, casao con una tal Baudilia?

— ¿Y cómo no he de saber, si son vecinos? — repuso muy amable el viejo.

Juan de Dios sintió que el pecho se le hinchaba de alegría.

— ¿Ah, sí?

— Vea, hace poco no más, deben haber pasao ustedes por el fondo del campo de Margarito. ¿Ustedes vienen de allá, por el camino, no?

— Mesmo.

— Güeno. Entonces pasaron al lao de una cañadita. Hay una barranca. Después un abra, sobre el paso. Dende allí se ven las casas, un rancho grande, nuevo, y otro más chico. Tamién hay dos embuses.

— Son los mesmos, de juro, — dijo Juan de Dios, recordando que al ver aquéllos, fué que Celedonio y el indio le propusieron ir a comprar un poco de yerba.

Dió las gracias al zurdo y se volvió. Mientras regresaba, iba pensando en las casualidades con que nos sorprende la vida. Al pasar junto al abra, había tenido el pensamiento de acampar allí y de ir personalmente hasta las casas para hacer la averiguación que ahora había

hecho en lo del zurdo; pero después, como aún había luz, quiso seguir un poco adelante, para darse bien cuenta de la posición del bañado que tenía que orillar. Un poco más y se hubiera dado de manos a boca con la mujer por quien vivía su corazón.

Al regresar, cerrada la noche, junto a su gente, el cabo se le aproximó:

— Teniente, ya golvió Celedonio. Ai está el hombre.

— ¿Y el indio?

— Dice Celedonio que se ha resertao; que estaba aburrido de la patriada.

— ¡Chancho!

— Teniente...

Juan de Dios alzó los ojos y miró al cabo. En seguida advirtió que éste deseaba decirle algo más. Se apartó un poco e incitó:

— Desenrolle, pues, amigo.

— Teniente; yo creio que hicimos mal en dejar dir a aquellos ranchos a Celedonio y el indio. Pa mí, que han robao.

— ¡Ah! — hizo Juan de Dios. Y con creciente afán: — Hablá, pues, pronto.

— Celedonio ha güelto medio mamao. Trujo un rebenque de plata y otras cosas. Indalecio las vido.

— Llamame a Celedonio.

El cabo se iba ya, cuando Juan de Dios volvió a llamarlo.

— No, mirá. No digás nada. En un galopito me largo hasta allá, pa averiguar. Churrasqueen.

— Ta bien, teniente.

— Y... — recomendó Juan de Dios, cogiéndose am-

bos labios con el índice y el pulgar, en un gesto elocuente de silencio, — ¿me entendés?

— Pierda cuidao, teniente.

Juan de Dios aparejó un caballo, montó despacio y salió al trotecito.

La noche había cerrado por completo; una radiante noche vestida de luna. Los campos se extendían silenciosos, serenos, como encantados. Tal que espolvoreados de yeso, los árboles surgían fantasmales. El firmamento todo tenía una claridad lechosa, que desvanecía en orientes de perla la luz de las estrellas.

Juan de Dios galopaba ahora rumbo a la cañada. La soledad era tan grande que ni siquiera infundía miedo. Al volver un recodo, descubrió sobre el camino el enorme zanjón que había visto por la tarde. El caballo aminoró la marcha y pasó bufando. Después, más adelante, cruzó un charco, que también recordó haber visto, a la luz crepuscular, como una gran mancha sucia: ahora parecía una lámina de zinc bajo el plenilunio. Continuó galopando. Al salir de la hondonada, distinguió bruscamente el monte: era un largo y sinuoso festón obscuro sobre la neblina luminosa de la noche. Buscó el paso. Volvió hacia atrás creyendo haber traspuesto el abra; pero el detallecito de un nido de horneros sobre un poste le recordó que aquélla debía estar más adelante. Halló por fin la senda y empezó a internarse al paso de su cabalgadura. Un tala le arañó al llegar al agua. Una alimaña invisible huyó entre los pastos. La sombra le envolvió un instante, en medio de la maraña; luego empezaron a espaciarse los árboles y arbustos sobre el declive del bajo, y por fin fué otra vez la luz feérica, grisácea, luminosa de la noche imantada. Delante de él tenía una vasta extensión clara, como de día, y allá arriba, sobre la cuesta, recortando el fir-

mamento, las sombras opacas de dos ombúes y los ranchos. Al acercarse más a las poblaciones, pudo ver, entre los dos ranchos negros, el brocal de un pozo, plateado de luna.

Llegó, contorneó la cocina, y dió una gran voz:

— ¡ Ave María !

El son de su voz, en aquel silencio inmenso y grave, le admiró a él mismo. Esperó un momento, mirando a su alrededor, y repitió más fuerte:

— ¡ Ave María !

El mismo silencio de muerte. La soledad y mudez de la noche eran realmente imponentes: tenían algo de sagrado. Experimentó como una sensación de frío.

— ¡ Gente de paz ! — clamó, haciendo adelantar su caballo hacia el rancho grande.

Pero, de súbito, sintió que el corazón le daba un vuelco dentro del pecho. Al mismo tiempo que su caballo roncaba por las narices, ladeándose con desconfianza, él advirtió en el suelo, frente a la puerta de entrada, unos cuerpos humanos que diseñaba en relieve la claridad nocturna.

Se tiró del caballo y manteniéndolo de la rienda, se acercó. Eran los cuerpos exánimes de Margarito y el indio, en medio de unos charcos negruzcos. Un poco más allá estaba el perro.

— ¡ Juna gran !... — barbotó Juan de Dios; y, nervioso ya, imaginando la tremenda tragedia, acongojado por la suerte de Baudilia, ató rápidamente el caballo junto al pozo, y contorneó el rancho, llamando:

— ¡ Baudilia ! ¡ Baudilia !

Entró a la cocina y halló aún el rescoldo en el hogar. Salió de allí corriendo y enderezó al rancho grande:

— ¡ Baudilia ! ¡ Baudilia ! ¡ Soy yo, Juan de Dios !

Nada. El rancho estaba vacío. Las prendas y muebles que en él había, parecían revolucionados: indudablemente, dado lo hacendosa y prolija que era la muchacha, aquel desorden revelaba que por allí había pasado un ladrón. Entonces, tornó a salir, se apartó de las casas, y, solo, en medio de aquel océano de claridad lunar, clamó repetidamente:

— ¡ Baudilia! ¡ Baudilia! ¡ Soy yo, Juan de Dios!

Allá abajo, distinguió la silueta negra del rancho del vasco. Corrió hacia su caballo, se le "enhorquetó de un salto" y salió a la carrera, chicoteando a dos lados.

— ¡ Ave María! ¡ Gente de paz! ¡ Abra, amigo, por favor!

No contestaron a su llamado; pero un leve rumor le denunció que el rancho no estaba deshabitado. Golpeó con su rebenque en la puerta, aduciendo:

— No tengan miedo. Soy un amigo. Han muerto a Margarito y quisiera saber si está aquí Baudilia, su mujer.

Entonces, sin dejarse ver, contestó el vasco.

— Aquí no está. No hay ninguno.

— Pero, ¿no la ha visto? ¿no sabe d'ella?

— No la he visto; no sé nada, — repitió la misma voz, al través de las paredes.

Juan de Dios quedó perplejo un momento. Después, recobró las riendas y empezó a correr campo. Buscaba al acaso, loco, angustiado, clamando, a voces, en la dirección del monte:

— Soy yo, Juan de Dios, ¡ Baudilia!

Así anduvo horas. Fatigado, descorazonado al fin, tornó a buscar el paso. Salió al camino y emprendió el regreso, escrutando con la mirada los alrededores, con la última esperanza de descubrir a la Calandria.

Unas nubes velaban ahora la luna. La naturaleza se ensombrecía, se tornaba más misteriosa y salvaje, se hacía enemiga. Apenas se apeó en el campamento, vino a él el cabo:

— No hay novedad, teniente.

— Tráiganme a Celedonio.

Y cuando compareció el otro, medio adormilado, le interrogó de golpe:

— ¿Ande está la mujer del hombre que asesinaron allá abajo?

El viejo regordete se despertó del todo.

— ¿Qué dice? — arguyó a su vez.

— ¿Ande está la mujer del hombre que asesinaron y robaron con el indio, allá en el patio, frente al rancho grande, al lao del pozo?

— ¿Y yo qué sé! Yo no maté a naides. Ella juyó.

— A ver, cabo, — ordenó entonces Juan de Dios: — codo con codo y bien sujetao.

El viejo tuvo un ademán de rebelión o de huída:

— ¿A mí? ¡con la uña!

Juan de Dios no pudo dominar su impulso:

— ¡Tomá, bandido! — espetó; y de un mazazo, con el mango del rebenque, lo dió contra el suelo. Después, recobrando la calma, con tranquilidad:

— Cabo, hasta que entreguemos a este hombre al comandante Cruz, usté me responde d'él. Y aura, a marchar.

El nuevo día se aproximaba, y, sin embargo, la noche parecía más obscura. La comisión reanudó su marcha arreando la caballada.

X

Haciendo breves altos, para dar un resuello a los caballos y permitirles unos mates y una "pitada" a los flanqueadores, la "comisión" continuó el "arreo" de los animales durante todo el día siguiente. Una gran polvareda, a ras del suelo, se alzaba tras el paso del obscuro tropel y sobre las colinas cercanas resonaba extraño y plañidero el monótono "hop, hop" de los mocetones. Y así iba, a lo largo de los caminos negruzcos o trepando por las cuchillas esmaltadas de verde, o hundiéndose en las hondonadas montuosas, con sordo ruido de cascos, aquella masa informe y confusa de caballos y jinetes, en un turbión de crines, de despavoridas cabezas de animales, de agudas lanzas con banderolas y de ponchos al viento.

Juan de Dios no cesaba de pensar en Baudilia. ¿Qué sería de ella? Se la representaba huyendo por los campos, enloquecida de terror, sola, sin amparo, expuesta a todos los peligros. Acaso, si había tenido a mano algún caballo, se dirigía en esos momentos a la Estancia de Antúnez; acaso también se refugiara en casa de algún vecino; acaso, perdida en el monte, exhausta de correr sin rumbo, loca de desesperación, se moría de fatiga y de miedo en algún rincón ignorado. ¿Qué sería de la desdichada?

Y aquella catástrofe la había ocasionado la codicia y crueldad del bandido que cabalgaba delante de él, maniatado sobre el caballo, entre el cabo y un soldado. ¡Y

aquel hombre quedaría impune, porque en tiempos de guerra no hay autoridades; mientras que a él, por un miserable tajo, le habían encerrado cinco años en la cárcel! Pues bien: si el comandante Cruz no hacía justicia, ya le saldaría él las cuentas al foragido.

Cuando, al fin, después de otro día de marcha al través de campos siempre solitarios, alcanzó a la gente de Saravia, se presentó de inmediato a su jefe para darle cuenta de su comisión. No había hallado a Lamas, pero traía los caballos.

— Lamas está aquí, dende ayer, — replicó Ciriaco Cruz. — Del Paso de los Toros se vino a Impambai, recostándose sobre el Río Negro. Por eso no li hallaste. Ganó una gran batalla, según cuentan.

Entonces Juan de Dios puso en conocimiento de su jefe la fechoría de Celedonio y del indio.

— ¡Hum! — hizo el comandante, — me parece que al general le va a sentar mal este asunto. Había ordenao que la rigolución respetara a los vecinos.

Después, cambiando el rumbo de sus ideas:

— Esos sabandijas te sacaron del medio al capataz, ¿eh?

— No era ansí como yo quería, — replicó adusto Juan de Dios. — De hombre a hombre, frente a frente, yo y él, solos, sin que se metiera naide, güeno; pero ansí, ¿compriende, comandante?

— ¡Bien hablao, teniente, — tronó con satisfacción el coloso — ansí debía de ser! Voy a hablarle al general.

Aparicio Saravia, como había dicho Cruz, tenía particular empeño en que, durante la patriada, no se cometiera ningún delito que arrojara sombras sobre la bandera de la revolución. Al tener conocimiento de la barrabasada

de aquellos dos facinerosos, su rostro se contrajo con dureza. Quedó hosco un momento, mirando el suelo; luego alzó la cabeza, con una inquebrantable resolución clavada en los ojos.

— Hay que hacer un escarmiento, — murmuró.

Y en seguida, sin más rodeos, reunió su consejo de coroneles, e hizo comparecer a Celedonio, despojado de su divisa partidaria. El juicio fué sumarísimo. No hubo excusas ni dilaciones. Condenado el bandido a ser pasado por las armas, fué conducido ante las tropas formadas; se le hizo arrodillar en tierra, y se le fulminó con una descarga, a cuatro pasos de distancia.

También la revolución hacía justicia.

Al día siguiente, todo el ejército se puso en marcha hacia el bañado de Medina primero y luego hacia Laureles, en busca de Muniz. Empezaba aquella enorme correría que iba a conducir el ejército revolucionario en masa desde Cerro Largo hasta Canelones. La imponente columna de centauros, las macizas caballadas, el convoy de los carros, desfilaron por las soledades del campo como una visión fantástica. Sólo algunas pobres mujeres, olvidadas en sus misérrimos ranchos de barro, salían a la puerta, entre curiosas y amedrentadas, para ver aquel interminable desfile, en el que los hombres venían apiñados, en divisiones, o sueltos y dispersos, como langostas rezagadas de una gran "manga" en pleno vuelo. Por la noche, la luz de los fogones se extendía fantásticamente hasta las más extremas lejanías, acusando las hondonadas de los valles y las cuestas de las cuchillas.

Y así fueron, por los campos, durante veinte días, hasta llegar a Cerro Colorado, en la vecindad de la estación Reboledo. Allí tuvieron noticia de que las fuerzas

del general Melitón Muñoz estaban cerca. Se acampó entonces.

El 16 de Abril, las avanzadas descubrieron la vanguardia gubernista, que se adelantaba rápidamente, como ansiosa de combate. Aparicio hizo tender entonces su línea de guerrilla a lo largo de la vía férrea, bajo la protección de los terraplenes.

A la una de la tarde empezó el fuego, vivo, cerrado, por parte de los revolucionarios. En frente, la división Florida, comandada por don Rufino Domínguez, se tendió a ciento cincuenta metros de distancia.

Juan de Dios, destacado en la vanguardia de Saravia, había tenido que dejar su caballo para irse a tirar en el suelo entre los fusileros. Aquel modo de guerrear no le satisfacía. Él, como su comandante, estaba por la atropellada a caballo. lanza en ristre, en la que el hombre pone a prueba su coraje personal; pero aquello de cazarse los unos a los otros cón fusil, a distancia, como a martinetas agachadas entre los yuyos, se le antojaba zonzo. No obstante, puesto en el caso, procuró desempeñarse lo mejor posible.

— ¡ Dese contra el suelo, amigo! — le gritó el compañero que más cerca tenía.

Juan de Dios volvió el rostro. El otro, boca abajo, siguió haciendo fuego con su arma.

Tronó un estampido bárbaro y Juan de Dios bajó instintivamente la cabeza. Era que los gubernistas empezaban a hacer funcionar su artillería.

— Así no se puede; no se puede; — masculló Juan de Dios, con rabia.

No sabía, no podía manejar su arma, tendido en el suelo. De ese modo, no se veía al enemigo para apun-

tarle. Lo natural y lógico parecía ser que se hincara una rodilla en tierra para afinar el tiro. Lo demás, era tirar al " tuntún " y desperdiciar las municiones.

El tiempo pasaba. No se advertía ningún avance. Pero, a eso de las cuatro de la tarde el fuego de los gubernistas recrudeció de una manera horrible. El tableteo de las descargas parecía más próximo; el silbo de las balas se multiplicaba sobre la cabeza de los revolucionarios. Algunos pedruzcos, saltaron alrededor de Juan de Dios. Más allá, algunos compañeros habían caído, y otros se replegaban, empujados por aquel turbión de metralla.

— Esto se pone fiero — pensó Juan de Dios.

Sintió mucha sed. Estaba, además, medio entumecido.

Entonces llegó la orden de abandonar las posiciones del terraplén y de replegarse, corriéndose hacia la derecha, para tender una segunda línea tras de las casas que arrancan de la estación. El movimiento se hizo con orden; no obstante eso, Juan de Dios vió caer a algunos compañeros.

— Debían mandarnos un refuerzo, en lugar de hacernos recular, — se dijo, malhumorado.

Los gubernistas avanzaban, cautelosamente, pero con una porfía implacable. Sus proyectiles caían en enjambre alrededor de los revolucionarios. Un casco de metralla reventó allí cerca, alzó una nube de polvo, salpicó de tierra a Juan de Dios, dejó un pozo negro entre el verde luminoso de la gramilla. Por primera vez, el mozo sintió una extraña sensación de terror y con voz contenida rezongó:

— ¡ Salvajes !

Era evidente que los revolucionarios no podían sostener su posición. Pero, " ¿por qué no nos mandan más

gente?" — pensaba Juan de Dios. — "¿Qué hace la caballería? ¿por qué no les mandan a esos bandidos una atropellada?".

Las horas transcurrían y los hombres no podían más. Unos cuantos cuerpos yacían tendidos por el suelo, entre charcos negruzcos de sangre. Fué entonces que Juan de Dios vió, allá en frente, limpio, clarito, un oficial que venía hacia sus hombres. Le pareció un tiro hecho y se entusiasmó. Alzándose con presteza, avanzó unos pasos, puso una rodilla en tierra y le apuntó con cuidado. Pero de pronto, un choque violento en la cara, como una pedrada invisible, le tiró para atrás. Cayó duro, rígido, sin un ¡ay!, soltando su arma.

¿Cuánto tiempo estuvo tendido allí, sin conocimiento? Al volver en sí, alzó un poco la cabeza, con trabajo, pues la sentía muy pesada, y miró alrededor.

Un oficial gritaba:

—¡Vamos, pronto, pero con orden!

—¿Nos retiramos? — preguntó alguien.

— Esa es la orden. Pero, sin cesar el fuego, y despacito.

Se iban. Juan de Dios se pasó la mano por la cara, que sentía húmeda, y la retiró llena de sangre. Quiso entonces alzarse; pero no se sintió con fuerzas. Con una angustia horrible, temiendo quedar allí abandonado, a merced del enemigo que no tardaría en llegar, clamó:

—¡Muchachos, no me dejen!

Uno se volvió y vino a él.

— Levántese, ¿puede andar?

— No, no puedo — respondió con desaliento Juan de Dios, después de realizar un esfuerzo inútil. — Me duele mucho esta pierna.

Tenía un segundo balazo en el muslo derecho, del

cual no se había dado cuenta. Su compañero le abandonó entonces, mascullando unas palabras ininteligibles.

—¡No me dejen! ¡Socorro!, — clamó el desdichado, alzando un brazo, como una bandera.

Todos se habían alejado ya, corriendo agazapados los unos, volviéndose otros, de vez en cuando, para hacer fuego con su arma. Pero el oficialito aquél que había traído la orden de retirada, vió su gesto y oyó su llamado. Sin hacer caso de las balas que se multiplicaban a su alrededor, se vino corriendo hasta Juan de Dios.

—¡No me deje solo, mi jefe — suplicó Juan de Dios. — Me van a degollar si me agarran vivo.

Las balas pasaban ahora sobre ellos con un zumbido siniestro. Una de ellas le quebró la espada al oficial.

— Vamos a ver, — adujo éste. — Hágase ánimo. Agárrese bien de mi pescuezo. Así. Vamos.

Le alzó, le puso en pie y cargó a la espalda con él. Así le condujo varios metros, corriendo despacito. Fatigado, se detuvo, descansó un instante, y dió otra carrerita. Descansaba nuevamente, cuando dos o tres balas rebotaron contra las piedras, a su lado. Cargó otra vez con el herido, y marchó, resollando fuerte. Al fin, un soldado rezagado, tiró su arma, vino hacia ellos, y ayudó al oficial. Juan de Dios había vuelto a desmayarse, por la pérdida excesiva de sangre. Cuando abrió nuevamente los ojos, estaba en salvo, entre sus compañeros.

—¿Quién es ese oficial, que me ayudó? — dijo a un hombre que le estaba vendando el muslo.

—Es el capitán ayudante, José María Reyes. Pero, no hable, amigo. Estése quieto.

Le metieron en un carro y no supo más.

XI

Después de la jornada de Cerro Colorado, de escasa importancia, el ejército de Saravia emprendió nuevamente la marcha, cruzando esta vez la República de sur a norte, rumbo a Tacuarembó.

El estudiante de medicina, José María Reyes, que oficiaba ahora de capitán ayudante, tenía la prolijidad de ir anotando en su diario las novedades del día. Esas anotaciones sencillas, escuetas, dan una idea fiel de aquella marcha de un mes al través de tierras tristes y abandonadas, y de la vida inclemente del campamento.

"*Abril 17.* — De vuelta de Cerro Colorado, llegamos a las puntas de Illescas a la 1.30 de la tarde. El ejército llegó a las 4. Volvimos a marchar con dirección a Cerro Chato, pasando por la sierra de Pescado Mulero. Acampamos a las 9.30 a. m., después de haber caminado toda la noche.

" *18.* — Reanudamos la marcha a las 12 hacia el Cordobés y acampamos en el paso de San Juan, a las 3.20 p. m., porque desde ayer no comemos.

" *19.* — A las 6 a. m. marchamos pasando los Molles y acampamos a las 10.30 a. m. en el cerro Malo. A las 3 p. m. reanudamos la marcha y a las 11 de la noche acampamos en Lechiguana.

" *20.* — Marchamos a las 6 a. m. hasta las 9.30, en que llegamos a los campos de Correa. Carneamos. A la 1.30 volvemos a marchar y a las 5 p. m. acampamos en el paso de Pereyra (Río Negro).

"*21*. — El ejército, de madrugada, empieza a vadear el río, en balsa. Es una operación larga, aburrida, interminable; pero llena de incidentes. A las 9 de la noche aún no ha concluído de pasar el ejército. ¡Qué cosa terrible debe ser el pasaje de un río por un ejército en derrota! Hoy, estando dirigiendo el paso de una división, tuve un encuentro con Ciriaco Cruz. Al verme se me acercó y me tendió la mano, con una sonrisa de amistad que no le conocía. — "Ya sé lo que usté hizo los otros días con un muchacho mío. Cuente con un amigo", — me dijo.

"*22*. — A las 2.30 de la madrugada pasamos el río y acampamos a la derecha. Estamos sin comer; medio locos con este trajín. A las 9.30 a. m. emprendemos la marcha y a la 1.30 recién nos detenemos cerca del Cerro Pereira (Tacuarembó). Por fin comemos. A las 5 p. m. marchamos; pero a las 6.30 acampamos nuevamente cerca de la cuchilla de Pereyra.

"*23*. — Tempranito, a las 5 a. m. levantamos campamento, marchamos hasta las 9.30, nos detenemos, comemos y volvemos a marchar desde las 3 hasta las 6. Hoy me siento cansado como nunca. Todos estos campos son de una tristeza indescriptible.

"*24*. — Marchamos a las 5 a. m. y acampamos a las 11. Se dice que vamos a pernoctar aquí; pero a las 4 p. m. llega la orden de marchar, y seguimos hasta el Cerro de la Paloma, donde acampamos a las 6. No sabemos si vamos en busca del enemigo o si huímos de él.

"*25*. — Marchamos desde las 6 a. m. hasta las 12. Estamos en la Coronilla. Se hacen fogones, se sueltan los caballos, se matea. La gente está alegre. He vuelto a ver al comandante Cruz. Me ha confesado que al principio no me tenía estima; pero que ahora está contento

de un correligionario como yo. Me ha contado algunas de sus patriadas.

" *26.* — Marchamos a las 7.30 para mudar de campo nada más. A las 8.30 estamos en los campos de Neto. Hasta mañana nos quedaremos aquí. La gente muy contenta, descansa alrededor de los fogones. Algunos juegan como muchachos. Doy una vuelta por el campamento. Es lo más pintoresco que he visto en mi vida.

" *27.* — Marchamos a las 11 a. m. hasta alcanzar el arroyo Ceibal.

" *28.* — Seguimos en el mismo campo. Se nos incorporaron unos hombres que parece fueron heridos en Arbolito.

" *29.* — Seguimos en el mismo campo. Se incorporó Mongrell con una partida. La gente, muy animada. De tarde, se nos repartieron armas y municiones. Hubo una disputa entre dos hombres, por aquéllas.

" *30.* — Seguimos marcha a las 7 a. m. y acampamos a la 1 p. m. en Caraguatá. Se incorporó Gamboa con pocos hombres.

" *Mayo 1.°* — Marchamos a las 5.30 a. m. costeando el Caraguatá abajo. ¡Qué diferencia en el paisaje cuando hay un río! No parece tan solo el mundo. A las 10, acampamos en la costa del mismo arroyo. Es hermoso ver un ejército entre estos montes. Yo me he pasado la tarde haciendo romanticismo. A las 4 p. m., marchamos y a las 6 volvemos a acampar, siempre sobre el Caraguatá.

" *2.* — Seguimos a las 6 a. m. hasta el paso de las Toscas y al fin tomamos el camino real del Cerro Pereira, hasta las 11 a. m. Pero, ¿hacia dónde diablos nos dirigimos? ¿A quién vamos buscando por estos andurriales?

" *3.* — Se nos han incorporado Alonso, Acevedo Díaz,

Roxlo y un contingente de 100 hombres armados. Hoy corren noticias en el campamento. Se dice que en el paso de Pereira están Basilisio Saravia, Trelles y Cicerio. De aquí ha partido el doctor Gil para conferenciar con Mariano Saravia. El comandante Cruz estaba hoy con un humor del diablo. Me parece que le tiene gran ojeriza a los doctores. Ni le gustan los hombres que se nos han incorporado, ni le agrada que Gil se haya ido. ¿Quién lo entiende?

" *4.* — Se nos incorporó Jara con 250 hombres. Marchamos a las 6 a. m. A las 8 a. m. llegamos al Paso de los Toros. Hay otras incorporaciones, — Martirena, con 300 hombres. — ¡No de balde no se ve un solo hombre por los ranchos!

" *5.* — Quietos. Tenemos descubiertas en Yaguarí y paso de Pereyra, donde dicen que hay fuerzas del gobierno. La gente presiente una batalla, porque está nerviosa.

" *6.* — Seguimos en el mismo campo. Desde las 4 de la tarde está lloviendo a chorros. ¡Qué inmensa tristeza sobre estos campos, bajo la lluvia!

" *7.* — Hace frío. Estamos calados. Pasamos una noche muy desagradable. ¡Qué lejos están las comodidades del hogar! Pero, ¡todo sea por la patria! Ahora sale el sol, y marchamos a las 8.30 a. m., en medio de la tierra empapada. A las 11 a. m. acampamos para carnear. Muchos tienden la ropa a secar. Parecemos facinerosos, con las ropas rotas y los ponchos descoloridos.

" *8.* — A las 8 a. m. reanudamos la marcha, Caraguatá arriba. ¿A dónde vamos, señor? A las 11 acampamos. Por la tarde, comenzó a llover otra vez. ¡Qué tiempo de perros! Y no hay aquí modo de librarse del

agua y de la humedad. Estamos embarrados hasta los ojos. Me admira que todo el mundo no esté de mal humor.

" *9.* — Amaneció lloviendo. Debo haberme resfriado porque estoy estornudando. Marchamos. En Caraguatá acampamos a las 3 p. m., cerca de unos cerros. Se levanta viento, pero sigue lloviendo. No conozco cosa más desagradable que esta agua que le cae a uno encima, sin poder resguardarse. El poncho me pesa como si fuera de plomo. Algunos de la tropa se descalzan y chapalean en el barro. El cielo es de un gris aplastante.

" *10.* — Llovió toda la noche. Seguimos acampados, bajo una fastidiosa garúa con viento. El agua nos penetra hasta los huesos. A mediodía clareó un momento y carneamos. Por la tarde volvió a llover. Es desesperante. Estoy muy resfriado.

" *11.* — Marchamos a las 8 a. m. Se han hecho reconocimientos sobre el Río Negro, que está muy crecido. En el paso de Pereyra nos hemos tiroteado, de orilla a orilla, con el enemigo. Dicen son fuerzas de Muniz.

" *12.* — Temprano nos hicieron preparar; pero no marchamos. ¿Qué habrá? Esto de no saber nada es angustioso. Después de mediodía, emprendemos la marcha al fin. ¿Vamos a un combate o nos alejamos de él? A las 4 p. m. acampamos.

" *13.* — A las 7 a. m. reanudamos esta marcha que, por lo visto, no va a concluir nunca. ¿Dónde está el enemigo? ¿Ha desaparecido? ¿Jugamos a las escondidas? A la 1 p. m. nos detenemos en las puntas del Caraguatá.

" *14.* — Esta madrugada nos despertaron con un apresuramiento significativo. No había orden de marcha, sino de distribución de unidades. Dábamos la espalda a Cerros

Blancos y nos hicieron avanzar sobre el arroyo de ese nombre, mientras a otras divisiones las dirigieron sobre puntas de Molles. En tanto hacíamos los preparativos, supimos que el jefe del gobierno, general Villar, estaba próximo. Y en efecto, a las 11.30 a. m. las primeras avanzadas revolucionarias, al mando del coronel Mena, entraron en fuego. Fué un día de batalla terrible. La jornada de Cerro Colorado es un juego comparada con ésta, que hoy hemos llenado con nuestra bravura. Nunca hemos soportado un fuego más terrible. Durante tres horas, tendidos en tierra, bajo un vendabal de proyectiles, hemos enfrentado el centro de Villar, sin disparar un tiro, pues había orden de no hacerlo sino cuando el enemigo avanzara a doscientos metros. Hemos tenido muchas bajas. El coronel Jara ha muerto. Lamas está herido, lo mismo que Sierra y Muñoz. Al caer la noche nos hemos retirado lentamente, conteniendo al enemigo. Una tormenta espantosa nos ha envuelto toda la noche. A las 2 de la madrugada, el agua caía torrencialmente y el viento hacía más lúgubre la escena. Marchábamos a la claridad de los rayos. Ahora que escribo, me parece que he vivido en medio de un infierno."

XII

La batalla de Cerros Blancos, como la denominaron después los gubernistas, o del Arroyo Blanco, como la nombran ahora los revolucionarios, tuvo momentos épicos, que no ha podido señalar en su diario José María Reyes, el joven estudiante de medicina. Uno de ellos, tiene interés directo con nuestra narración.

A la caída del sol, la batalla proseguía furiosamente. Pero, el ala izquierda flaqueaba ya de un modo visible. Era el contragolpe obligado del abandono de su posición, hecho, sobre el ala derecha, por la segunda división al mando del coronel José González. Producida la muerte del coronel Jara, a las 2 de la tarde, en el momento de entrar a la zona de fuego para flanquear la izquierda del enemigo, toda aquella ala del ejército revolucionario se desmoralizó; y alivianado entonces el general Villar, pudo robustecer su centro y derecha, cargando con más vigor la izquierda revolucionaria.

El coronel Lamas mandó pedir entonces al general Saravia, que se hallaba en ese instante a la derecha, un movimiento de esa ala sobre la izquierda, a fin de poder retirar el centro hacia las lomas vecinas. Saravia, en voz baja, concisamente, dió una orden a su ayudante. Salió éste disparando hasta el extremo del ala y transmitió la orden.

En seguida se vió caracolear a la caballería. Hubo un remolino, luego un alineamiento de escuadrones, en seguida un avance de lanzas que fué convirtiéndose prodigiosamente en una atropellada.

—¡Aura van a ver los salvajes! — rugió Ciriaco Cruz, a la cabeza de su escuadrón.

Ya bajaba el tropel de gauchos en medio de un imponente alarido. Las descargas cerradas, como guadañazos colosales de fuego, barrían a los jinetes; pero los demás seguían su avance desbocado, estrechando filas, llenando los claros, como un turbión de poseídos. Y así se produjo el choque. Hubo una espantosa confusión de jinetes e infantes; un trueno de descargas a boca de jarro, al que contestaba el gauchaje con chuzazos y mandobles; un griterío frenético de gentes locas que se asesinan y despedazan. Rodaban los caballos, saltaban los jinetes, caían los infantes, bramaban los heridos, fulguraban los máusers, flotaban las banderolas de las lanzas. Era un remolino de hombres y de bestias persiguiéndose, rodeándose, escapando, volviendo, amontonándose, en medio de gritos y de relámpagos, entre juramentos de hombres que se desangran pisoteados por los caballos y truenos de fusiles que abatían en seco a los centauros.

Ciriaco Cruz, ebrio de furor, rojo de alegría, esgrimía con su brazo de gigante, arremangado hasta el codo, la formidable lanza. Su caballo, con botes enormes, saltaba las filas de infantes, se revolvía dócil al freno, avanzaba, retrocedía, en un vaivén furioso de destrucción y de muerte, echando fuego por las narices, bañado en espuma sudorosa. Desde el primer choque, quedó separado de sus muchachos; pero el terrible lancero no se achicó: ni lo advirtió siquiera. El revuelo de su lanza le abría un hueco en el montón de los enemigos. Le hacían fuego a quema ropa y no le tocaban. Le tiraban sablazos y no le herían. Como un demonio caía sobre los hombres del gobierno, jurando y rugiendo, dando a éste de punta y a aquél con el cuento de la lanza. Parecía invulnerable.

Pero, de pronto, sintió en el hombro izquierdo un golpe rudo. Un milico acababa de herirlo. Iracundo se volvió, y en ese instante otro adversario le desgarró el flanco con la moharra de una lanza. Fiero, bramando como un león, se precipitó sobre el primero, lo enhebró de un lanzazo, lo sacó en vilo de su montura, y, cimbrándole en el aire, con el impulso de su caballo, lo tiró muerto a diez metros de allí. Revolvió en seguida su cabalgadura para buscar el otro enemigo; mas ya le habían formado cerco varios soldados. Tuvo una risita de titán, un repiqueteo de burla: ¡juá, juá, juá!, y cayó sobre el montón lo mismo que un block errático: al asentar en el suelo sus remos, el caballo quedó temblando por los corvejones. Al ensartar a un soldado, se le quebró la lanza y casi en el mismo instante le mataron el caballo. Entonces, con un salto de gato montés, al tiempo que desenvainaba su tremenda daga, se precipitó sobre un sargento motudo, le volteó de un revés y en un santiamén se encontró encima del caballo de su víctima. Ya a montado, de nuevo, vió el cielo abierto. Chillando, como quien corre reses en el campo, empezó a hacer funcionar a diestro y siniestro su arma: eran tajos y puñaladas, mandobles y reveses, que abrían un cráneo, destripaban un cuerpo y desgajaban un brazo. Le hirieron de bala en la cadera; después, en una pierna. No sentía sus heridas. Empapado en sudor, manando sangre, deshechas las ropas, al aire las melenas, peleaba infatigablemente con un ronco resoplido. De pronto, en aquel frenético turbión, advirtió que dos enemigos acometían por detrás a uno de sus mocetones: embistió como un loco, tumbó al primero de un hachazo y rodó al suelo con el segundo, entre las patas de los dos caballos. A pie otra vez, se hizo cerco; pero

empezaba a sentirse fatigado. Entonces, iracundo, echando espumarajos por la boca, vociferó con el jadear de un gran fuelle:

—¡Aquí tienen un criollo, salvajes!

—¡Ríndase, viejo!, — le gritó un oficial apuntándole con el revólver.

—¡Tu madrina! — vomitó rabioso, llameantes los ojos, al lanzarse sobre el oficial.

Hizo fuego éste hasta por dos veces; pero no alcanzó a más: la enorme daga le entró por el vientre, le revolvió los intestinos, le tiró para atrás violentamente.

Ciriaco montó en el caballo del oficial. Al cabalgar, pareció recuperar las fuerzas. Y mientras seguía repartiendo cuchilladas, empezó a cantar la vieja copla de los tiempos de Oribe:

"El que con salvajes
tenga relación,
la verga y degüello
por esta traición...".

De pronto, se encontró entre los suyos, que iniciaban una retirada.

—¡No juyan, mandrias! — clamó.

Unos se desbandaron. Otros, se revolvieron confusamente, avergonzados.

—¡No juyan!

Una bala le hirió por la espalda y le hizo caer sobre el cuello de su caballo. Al mismo tiempo, otro tiro le acertó en el muslo, cerca de la ingle.

—¡Apestaos! — dijo; — y por un esfuerzo indomable de voluntad, se abrazó al animal, también herido y vacilante.

Había quedado, ahora, solo, en medio de un gran claro. Sus ojos, con mirada vaga, alcanzaron a ver que un tropel de los suyos venía arrollando a los gubernistas en un avance incontenible: quiso enderezarse, para agregarse a ellos; pero, la sangre perdida, lo dejaba ya exhausto. Y llegó el tropel, aululante, frenético, ciego, y lo arrolló, confundido con los gubernistas que huían. Un lancero le pechó el caballo, ya rendido, y los volteó. Sus compañeros pasaron sobre él. Un potro le asentó un casco sobre el pecho; otro, le hirió con un golpe violento en el cráneo. Quedó en el suelo, medio aplastado bajo su cabalgadura, contorsionado, deshecho, irreconocible; pero respirando aún levemente, con un hilo de vida.

Pasaron las horas y llegó la noche de aquel trágico día. La tormenta que venía amontonándose en el cielo, se desencadenó al cabo. Rachas furiosas de viento azotaron la llanura, ahora desierta de combatientes, pues la persecución continuaba lejos, rumbo al norte. Empezó a caer la lluvia a raudales, en trombas envolventes. La luz de los relámpagos, partiendo las tinieblas con bruscos hachazos, casi sin interrupción, iluminaba el lugar del matadero, descubriendo las formas macabras de hombres y caballos muertos, entre matas de cardo, sobre los pastos empapados, en medio de la tierra arada por la demencia de la lucha. Un instante aún, como reanimado por el fresco del agua que caía, entreabrió los ojos. Una víbora de fuego, vivísima, culebreó casi con lentitud en lo alto y en seguida un trueno formidable rebotó sobre el campo. El comandante Cruz, con un último espasmo, murmuró:

— Oigo, sí.

Y quedó rígido, muerto, bajo la lluvia frenética, que seguía volcándose a baldes.

XIII

Una vez que se hubo repuesto de sus heridas, Juan de Dios buscó la reincorporación a su gente. Tenía informes que doscientos hombres, comandados por Trías, andaban por Carpintería, esperando el momento de unirse al grueso del ejército. El secreto anhelo de tornar a los pagos de Baudilia, le inclinó a buscar esa fuerza.

"¿Qué habrá sido de ella?". Era la idea fija, que le torturaba sin segundo, que le había perseguido durante su convalescencia, que le ajetreaba ahora durante el viaje. Marchando a largas jornadas, el ojo siempre avisor para no caer en manos de alguna fuerza enemiga, no dejaba de pensar en la muchacha. El deseo de verla, de saber algo de ella, era ya impostergable. Desde aquella fatídica noche en que fué asesinado Margarito y en que él anduvo por el campo, medio loco de angustia y desesperación, llamándola a gritos, y durante toda la larga marcha del ejército desde el bañado de Medina hasta Cerro Colorado, aunque mudo y reconcentrado entonces, no cesó un instante su afán; y ahora, en el paroxismo de su nerviosidad, quería salir de dudas una vez por todas: quería saber si Baudilia estaba viva o muerta.

¡Ah, no! ¡estaría viva! El cielo no podía permitir que después de tantas luchas y dolores, aún le estuviera reservado un más terrible desengaño. Por lo demás, era natural que Baudilia hubiera encontrado amparo entre los vecinos: era una muchacha buena, servicial, que nadie

podía malquerer. Seguramente, la habrían amparado y protegido.

Se esforzaba, mientras el tostado consumía las leguas, en asirse a esta ilusión. Para corroborarla con el fallo de la suerte, se proponía a sí mismo contingencias y soluciones de azar. " Si al vandear esa cañadita el camino sube a la derecha, es que está viva ; si sube a la izquierda, es que está muerta ", — se proponía a sí mismo ; o bien : " si antes de la oración encuentro una calandria, la voy a ver y hablarla ; sino, no ". Entonces, si el azar le contestaba afirmativamente, se empeñaba en creer que el caso no podía ser de otro modo, que así era en efecto, aunque en lo más íntimo del alma persistiera, escondidita, la implacable duda. Y si el azar le era adverso, no valía ; había que empezar de nuevo la prueba.

Llegó, al fin, un atardecer, al pago de Baudilia. A medida que se acercaba, un desaliento enorme le invadía. Seguramente no iba a encontrarla ; se había hecho ilusiones ; se había querido engañar a sí mismo. Si él no la había hallado aquella noche, es que había muerto de terror o se había extraviado entre el monte, expuesta luego a todos los peligros de unos tiempos de guerra. Indeciso, temblando, con miedo de conocer la verdad, ahora que la tenía a mano, no quiso dirigirse directamente a los ranchos de Baudilia y se reclinó a la izquierda, buscando el de algún vecino, que le suministrara informes. Así, sin mucho trabajo, lanzando su caballo a campo traviesa, llegó hasta el rancho del vasco.

Estaba éste sobando una manea, al lado de la puerta de su vivienda. Al sentir el galope de un caballo, se volvió, y con disimulo, se entró al rancho. Juan de Dios tuvo una ligera sonrisa y continuó avanzando.

—¡Ave María! ¿No hay gente?

Esperó un instante, y agregó:

—A ver, paisano, salga sin cuidao. Soy gente de paz. Vengo pa abiriguar noticias de Baudilia, la que jué mujer de Margarito.

El vasco se dejó ver entonces:

—Güenas tardes, amigo.

—Güenas tardes. Ya dije: me he venido de lejitos, pa saber noticias. Diga, pues. ¿Qué ha sido de la pobre?

—Pues ahí estar, en su casa, —replicó el vasco.

Juan de Dios experimentó como un mareo; creyó haber oído mal; se hizo repetir la buena nueva. Y cuando su interlocutor empezó a precisar detalles, una llamarada de alegría le rebosó en el corazón, le trabó la lengua, le llenó de lágrimas los ojos. El vasco seguía hablando, y él, en su enajenamiento, en medio de su emoción creciente, no acertaba más que a murmurar: "vea", "vea"...

La noche del crimen, Baudilia había salido como loca al campo y había corrido en dirección al monte. Tropezando y cayendo, alzándose y reanudando su desalada carrera, desgreñada, demente, se había internado en la maraña, y entre ella, perdida, había caminado toda la noche y parte del día siguiente. Al atardecer de ese día, había salido por los campos de don Faustino, errando como sonámbula, las ropas en girones, las manos y el rostro arañados por las espinas de los talas, coronillas y uñas de gato. Toda la noche debió haber vagado por aquel campo, hasta que rendida, exhausta, sin fuerzas, se abatió entre unas matas de cardo y se durmió. Allí la encontró, en la mañana del segundo día, ya con el sol alto, doña Venancia, la mujer del capataz de don Faustino. Intrigados y compadecidos, la recogieron en su rancho, la dieron algo de

beber y procuraron saber quién era. Imposible obtener una respuesta. Baudilia estaba como "ida": no entendía lo que le preguntaban y miraba siempre alrededor con gestos de profundo espanto. Además, no toleraba la presencia de hombre alguno: cuando entró a verla el capataz, empezó a lanzar gemidos y se refugió detrás de doña Venancia. "Es mi marido", explicaba ésta; pero Baudilia, temblando, despavorida, los ojos fijos, saltados, como una loca, tartamudeaba: "¡el hombre!, ¡el hombre!". Por fin, a eso de las once, cuando llegó allí el "gurí" de un puestero a recoger la leche, vió a la fugitiva y lanzó un grito de alegría:

—¡Es mi máistra! ¿qué tiene, misia Baudilia? ¿qué le ha sucedío?

Baudilia no le reconocía; pero, instintivamente, apretó al muchacho contra su seno. Murmuraba:

—No salgás; está ai el hombre; no salgás.

Ya sobre aquella pista, pronto se averiguó toda la espantosa realidad. Varios vecinos se encaminaron a la escuela y descubrieron el cadáver de Margarito y el de su victimario, entre un revuelo de caranchos, así como las inequívocas huellas del saqueo.

Una gran piedad rodeó entonces a la pobre Baudilia y todos se empeñaron en cuidarla, en atenderla. Sus alumnos vinieron también a verla, y fué su presencia la que empezó la cura de "la loca". Empezó a reconocerlos: — "Mirá, Juancito!" — "¡Ah, aquí está mi chúcaro!... ¡venga mi chúcaro!". — Los abrazaba, los reunía en montón contra su pecho. Y de pronto, después de haberse quedado un instante con la mirada fija, empezó a llorar, a llorar...

También lagrimeaba el buen vasco al hacer esta narra-

ción y lagrimeaba Juan de Dios, al revivir aquel drama sombrío e ignorado. Hubo, entre los dos, un momento de silencio; después, concluyó la historia:

— Baudilia fué recobrando la memoria y la salud. Pero quedó muy abatida. Lloraba siempre; no hablaba sino con monosílabos. En lo de don Faustino todos la agasajaban, procurando hacerle olvidar la tragedia. Ella decía siempre: — "Gracias; todos ustedes son muy buenos". Pareció serenarse; pero de noche, doña Venancia la sentía llorar, ahogándose en la almohada. En fin, pasaron los meses. Se tranquilizó más. Ayudaba en los quehaceres de casa. Los domingos venían a verla los "escueleros". Un día, manifestó el deseo de ir hasta su casa. La acompañamos unos cuantos. Lloró mucho esa tarde; pero, cuando la invitamos para salir, nos dijo que quería quedarse allí, con sus recuerdos... Tan sólo nos pidió que les mandáramos los muchachos, pues quería seguir con la escuela. Y ahí está, desde entonces, con sus muchachos, enseñándoles; siempre triste, callada... Los pergeños no faltan ahora nunca a la clase. Antes, los matan a palos. ¡Pobre muchacha!

Juan de Dios se puso en pie.

— Gracias, paisano, por todas sus noticias. Yo soy Juan de Dios Pérez, de Buena Vista. Si en algo puedo servirle alguna vez, no tiene más que mandar.

— Gracias; lo mismo digo yo, — contestó el vasco.

Juan de Dios se marchó al trotecito, profundamente pensativo. Iba a ver a Baudilia; pero, ahora, después de semejante narración, no sabía lo que podría decirle. ¿Cómo hablarle de su cariño a una mujer que sólo vivía para el recuerdo de otro hombre? ¿No sería mejor doblar el rumbo, irse por otro lado, y dejarla sola, toda entregada

a su dolor? Estuvo a punto de seguir esta resolución y hasta llegó a torcer las bridas; pero en el acto en su alma hubo como un duelo. ¡No! ¡no se iría sin verla! ¡Verla siquiera una vez! Luego... Tuvo un encogimiento de hombros desesperanzado, como si ya nada le importara en la vida.

Se apeó del caballo al lado del ombú, lo ató a una argolla fija en el tronco, y golpeó las manos. En la puerta de la cocina apareció una chicuela y detrás de ésta, una mujer.

Tardó un instante en reconocerla, tan delgada y cambiada estaba. Al fin, exclamó, avanzando:

—¡Baudilia, soy yo, Juan de Dios!

Ella, que tampoco le había reconocido, dijo sorprendida:

—¿Juan de Dios... por aquí?

—Ya vé, Baudilia; pasaba por ai, cerquita... Me dijeron que ésta era su casa y no quise dirme sin saludarla...

Los dos se miraban en silencio. Él consideraba aquel rostro anguloso, pálido, triste, antes tan regordete, hermoso y alegre; ella, le extrañaba sobre todo por aquella gran cicatriz sobre la boca.

—¡Juan de Dios! ¡qué cambeado está! ¡No parece el mesmo!... — Y agregó, luego, con una sonrisa amarga: — Güeno, lo que es yo, también estoy muy cambeada...

— Sí, ya sé; me han dicho...

—¡Ah!, ¿sabe?...

— Sí, todo... ¡pobre Baudilia!

Hubo una pausa. Para disimular el llanto que acudía a sus ojos, Baudilia se entró a la cocina, diciendo:

—Voy a darle un asiento.

Volvió con una silla. Juan de Dios, dándole vueltas al chambergo, se sentó.

— Gracias, — dijo. Y no supo qué agregar.

Baudilia se había metido en el rancho. Cuando al fin logró serenarse, salió secándose los ojos.

— Disculpe, Juan de Dios, usté comprenderá...

— Sí, sí; claro...

— ¿Y a usté cómo le va? ¿qué es de su vida?

Juan de Dios ladeó la cabeza; se azotó la bombacha con el rebenque:

— ¡Pse! ya ve...

— Usté tampoco ha tenido suerte...

— Ninguno de los dos. Era el destino.

— Era el destino, — repitió ella, como un eco.

Guardaron silencio. Baudilia fué la primera en romperlo:

— Voy a servirle un matecito.

— No se incomode...

— No es incomodidad, ¡valiente!

Entró a la cocina y al rato salió con el mate.

— Sírvase.

— Gracias, — contestó él, cogiendo la calabaza.

Hubo otro silencio. Fué Baudilia también ahora quien halló el modo de romper aquél:

— ¿Anda de viaje o qué?

— Voy a riunirme con la gente de Trías, que está por aicito no más, sobre el Paso de Carpintería. Dende que me hirieron en Cerros Coloraos, falto del ejército. Servía con el comendante Ciriaco Cruz.

— ¡Ah! ¿Es esa herida que tiene en la cara?

— Mesmo. Y otra aquí, salva sea la parte, en la pierna.

— ¿Sufrió mucho?

—¿Y pa qué nace un cristiano, si no es pa sufrir?

—Tiene razón. ¡Lo que yo he sufrido! Perdí mis dos hijitos, mi marido...

Embargado cada uno por sus tristes pensamientos, volvieron a enmudecer. Al fin, Juan de Dios devolvió el mate, diciendo:

—Yo estuve aquí la noche esa...

Baudilia, que se iba para llenar la calabaza, se detuvo.

—¿Usté? ¿cuándo? ¿cómo?

—De tardecita, pasé por ai, por el fondo, arriando una caballada. Esos dos bandidos, a quienes yo no conocía, se ofertaron pa llegarse hasta aquí, pa agenciar un poco de yerba. Yo seguí con la gente hasta el otro lao de aquella loma. Y como tenía la idea de que usté debía vivir por estos pagos, pregunté a un vecino. Me dijo que usté vivía aquí. ¡Figúrese! Había pasao al lao de su casa y el corazón no me dijo nada...

Hubo una pausa. Él, sorprendido de la frase que se le había escapado; ella, como si no la hubiera entendido. Juan de Dios prosiguió:

—Cuando golvió Celedonio, el cabo me denunció que debía haber robao, porque traia un rebenque que no era suyo, y plata. Entonces, oliendo alguna disgracia, monté y me vine a media rienda. Estuve aquí; era una noche de luna. Ví todo. Comprendí lo sucedido, y empecé a buscarla. Anduve hasta la madrugada por estos campos, llamándola...

—¿Qué jué del asesino?

—Lo afusilaron por orden del general... Crei que sabía...

—No, nada; vivimos aquí tan lejos...

—Si supiera con el ansia que la buscaba! Y dispués,

todas las horas, de día, de noche, he pensao siempre en usté...

— Gracias, Juan de Dios.

Lo dijo con tal gravedad, que el mozo experimentó un desgarramiento. No obstante, preguntó:

— Usté no ha pensao alguna vez en mí?...

— Sí, algunas hemos hablao con el finao.

Juan de Dios volvió a sentir una punzada en el corazón. No era esa la respuesta que esperaba.

— No, yo quería decir, usté, usté sola...

Baudilia se entró a cebar otro mate. Cuando salió de nuevo, traía hecha su respuesta, que había meditado:

— Vea, Juan de Dios. Yo lo quise a usté allá en la Estancia; pero no nos comprendimos. Dispués, me casé, y todo el pasado quedó muerto. Ansí tenía que ser. Ahora, han muerto mis hijitos, mi marido... Nunca los olvidaré... Nunca volveré a querer a naides...

— ¡Baudilia! — gimió Juan de Dios, con profunda angustia, sintiendo la irrevocabilidad de aquella decisión.

— Tengo mis muertos aquí, — añadió tocándose el pecho. — ¡Nunca, Juan de Dios!

— ¿Y va a vivir sola, aquí, sola?... — adujo él, suplicante, tentando un último esfuerzo.

— Sola, Juan de Dios; sola con ellos, con su recuerdo...

Juan de Dios se puso entonces de pie.

— Ta bien.

— ¿Se va?

— Ya viene la noche. Tengo un galopito entoavía pa encontrar mi gente.

Ella le tendió tristemente la mano:

—Güena suerte, y a ver cuando vuelve.

— Sabe Dios.

La contempló un instante, y de pronto se marchó.

Baudilia permaneció junto a la puerta de la cocina; pero, como Juan de Dios se alejara al galope sin volverse, se entró.

Y allí, sentada en un banquito, lloró, lloró largo tiempo sobre su inmensa desventura, sobre toda su vida frustrada.

En la cocina se amontonaban las sombras: sólo el hogar parpadeaba lumbre con sus carbones rojizos; y era aquella tiniebla estremecida por los estertores de la lumbre, semejante a esas vidas, obscuras y humildes, perdidas en la soledad del campo, entre los pastos, sobre las que rueda, a veces, un soplo de Amor y de Tragedia.

XIV

La noche de aquel último día del mes de Julio se venía rápidamente. Sólo un leve fulgor, último vestigio del astro que se iba, agonizaba en el ocaso. Espesos y negruzcos celajes enlutaban el cielo, dejando ver muy pocas estrellas. La tierra se rodeaba de sombras humosas, que diluían las formas, borraban los contornos, suprimían el color. Sólo los árboles y ranchos persistían aún sobre el paisaje; pero convirtiéndose en borrones más negros, como siluetas de tinta china. No había ni un soplo de aire. En el ambiente palpitaba un débil perfume campesino, raro, finísimo, hecho de los alientos del trébol, la gramilla y la cola de zorro confundidos en extraña alquimia con el de los duraznillos blancos y juncos de los bajos anegadizos. Los grillos chirriaban interminables; a lo lejos había una tristísima cantinela de ranas.

Juan de Dios seguía ahora, al trote, el mismo camino de dos meses antes, cuando conducía la caballada. Iba absorto, hundido en sí mismo, ajeno a cuanto le rodeaba, con aquella montaña de dolor que se le había venido encima. "Nunca volveré ya a querer a naides", — le había dicho Baudilia con una decisión que él sentía era irrevocable, definitiva. Y había sido entonces en su alma la noche total. Se apagaron todas las luces de su espíritu; el mundo desapareció a su alrededor; en su corazón calló la última resonancia. Un desgano de vivir, una pesadumbre inmensa le invadieron. ¿Para qué vivir sin ella, sin esa esperanza? Todo le era ahora indiferente. La vida

le daba asco. Mientras alentó con la esperanza de volverla a ver, acaso de reconquistarla, su existencia tenía un objeto; sus luchas, una finalidad; su ensueño, un norte mágico y encantado. Pero, ahora, que el desengaño le había cogido con sus garras, ahora, ¿para qué continuar sufriendo? Presentía que ya no tendría para él atractivos ninguna cosa sobre la tierra y que siempre, a su alrededor, aún en pleno día, con el sol más fulgurante, sería la noche espesa y solitaria, como ésta que le envolvía ahora en sus gasas fúnebres. "Esto se acabó, Juan de Dios", — se repetía el mísero.

El caballo dió bruscamente una espantada, que estuvo a punto de desarzonar a su jinete. Una liebre se había alzado, rapidísima, de entre unas maciegas secas. Juan de Dios despertó de su meditación y le dió dos rebencazos al caballo, sofrenándolo luego. Miró a su alrededor. "¿Dónde estoy?", pareció preguntarse. En medio de la hondonada que cruzaba, las sombras eran más macizas. Un reborde de arbustos contorneaba por un lado aquella depresión del terreno, poniendo una mancha más negra sobre la negrura del conjunto. Anduvo un trecho, el caballo chapaleó en un charco y empezó luego a subir una cuestita: Juan de Dios sintió el leve roce de altos pastos sobre las patas de su caballo. Al cabo de unos instantes, volvió a abrirse un tanto el paisaje, y entonces, a pesar de la noche, reconoció el rumbo. Estaba en el estribadero del cerro que enfrentaba al rancho del paisano que le había indicado la otra vez los ranchos de Baudilia.

Libre el camino, galopó un largo trecho, siempre subiendo. Un pájaro nocturno, una lechuza, pasó sobre él chirriando, batiendo sus alas de felpa. Entonces, casi en la cumbre, detuvo el caballo. Se volvió para mirar hacia

atrás. Era un abismo de tiniebla. No se distinguía ni una luz. Y, sin embargo, hacia aquella parte, estaba la morada de Baudilia. Allá vivía; allá estaría ahora, sola, sola, "sola con sus recuerdos", como decía. ¿Se acordaría de él o ya le habría olvidado? Experimentó un despecho amargo. "¿Qué me importa ya que se acuerde?" — pensó. "También me dijo que me había querido, allá en la Estancia; pero, que al casarse con Margarito, había olvidao todo el pasado. Y aura que Margarito ha muerto, aura tampoco quiere pensar en mí, porque tiene que vivir de su recuerdo. Yo no soy nada pa ella".

"Yo no soy nada pa ella"... Era la confesión de su derrota; la comprobación de que se sentía sin objeto en la vida. ¡La vida! ¡valiente porquería! Desde chico, no había hecho otra cosa que penar sobre el yugo, y sufrir, sufrir siempre. No había conocido un goce verdadero, no había realizado ninguna querida ilusión. Trabajaba, comía, dormía, nada más. Era lo mismo que cualquier animal. Y cuando llegó a amar de veras, cuando vió entreabrirse el cielo, cuando la felicidad cruzó a su lado, no supo reconocerla ni aprovechar el instante único y sin retorno. Se encastilló en su necio amor propio de hombre, perdió el tiempo enconando en vez de atraerse a la que amaba, concluyó por arrojarla él mismo en los brazos de otro hombre. ¡Y ella lo quería, entonces, acababa de confesárselo, y él no se había dado cuenta de ello! ¡Qué miseria!

— "Sí, ¡valiente porquería la vida!", — pensaba otra vez el infeliz caminando al paso de su caballo, bajando por la otra ladera de la loma. "Ahí voy yo, entre esas gentes de la regolución. ¿Qué soy allí? Naides; uno del montón, lo mesmo que cualquier novillo de una tropa. Lo arrean

a uno, y marcha; paran rodeo, y come, o duerme. Dispués, un día, le aujerean a uno el cuero y por allá no más se queda, en cualquier parte, tirao entre los pastos, pa que los caranchos y los perros cimarrones hagan fiesta con la osamenta...".

Siguió andando, despacito. Delante de él se extendía la noche maciza, profunda; y aún, en medio de aquel antro, había una mancha más negra, algo así como un pozo abierto sobre la nada. Las patas del caballo empezaron a azotar chilcas. La tierra, manando agua, gemía viscosamente bajo la presión de los cascos de aquél. Juan de Dios puso un poco de atención. "Aquí tengo que doblar a mano derecha", — se dijo; — "de no, voy a meterme en el bañao".

Anduvo así como una media hora, lentamente, fijando su atención porque el rumbo era difícil. A veces, manojos de paja, altísimos, le rozaban y el chasquido del agua se pronunciaba; entonces dirigía su caballo más hacia la derecha. Al fin, sintió otra vez la tierra dura. Manchas opacas denunciaron la presencia de arbustos espinosos, que él había visto la otra vez, enredados de basura. De pronto detuvo su caballo. Un rumor inusitado hirió su experto oído.

— Se me hace gente, — murmuró.

Escuchó un instante y ladeó el caballo aún más sobre la derecha; caminó lentamente y salió al fin de aquel monte bajo, sucio de malezas, pajas y talas espinosas. Y al propio tiempo que advertía, en medio de las sombras, unos bultos informes y desusados, una voz ronca gritó frente a él:

— ¡Alto!

— Amigo, — contestó.

En seguida le rodearon cinco o seis fantasmas negros. Le hicieron bajar del caballo previamente. Le interrogaron. Fué conducido a pie al centro de un campamento. A cada paso, cruzaban al lado de grupos de hombres tendidos en el suelo. Por fin llegaron.

Estaba entre la gente de Trías. Se dió a conocer y reclamó un puesto entre la tropa.

—Llega bien, aparcero, — comentó una voz a su lado, cuando dejaban al oficial que lo había examinado. — Ayer el enemigo no nos dió resuello y hemos tenido que recular fiero una punta de leguas, peliando siempre. Gracias que vino la noche y pusimos en medio el bañao. Se me hace que mañanita pegamos otra trotiada pa atrás, con los chumbos chiflando sobre la cabeza.

— ¿Está tan fiera la cosa? — interrogó Juan de Dios.

— Son cuatro veces más que nosotros, — repuso su acompañante. Y luego: — Ai está su pingo. Puede dormir, y hará bien; pero, no pite. Está prohibido.

Se durmió con un sueño hondo y pesado, rendido por tantas emociones y fatigas. A su alrededor, era también el silencio grave del campamento, exhausto por una ruda jornada de pelea.

XV

— Vamos, compañero, no sea tan regalón, — le gritó, sacudiéndole fuertemente, en vista de que no despertaba, un paisano joven, barbilampiño, de ojos vivarachos y dientes luminosos de puro blancos. — Apúrese, que están sirviendo el chocolate.

Abrió los ojos Juan de Dios, sin darse cuenta del sitio en que se hallaba. Miró alrededor, sorprendido de todas aquellas gentes, animales, armas y recados que pululaban entre las pajas; se pasó una mano por la frente y de pronto, recordando su llegada al campamento la noche anterior, se puso rápido en pie.

— ¿Qué hay? — formuló.

— Están sirviendo el chocolate, — repitió burlón el mocito.

En la mañana gris, húmeda y fría de aquel día de invierno, resonaban unos tiros secos, como cohetes.

— ¿Nos sorprendieron? — preguntó de nuevo.

— No. Allá están nuestras avanzadas, hace rato. Si los milicos quieren cruzar el bañao, van a tener que arremangarse.

Juan de Dios miró hacia el lado donde sonaban los disparos. Bajo la naciente claridad del día, el bañado, ancho y extenso, poblado de paja brava, iba convirtiendo sus tonalidades opacas y sucias, en verdes de cobre, con grandes manchones de un azul negruzco. Aquí y allá, donde las pajas no eran tan altas, el agua se denunciaba con bruñidos de argentería. Parecía, en verdad, un tanto

difícil, para cualquiera de los dos contendientes, cruzar aquel gran charco.

—¿Mucha agua? — preguntó Juan de Dios.

— Arriba de media costilla, — contestó el otro.

El fuego aumentaba por instantes. Lejos, del otro lado, vibró un clarín un toque agudo, que sonó límpido en la mañana; y a poco, en un claro de las malezas de aquella orilla, se vieron cruzar corriendo, unos tras otros, unos hombres pequeñitos, como muñecos.

Estaban observando aquel movimiento, cuando la voz ruda de un oficial dijo a su lado:

— Vamos, ¡vivos, muchachos! No hay que dejarlos pasar el agua.

Los hombres de la revolución concluyeron de tomar sus posiciones. Juan de Dios fué enviado a retaguardia, con los que cuidaban la caballada. Como allí el terreno era bastante plano, no podía distinguir bien la zona del combate. Se dejó estar, pues, sobre su cabalgadura e insensiblemente se distrajo, olvidó todo y dió en el mismo tema que le había preocupado la noche antes. "Nunca volveré a querer a naides"... "Nunca volveré a querer a naides", — repetía una voz lejana y lamentable, volviendo a despertar la angustia en su pecho y a llenarle de duelo el corazón. Una o dos veces salió de su abatimiento, sacudido acaso por el eco de aquellas terribles descargas que azotaban el aire como rachas de tempestad; pero, indiferente a ellas, tornaba a hundir la barba en el pecho y proseguía su doloroso ensueño.

Así transcurrieron las horas de la mañana. Mientras él, inmóvil, rememoraba y sufría, allá abajo sus compañeros luchaban con furia a fin de contener al enemigo, que se insinuaba en atrevidos avances. Las filas revolucionarias

empezaban a ralearse. Hubo que echar mano de todos los elementos. Cuando vinieron a relevar a Juan de Dios y los otros hombres, dando el cuidado de la caballada a algunos heridos leves, ya el sol estaba en el cenit.

Juan de Dios llegó a la línea de fuego y experimentó allí su primer sorpresa al notar que la guerrilla de los suyos no estaba ya al borde del bañado, como a las 7 de la mañana, al sonar los primeros tiros: ahora se había replegado unos doscientos metros, ocultándose tras de las chilcas. Avanzó decidido, se tendió detrás de una mata, requirió su carabina y al convertir los ojos hacia el bañado, su asombro no tuvo límites ¿Dónde estaba el enemigo? Sus compañeros hacían fuego, pero, ¿sobre quién? También de allá lejos llegaba el eco de los tiros, pero ¿dónde estaban los tiradores? Súbitamente, unos movimientos bruscos del pajonal, aquí y allá, como cuando los perros andan buscando alguna alimaña, le revelaron el misterio. Allí, entre el agua, agazapados tras los juncos y pajas bravas, la gente del gobierno avanzaba sigilosa. Empezó a interesarse en aquella caza de nuevo género, esperando con afán la aparición de algún bulto informe o el movimiento de un haz de pajas, para ensayar allí su puntería.

Lo grave, es que la caza se defendía de un modo peligroso. Sus tiros, bastantes bien dirigidos, llovían sobre los revolucionarios. Ya habían tenido éstos que retroceder de sus primeras posiciones y resguardarse en el chilcal. Pero las balas llovían sobre éstos, con un silbido agudo, tronchando gajos, hundiéndose en las motas de tierra con un golpe seco. Al cabo de una hora de porfiada resistencia, hubo que retroceder otro poco. El bañado debía estar ahora pululando de enemigos. Un tanto nerviosos,

los de la guerrilla revolucionaria disparaban sus tiros al acaso, sobre cualquier vaivén del pajonal, sin esperar a ver el bulto del hombre. Y el avance proseguía, pues ahora se agitaban las pajas por doquier y los disparos se multiplicaban.

—Pero, ¿no matamos a ninguno? — se dijo a sí mismo Juan de Dios, con rabia.

Llegó una nueva orden de replegarse. La posición era en efecto insostenible. Agazapándose, escondiéndose detrás de las matas, corriendo un poquito y volviéndose de cuando en cuando para hacer un disparo, la gente retrocedió, llegando al estribadero de un cerro. Pero, una vez allí, no pudieron detenerse sino muy poco tiempo. El grueso de la tropa enemiga, unos escuadrones de caballería dirigidos por el comandante Guillermo Buist y el coronel Chagas, cruzaba el bañado a caballo, con gran resolución; y a poco, lo que hasta ahora habían sido tiros numerosos, se convirtieron en descargas nutridas. Los revolucionarios, defendiéndose con tesón, pero castigados en descubierto por aquel fuego incesante, tuvieron que escalar la loma.

— A tomar posiciones allá arriba, — se había ordenado; y todos retrocedían paulatinamente, ascendiendo siempre, procurando escurrir el bulto, con la terrible angustia de no llegar nunca a la cima.

A medida que pasaban las horas, que el combate recrudecía y que el peligro aumentaba, Juan de Dios iba creciéndose. Ahora que podía pelear y que veía a los soldados gubernistas mostrarse sin recato, no le importaba exponerse. ¿Qué le importaba la vida? "Nunca volveré a querer a naides": las palabras de Baudilia resonaban en su oído claras y nítidas, como si alguien se las estuviera

repitiendo al lado suyo. Entonces, de pronto, se irguió: no quiso agazaparse más; siguió retrocediendo, pero en pie, firme y derecho, como un demente.

—¡Agáchese! Lo van a voltear, — le gritó alguien.

Siguió impertérrito haciendo sus tiros, con rabia, afinando siempre la puntería. Las balas empezaron a salpicar a su alrededor.

—¡No siá loco, compañero! — volvieron a decirle, cuando ya culminaban el cerro y la defensa se hacía más cómoda para todos.

Durante unos minutos, los gubernistas detuvieron la persecución, raleando el fuego. Los revolucionarios se parapetaban en la altura y cobraban nuevos bríos.

—Aquí hay que sostenerse, muchachos! — clamó un oficial. — ¡De no, nos echan sobre ese otro bañao!

El combate se hizo de repente más rudo y violento. En el aire azul tableteaban furiosas las descargas. La tropa enemiga que venía, más atrás, a caballo, había echado pie a tierra y reforzaba las avanzadas, diseminándose por la falda del cerro. Cinco o seis soldados hacían punta en aquel avance fatídico, tendidos en el suelo, arrastrándose como alimañas. Juan de Dios, impertérrito, como un inconsciente, avanzó dos o tres pasos, escogió bien su posición, hincó la rodilla en tierra e hizo funcionar su arma.

—¡Pero, amigo, se va a hacer matar!

En ese instante una bala le dió en medio de la frente al que así había hablado y le dejó tieso sobre el verde que tamizaba los pedruzcos del cerro.

Las balas llovían alrededor de Juan de Dios, rebotando en la piedra, hundiéndose entre las matas de yuyos. Pero, él no oía ni el crugir de las descargas ni las voces de sus compañeros. " Nunca volveré a querer a naides ", — re-

sonaba en su interior una voz lejana, una voz que había perdido para siempre. Y aquel estribillo cruel, repetido interminablemente, a intervalos isócronos, como el movimiento de un reloj, le volvía fulo, le exasperaba hasta el paroxismo.

— ¡ No saben tirar, canejo ! — masticaba por lo bajo, ansioso ya del momento en que una bala certera concluyera con todo, con su vida y con aquella frase torturadora. — ¡ No saben tirar, sotretas !

La defensa de la cumbre del cerro, a las cinco de la tarde, fué también imposible, y ya con la obsesión de la derrota, los revolucionarios se descolgaron por el otro flanco, rendidos, tronchados, manando sangre, dejando sus muertos entre los pastos, precipitándose ciegos sobre el pequeño bañado que los separaba del Río Negro.

En esa huída, Juan de Dios era el último. No quería abandonar la posición ; insultaba a los que se retiraban ; los incitaba a mantenerse en sus puestos, para morir todos allí. Pálido de ira, desgreñado, una mueca de dolor incrustada en la conmisura de los labios, los ojos duros, crueles, con algo de demencia en la mirada, seguía haciendo fuego, porfiadamente, sobre los enemigos, en tanto clamaba a los suyos :

— ¡ Son unos mandrias, canejo ! ¡ Disparan como mulitas ! ¡ No juyan ! ¡ Hagansen matar como criollos ! ¡ No juyan !

Y enfrentando al enemigo :

— ¡ Tiren, sarnosos ! ¡ Tiren, apestaos ! ¡ Aquí tienen carniza ! ¡ aprovechen !

El oficial se lo llevó a empellones. La posición quedaba abandonada, y él no podía permitir que aquel exaltado, ¡ tan valiente muchacho !, se hiciera matar inútilmente.

La tarde declinaba rápidamente. Al hundirse en el bañado, las sombras envolvieron de golpe a los revolucionarios. Habían pasado todas las horas del día en aquella resistencia enconada, sin darse cuenta del transcurso del tiempo, alucinados por el gesto tremendo de la muerte, alzado sin segundo sobre cada uno de ellos, febriles, incansables, andando kilómetros y kilómetros, reseco el paladar, sudorosos, palpitantes, — trágicos. Y ahora, mientras el sol se ocultaba tras una cortina de celajes rojos, amarillos, anaranjados, verdes y violetas, con una pompa triunfal y feérica, ellos se desparramaban entre las sombras azuladas y negruzcas del bañado, procurando trasponerle rápidamente para dejarlo como una barrera frente al avance del enemigo, lo mismo que habían hecho la noche anterior. Las descargas les perseguían aún, más lúgubres que antes, en aquel atardecer de derrota; y ellos continuaban chapaleando en el agua, tropezando en las matas, cortándose las manos con las pajas, casi sin disparar un tiro, porque ya les escaseaban las municiones.

Llegó al fin la noche, una noche obscura como la precedente, enlutada de nubarrones, cuajada de fantasmas, plena con el canto monótono de las ranas. La tropa revolucionaria había ido a detenerse a la orilla del tupido monte que costea el Río Negro, rendida por aquella sangrienta jornada. Exhaustos los hombres, se tendían por doquier en el suelo, entre la maraña, dejando sueltos los caballos.

¿Dónde estaba Juan de Dios? Silenciosamente, apartándose de todos, con disimulo, casi a rastras, se internaba en el monte. Estaba herido. Al trasponer el bañado, una bala perdida le había alcanzado en la espalda. Al sentir el golpe, vaciló como si fuera a caer; pero, por un supremo esfuerzo de voluntad, se mantuvo en pie.

Entonces, trabajosamente, siguió andando por en medio del charco. De pronto, tuvo un vómito de sangre y se hincó de rodillas. Al cabo de un rato, se repuso y siguió andando. Alguien, que venía corriendo detrás de él, le dijo al pasar:

—¿Está herido, compañero?

—¡No tengo nada, canejo! — replicó.

Llegó a la orilla del monte. Se escurrió entre los grupos, respirando fuertemente, con pesada fatiga, procurando que nadie se enterara de que iba herido. "Nunca volveré a querer a naides". ¿Para qué, entonces, buscar que le curaran? Mejor era morir así, de una vez. El balazo que había buscado en vano durante toda la tarde, de frente, ofreciendo el pecho a los enemigos, ahora le había llegado a traición, por detrás. ¡Hasta esa desgracia tenía! Pero, de cualquier modo que fuera, era la muerte, el descanso, el olvido. Bien venido, entonces, el balazo traidor. Empezó a internarse en el monte, buscando un paraje solitario, para que nadie le socorriera si en su agonía se le escapaban algunos gemidos. Quería morir, allí, en la espesura, solo, lejos de todos, lejos del mundo, como un animal de quien nadie se conduele, como una bestia que todos han perseguido y desprecian. Si ella no podía amarle ya, si no había tenido piedad de su amor, la muerte era una liberación. Por eso huía silencioso y precavido, acallando las quejas que le arrancaba el dolor, y disimulándose a los ojos de sus compañeros. Por eso iba como ebrio, tropezando en las ramas desgajadas, cayendo, alzándose de nuevo con trabajo, luchando con las cuerdas del cipó y las agudas espinas de los talas y coronillas, avanzando por los claros que se abrían entre molles y algarrobos, guayabos y ceibos, dando un rodeo a veces

cuando la maleza trabada en los virarós y espinillos hacía imposible el paso, hundiéndose cada vez más en el corazón de la selva, casi sin alientos ya, los ojos turbios, una horrible mueca de sufrimiento cuajada sobre todo el rostro. De pronto, vacilante, se dió contra un chalchal y se fué al suelo. Tuvo otro vómito. Quedó unos instantes en el suelo gimiendo, mordiéndose los labios para que no se oyera su doliente gemido. "Nunca volveré a querer a naides". ¡ No ! ¡ ni nunca tampoco ella tendría más noticias de él! Ignorando su muerte obscura, ¡no le lloraría! Desaparecería como un desgraciado, anónimamente, en medio de la noche, sin dejar un recuerdo, porque no era nadie, porque no valía nada... Quizo alzarse; mas no tuvo fuerzas para ello, y entonces, lo mismo que un animal herido, empezó a arrastrarse por el suelo, hasta llegar al pie de un ceibo. De pronto, se desmayó.

Cuando volvió en sí, la fiebre atronaba en su cabeza. Miró alrededor; pero las sombras se espesaban cada vez más. Los árboles se erguían ante él como fantasmas. Del fondo de la obscuridad empezaron a surgir voces extrañas. El delirio le hundió entonces sus diez garras en el cerebro. Se vió rodeado de bestias informes que danzaban a su alrededor; un enjambre de aves extrañas, muy negras, pesadas y silenciosas, volaron sobre él en ronda interminable. Quería espantarlas y no podía, porque una de las bestias le había traspasado la espalda con su cuerno. Mas, en seguida, sin transición, todo aquel enjambre de bichos, se tornaba en hombres, que lo miraban con ojos como yescas. ¡Déjenme, quiero morir solo!, clamaba en su interior; y en vez de irse, los otros se reían, se reían. Se irguió para pelearlos; mas entonces ellos, convirtiéndose en soldados enemigos, empezaron a ha-

cerle fuego con sus armas. Las balas llovían en granizada a su alrededor. Se dió a correr, como un loco, para escaparles. ¡Qué carrera infernal! Saltaba cañadas, se entreveraba por los montes, salía al descubierto, trepaba fatigosas cuchillas, se despeñaba por los barrancos, y los soldados siempre atrás, a sus alcances, aullando como lobos. De repente se halló en el patio de los ranchos de Baudilia. Dos hombres asesinaban a Margarito. Después de haberlo degollado, se pusieron en pie, hoscos y fieros, buscando una nueva víctima. Baudilia estaba en la puerta de la cocina, mirándolos. Él quiso gritarle que huyera, que se ocultara; pero la voz no le salía de la garganta. En vano se desesperaba, haciéndole gestos: ella parecía no darse cuenta de nada. ¡Qué angustia no poderla hacer ver el peligro! Y los hombres estaban allí, Celedonio y el indio, con sus cuchillos tintos en sangre. Entonces, el perro muerto al lado de Margarito, se irguió de golpe, y, saltando sobre sus cuatro patas, empezó a crecer, a crecer, a crecer de un modo fantástico, hasta rebasar con el lomo la copa de los ombúes. Y el perro era un monstruo de ojos de fuego, de fauces de dragón, que aullaba frenético, de una manera ensordecedora...

El ladrido de aquel perro gigantesco, que oía en su delirio el mísero Juan de Dios, también lo oyó, entre sueños, la tropa acampada en el linde del monte: era como el fragor de un trueno, de una avalancha invisible, de un tropel salvaje que se les viniera encima de improviso, desde el antro de la noche. Despertados de súbito, en medio de las sombras que se aplastaban sobre el campamento, embotados aún por el sueño, sin conciencia, oyeron tiros y galopes, alaridos y tumbos,—toda una batahola de espanto, de dolor, de muerte. Eran las fuerzas del go-

bierno que se habían venido callandito, disimuladas en el juncal, y atacaban de golpe al campamento. Entonces, aquella sorpresa nocturna fué como un vértigo: restallaban los tiros, huía la caballada atropellando a los hombres, rodaban los heridos entre los pastos, surgían gritos e imprecaciones de la tiniebla, los mismos compañeros se asesinaban entre sí. Sorprendidos en medio de su descanso, pisoteados por los brutos, enloquecidos por los alaridos, cegados por los fogonazos de las descargas, se internaron en el monte los pocos que escaparon con vida, y pasaron en tropel sobre Juan de Dios para ir a caer, ciegos y frenéticos, en las aguas profundas del Río Negro, que corría allí abajo, silencioso, trágico, indiferente...

Un hombre, en su huída, le asentó la planta sobre el pecho a Juan de Dios. Tuvo aún, el desdichado, la impresión de que el perro de su delirio le aplastaba, echándosele encima. Un estertor le sacudió, una última bocanada de sangre mojó la yerba, y quedó al fin inmóvil, clavadas las pupilas en el trozo de cielo que aparecía entre el ramaje. Y en aquel cielo lejano, había una estrella, una estrella pequeñita, que titilaba dulcemente, como si llorara lágrimas de plata sobre tanta miseria...

FIN

ÍNDICE